

Fr. Marie Michel Philipon O.P.

Maestro en Sagrada Teología

EL MENSAJE DE TERESA DE LISIEUX



www.traditio-op.org
frguyop@gmail.com



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PREDICATORUM

NIHIL OBSTAT
Fr. L. DUMESTE, O.P.
Fr. E. LAUZIÈRE, O.P.

IMPRIMI POTEST
Fr. A. GIRAUD, OP
Provincial

IMPRIMATUR
Lutetiae Parisiorum, 12^a novembris 1946.
A. LECLERC, v.g.

A la Virgen de la Sonrisa

INTRODUCCIÓN

del autor a

“El mensaje de Teresa de Lisieux”

EL MENSAJE DE SANTIDAD

Muy exiguo era el fúnebre cortejo que el día 4 de octubre de 1897 acompañaba al cementerio de Lisieux los despojos mortales de una joven carmelita, muerta a los 24 años, Sor Teresa del Niño Jesús: algunos eclesiásticos, un grupito de parientes y amigos, las hermanas torneras del Carmelo y nadie más.

En la cruz que dominaba su tumba los transeúntes podían leer: «Quiero pasar mi cielo haciendo el bien sobre la tierra».

Huracán de gloria

De repente, un extraordinario rumor público sacudió a la ciudad toda de Lisieux: «Sor Teresa» hacía milagros. Estos milagros se multiplicarían pronto en Francia y en el mundo entero. «Teresita» se hacía presente en todas partes con ardor infatigable, operando los más inesperados prodigios en favor de toda clase de gentes. Se inclinaba sobre todas las miserias del alma y del cuerpo, colmando de sus bondades a los incrédulos y a los peores enemigos de la Iglesia; reservando, sin embargo, sus más esplendorosas intervenciones en favor de los misioneros y de los sacerdotes, de estos sacerdotes tan queridos de su corazón, por los cuales había consumido, «hasta el agotamiento», su vida de carmelita.

Teresa había prometido que no permanecería inactiva en el cielo: «Bajaré»¹. «Pronto habré dado la vuelta al mundo»². En efecto, ¿existe una sola playa lejana que no haya oído hablar de ella, que no haya entrevisto el rostro sonriente de la «Santita» de Lisieux? Se la invoca en todas las lenguas, en todos los dialectos del universo. Sonríe a todos. Un soldado bávaro me decía: «Es para nosotros como una santa alemana. En todas nuestras iglesias se encuentra su estatua. En nuestro país está en todas partes». Todos los países la invocan como a una santa propia. Y los musulmanes del Cairo, al salir de su mezquita afluyen en multitud alrededor de la estatua de «Teresita» atraídos por sus milagros. Ella les prodiga sus bondades. ¿Quién de nosotros no ha experimentado en un momento dado de la vida la benévola intervención, el socorro inesperado de la santa carmelita? Desde lo alto de los cielos ella no cesa de hacer caer

¹ *Novissima verba*, 12 julio 1897.

² A Sor Genoveva, septiembre 1897.

sobre la tierra, como «una lluvia de rosas»³, sus innumerables beneficios. Teresa es todopoderosa en el corazón de Dios. «Dios hará en el cielo todo lo que yo quiera, porque yo no he hecho nunca mi voluntad en la tierra»⁴.

¿Y qué decir de los favores crecientes que la Iglesia le ha otorgado? Apenas beata la Iglesia la ha conducido a los supremos honores de la canonización. Hecho único en la historia: fue para el mismo Papa su primera beata y su primera santa canonizada. Este mismo Papa, Pío XI, la proclamó sucesivamente patrona de todos los noviciados carmelitanos, protectora de Méjico y de Rusia, patrona universal de las misiones, «estrella de su pontificado»; «Palabra viva de Dios»⁵ al mundo, anunciadora de un «nuevo mensaje» de santidad. Teresa guarda en exclusiva el título de Hija predilecta del Papado. Benedicto XV había exaltado el poder santificador del camino de la infancia espiritual. De todos es conocida la devoción personal por la Santa de Lisieux de Su Santidad Pío XII, quien se atrevió a comparar su misión providencial con la de los más grandes Doctores de la Iglesia⁶. Y San Pío X la había llamado: la santa más grande de los tiempos modernos.

Es un hecho incontestado que Teresa de Lisieux es la santa más popular de toda la cristiandad. Su poder milagroso ha hecho de ella el más grande de los taumaturgos de nuestra época. Verdaderamente se ha convertido en «la niña querida del mundo entero». Su profecía se ha cumplido: «Todos me amarán»⁷.

El nuevo mensaje

La Providencia no hace nada en vano. No es sin razón que Dios ha agraciado a Sor Teresa del Niño Jesús con un poder de acción tan pasmoso sobre el mundo moderno. Todos estos carismas extraordinarios tienden a confirmar entre los hombres su mensaje de santidad. La misión doctrinal de Teresa de Lisieux fue la de recordar a los hombres el dogma de la paternidad divina y del Amor misericordioso; la de enseñarles, mediante el camino de la infancia espiritual, a elevarse hasta la más alta perfección evangélica por la práctica de las virtudes ordinarias.

Fue una «palabra viva», «una palabra de Dios», puesto que «Dios nos dice —y «Teresita» con Él— que hay algo tanto o más grande que la acción y el poder del genio: la humildad, la fidelidad absoluta a los deberes de estado, sea éste el que fuere, la disponibilidad a todos los sacrificios, el confiado abandono en las manos de Dios, y por encima de todo, el amor, el verdadero amor de Dios»⁸. Teresa, «milagro de virtudes y

³ *Novissima verba*, 9 junio 1897.

⁴ *Ibid.*, 12 julio 1897.

⁵ Pío XI, Discurso del 11 de febrero de 1923 y del 30 abril 1923.

⁶ Eugenio Cardenal Pacelli (Futuro Pío XII), Discurso pronunciado en Lisieux el 11 de julio 1937, como Legado pontificio.

⁷ *Novissima verba*, 1 agosto 1897.

⁸ Pío XI, Discurso del 11 de febrero 1923.

prodigio de milagros»⁹, nos ha enseñado «un camino de santidad accesible a todos»¹⁰. Al canonizar su vida, la Iglesia ha canonizado su doctrina y ha impreso en su camino de la infancia espiritual el sello supremo de su verdad infalible. Tenemos la certeza de que, escuchando las enseñanzas de Teresa, seguimos la doctrina del Evangelio. «La infancia espiritual es un secreto de santidad para todos los fieles del mundo entero»¹¹. «Si este camino de la infancia espiritual se generalizase, se realizaría la reforma de la sociedad humana»¹². Dios se ha complacido en enriquecer a Teresa del Niño Jesús con un don de sabiduría totalmente excepcional»¹³. «La Santa de Lisieux se ha revelado como una verdadera “maestra” de espiritualidad»¹⁴.

Teresa de Lisieux no ha traído al mundo un nuevo Evangelio. La espiritualidad cristiana, considerada en su esencia inmutable, es vida de unión con Dios Padre, por mediación de Cristo, que todos los santos desde la Iglesia primitiva han conocido y practicado. Pero si por «espiritualidad cristiana» queremos designar una exposición de conjunto de los medios de unión con Dios, históricamente ha habido verdaderas renovaciones, nuevas fórmulas de espiritualidad, mejor adaptadas a las circunstancias tan variadas de la vida de la Iglesia. Frente a las desviaciones del pensamiento humano, el papel providencial de los santos fue el de conducir de nuevo a los hombres al espíritu del Evangelio¹⁵, o el de desarrollar ciertas verdades cristianas todavía inexploradas.

El mundo moderno, y en particular el catolicismo francés, sufrían de un resto de jansenismo, de una fría rigidez, en las relaciones del alma con Dios, de un cierto conformismo jurídico, de un cierto individualismo en la devoción. El mundo esperaba el «redescubrimiento» de la paternidad divina y del Amor misericordioso; y en lo que se refiere a nuestras relaciones con Dios, la actitud de amor filial, de confianza y de abandono, adecuada a los hijos de adopción.

Ciertamente no fue Teresa de Lisieux quien descubrió que Dios es nuestro Padre: que la santidad consiste en el amor, y que éste basta; ni tan sólo fue ella quien inventó la infancia espiritual. Sin embargo, su genio creador, apoderándose de estos diversos elementos, supo trazar «un camino completamente nuevo», prescindiendo decididamente de todo lo accidental de la santidad. Ella ha vivido ante nuestras miradas, la santidad pura y simple con todo el encanto y la seducción de un alma moderna, humana y muy cercana a nosotros.

Sobre todo, ella supo hacer la santidad accesible a todos. Se había visto ya a San Francisco de Sales invitando a buscar la perfección cristiana, a todos los cristianos: «a los que viven en las ciudades, en familia, en la corte, a todos los que por su condición se

⁹ Ibid.

¹⁰ Ibid.

¹¹ Benedicto XV, Discurso del 14 de agosto 1921.

¹² Pío XI, Homilía de la misa de canonización, 17 de mayo 1925.

¹³ Ibid.

¹⁴ Carta de Pío XI, a S. Emnca. el cardenal Vico, legado en Lisieux (28-30 mayo 1923).

¹⁵ Reaccionando contra estas desviaciones, los santos llevan a cabo lo que hoy llamamos "el retorno a las fuentes".

ven obligados a llevar exteriormente una vida común»¹⁶; y considerando como «un error e incluso como una herejía el querer desterrar la vida devota de la corte de los príncipes, de los ejércitos, de las tiendas de los artesanos, de las moradas de los casados»¹⁷.

Al canonizar a Santa Teresa de Lisieux la iglesia ha subrayado especialmente que esta suprema glorificación «trascendía la persona de Teresa»¹⁸ y que por ella Dios proponía a los hombres de nuestro tiempo «un nuevo modelo de santidad»¹⁹ imitable tanto para los seculares, como para los religiosos, enseñándoles a todos el medio de santificarse en cualquier condición. «Siento que mi misión va a empezar, mi misión de hacer amar a Dios como le amo y de mostrar «mi voluntad» a las almas»²⁰. «Quiero enseñarles los pequeños medios que tan bien me han ido; decirles que acá abajo no tenemos que hacer más que una cosa; ofrecer a Jesús las flores de los pequeños sacrificios»²¹.

Tal es el sentido de este nuevo «mensaje»²². La infancia espiritual es una nueva presentación del Evangelio eterno.

Fuentes y métodos

Estas páginas, compuestas en vista de la difusión del mensaje teresiano, no hacen más que tratar de nuevo, en una forma muy sencilla, los temas esenciales de un estudio más profundo sobre la espiritualidad de Santa Teresa de Lisieux.

Hemos podido constatar y meditar a placer, durante cerca de diez años, los testimonios del proceso de canonización y numerosos documentos inéditos del Carmelo de Lisieux. Hemos avanzado lentamente en este estudio, recurriendo sin cesar a los documentos auténticos de la iglesia y al testimonio viviente de sus tres hermanas; la Reverenda Madre Inés de Jesús, y la Hermana Sor Genoveva de la Santa Faz, proponiendo nuestras conclusiones a su juicio, capítulo por capítulo, interrogando, discutiendo, tratando de fijar en su verdad histórica y en su verdadera interpretación teológica, las palabras, los escritos, los hechos y los gestos de Santa Teresa del Niño Jesús²³.

¹⁶ Prefacio de la *Introducción a la vida devota*.

¹⁷ *Introducción a la vida devota*, cap. III.

¹⁸ Decreto de *Tuto* para la canonización, 29 de marzo 1925.

¹⁹ Bula de canonización.

²⁰ *Novissima verba*, 17 julio 1897.

²¹ *Ibid.*

²² Discurso de Pío XI, 18 mayo 1925, día siguiente a la canonización.

²³ En el transcurso de nuestro trabajo, nos hemos sentido muy animados por una frase espontánea de las dos hermanas de la Santa, que venía a autenticar en cierta manera con la autoridad de su testimonio, nuestra interpretación de la vida y de la doctrina de la santa de Lisieux, puesto que todo nuestro esfuerzo en busca de la verdad tendía a la objetividad: "Rogamos a nuestra hermanita, que tan bien le hace comprender "su caminito" que le ayude a conducir por él a un gran número de almas." Sor Inés de Jesús, Sor Genoveva de la Santa Faz, C. d. i. 30 de diciembre de 1943.

Ojalá estas páginas ayuden a las almas a comprender mejor el mensaje tan actual de Santa Teresa del Niño Jesús, de «hacer amar a Dios, como ella misma le ha amado» y de elevarse por la práctica de la infancia espiritual «hasta las más altas cimas de la montaña del amor».

Fr. Marie Michel Philipon O.P.
Lisieux, 30 de septiembre de 1946.



PRIMERA PARTE

ITINERARIO ESPIRITUAL

Todo es sencillo en la vida de Santa Teresa del Niño Jesús. Se levanta hasta la más alta perfección cristiana, siguiendo el curso de los acontecimientos, sin acciones extraordinarias, sin milagros, sin atraer las miradas, pasando desapercibida durante los cortos 24 años que Dios le concedió para realizar su ascensión hacia Él. Nunca en vida se la señaló con el dedo como a una santa canonizable. Su heroica fidelidad se mantuvo siempre fija en el marco de vida más ordinario.

Obra maestra de la naturaleza y de la gracia

No obstante, la Iglesia la ha mostrado como «una obra maestra de la naturaleza y de la gracia»²⁴ Lo que caracteriza la santidad de Teresa de Lisieux es precisamente esta maravillosa armonía entre los dones de la naturaleza y de la gracia, cada uno de los cuales se despliega con toda espontaneidad, sin choque, sin rigidez, en una subordinación cada vez más completa y cada vez más sencilla de lo humano a lo divino.

Ciertamente para Teresa Martín, como para todos los santos, la perfección continuará siendo una conquista, pero falsearíamos la verdadera fisonomía de la Santa si forzando las cosas quisiéramos descubrir en ella una naturaleza orgullosa, hipersensible, descentrada, un lugar de luchas violentas contra las pasiones del mal. Fue más bien el dominio apacible pero alerta del Espíritu de Dios, suprema forma del triunfo de la gracia en la vida de los santos.

Desconfiemos de las vidas de santos noveladas. La verdad histórica, sin necesidad de recurrir a las fantasías de una imaginación creadora, basta para descubrir a las miradas del psicólogo y del teólogo una sorprendente variedad de santos. Al lado de los grandes conversos, de pasiones tumultuosas y siempre renacientes, de las que llegan sólo a liberarse a costa de una lucha violenta y dramática, están las almas vírgenes, privilegiadas de Dios, cuya vida constantemente fiel se eleva más cada día, hasta Él, con una docilidad siempre creciente a las menores delicadezas de su Espíritu de Amor. La experiencia de las almas descubre a la mirada del sacerdote este tipo tan puro de santidad.

Teresa de Lisieux pertenece a esta segunda categoría de almas que la gracia del Bautismo rodeó desde su infancia de los más exquisitos cuidados divinos. No se trata de negar el pecado original y de hacer de la «Santita» de Lisieux una ingenua réplica de la Inmaculada. Teresa tuvo que corregirse de pequeños defectos escapados a su naturaleza. *Luchó hasta el fin de su vida.* Pero una doctrina pesimista en exceso sobre el pecado original y los estragos que causa en las almas no estaría menos alejada de la verdad

²⁴ Pío XI, Discurso pronunciado con motivo de la beatificación, en la audiencia del 30 de abril de 1923.

católica y de una sana intervención de la vida de los santos. El espíritu del Evangelio y los principios más seguros de la teología mística, nos muestran en la Virgen María y en Cristo la más heroica santidad, realizada en la tierra, exenta de la menor inclinación al mal.

La virgen de Lisieux, que no sintió nunca el roce de la menor tentación impura, perteneció a la familia de estos privilegiados de Dios. A pesar de ello no deja de ser, por su fidelidad a las pequeñas cosas, un modelo accesible a todos. Lo distintivo de su gracia fue precisamente el saber utilizar los más pequeños actos de la vida corriente para elevarse hasta la más alta santidad.

Su medio familiar fue para ella una verdadera escuela de perfección cristiana. Unos «padres santos», unas hermanas destinadas todas ellas a consagrarse a Dios en la vida religiosa, velaron sobre su alma de niña. En ésta atmósfera excepcional «Teresita» se modelaba espontáneamente, siguiendo el ejemplo de sus hermanas mayores. «Cuando oía decir que Paulina sería religiosa, sin saber demasiado qué era esto, pensaba: también yo seré religiosa»²⁵. No le consentían ningún capricho, ningún defecto. En su relato de la *Historia de un alma*, Teresa se reconoce de una sensibilidad extrema, de una ternura excesiva, necesitada de luchar contra el amor propio.

«Con una tal naturaleza, me doy perfecta cuenta, de que si hubiera sido educada por padres sin virtud hubiera llegado a ser muy mala, y tal vez hubiera corrido a mi perdición eterna»²⁶.

Pero «todos estos defectos *reprimidos desde un primer momento*, le sirvieron para crecer en la perfección»²⁷. Pecadillos de niña; ¡pero cuántas personalidades humanas permanecen descentradas, y a veces desviadas, por falta de una formación precoz! «Cuántas almas llegarían a una santidad muy alta si desde el principio estuvieran bien dirigidas»²⁸.

“Lo elijo todo”

Teresa era una de estas naturalezas que comprometen a fondo su destino.

“Un día —cuenta ella— Leonia, creyéndose sin duda demasiado mayor para jugar a las muñecas, vino a encontrarnos a las dos, a Celina y a mí, con una cesta llena de trajes, de hermosos trozos de tela y de otros adornos; acostó sobre ellos su muñeca y nos dijo: «Tomad, hermanitas, escoged», Celina miró y eligió un pelotón de trencillas. Después de reflexionar un momento, alargué a mi vez la mano y dije: *Yo lo escojo todo*, y sin más ceremonias me llevé cesto y muñeca.

²⁵ *Historia de un alma*, I, 8 (Edición de 1953).

²⁶ *Ibid.*, I, 9.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*, V, 66.

Este rasgo de mi infancia, viene a resumir mi vida entera. Más tarde, cuando se me apareció la perfección, comprendí que para llegar a ser una santa era preciso sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de uno mismo; comprendí que la santidad tiene muchos grados: que cada alma es libre de corresponder a las solicitudes de Nuestro Señor, de hacer poco o mucho por su amor; en una palabra, de «elegir» entre los sacrificios que Él le pide. Entonces como en los días de mi infancia exclamé: «Dios mío, lo elijo todo. No quiero ser santa a medias. No temo sufrir por vos. Temo solo una cosa, conservar mi voluntad; tomadla, puesto que lo «escojo todo»; todo lo que vos queráis»²⁹.

La *Historia de un alma* ha popularizado todos los detalles de la infancia de Teresa. Se nos manifiesta allí como una santa que vive entre nosotros con sus sencillas y espontáneas alegrías y con sus pequeñas penas de niña. Nada que se salga de lo ordinario. Vemos demasiado a los santos sobre las peanas y en los altares. Fueron como nosotros niños débiles y a veces caprichosos; adolescentes que tenían que luchar para dominar sus pasiones; hombres y mujeres como nosotros en contienda con las dificultades de la vida, cuyos proyectos fueron frecuentemente entorpecidos por la maldad de los hombres o detenidos por los fracasos. Pasaron como nosotros, conscientes de su debilidad y de su fragilidad. Pero en medio de las mayores agitaciones humanas supieron hallar en Dios la fuerza victoriosa de la gracia; y su vida, tan parecida a la nuestra, supo ser a la luz de la fe y al influjo del amor, más divina cada día.

La gracia de Navidad

Algunos acontecimientos decisivos marcaron la historia de su infancia. La muerte de su madre que la dejó huérfana a los cuatro años y medio, trastornó profundamente su vida.

«Yo, tan viva, tan expansiva, me volví tímida, dulce, excesivamente sensible. Una mirada era a veces suficiente para hacerme deshacer en lágrimas. Necesitaba pasar desapercibida. No podía sufrir la compañía de los extraños; y sólo recobraba la alegría en la intimidad del hogar»³⁰

En esta época abandonó sin pesar Alençon y fue gustosa a Lisieux, donde se instaló la familia Martín.

Hacia los diez años de edad, una rara enfermedad puso en peligro su vida, pero la Santísima Virgen se le apareció sonriente y la curó *milagrosamente*.

²⁹ *Historia de un alma*, I, 10-11.

³⁰ *Historia de un alma*, II, 15.

Después, Teresa se preparó para la primera Comunión. Este primer encuentro con Cristo se terminó en una verdadera «fusión»³¹. Desde entonces la Eucaristía ocupará el primer puesto en su vida³².

Durante el retiro de su segunda comunión se vio asaltada por la «terrible enfermedad de los escrúpulos».

«Hay que haber pasado por este martirio para comprenderlo bien. Me sería imposible decir lo que he sufrido durante cerca de dos años. Todos mis pensamientos y todas mis acciones, aun los más sencillos, eran para mí motivo de turbación y angustia. No encontraba la tranquilidad hasta que lo había confiado todo a alguna de mis hermanas, lo que me costaba mucho, puesto que me creía obligada a comunicarle hasta mis más extravagantes pensamientos. Descargada de este peso, gozaba un instante de paz; pero esta paz pasaba como un rayo, y mi martirio empezaba de nuevo»³³.

Estos escrúpulos llegaron a enfermar a Teresa, por lo que a los trece años tuvieron que sacarla del colegio. Por fin, por intercesión de «sus cuatro hermanitos que la habían precedido allá arriba»³⁴, se vio libre de los escrúpulos.

A pesar de su vivo deseo de practicar fielmente la virtud, ¡cuántas imperfecciones se deslizaban aún en sus actos a causa de su «extremada sensibilidad»³⁵! La noche de Navidad de 1886 recibió una extraordinaria gracia de fortaleza. «Desde este día no fue vencida en ningún combate»³⁶. «Esta noche empezó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más colmado de gracias»³⁷. Teresa sostenía su vida espiritual con la comunión eucarística, con la oración cotidiana, con pequeños, pero continuos sacrificios, con la lectura de la *Imitación*, «puesto que no había descubierto todavía los tesoros ocultos en el Santo Evangelio»³⁸. Resolvió entrar en el Carmelo en la Navidad de 1887 a la misma hora en que el año anterior había recibido «la gracia de su conversión»³⁹. Para hacer esta gran confidencia a su padre eligió la festividad de Pentecostés. Todo el día Teresa no cesó de pedir luz y fuerza al Espíritu Santo.

«Por la tarde, al regreso de Vísperas, encontré la ocasión deseada. Papá había ido a sentarse al jardín; y allí, con las manos cruzadas, contemplaba las maravillas de la

³¹ *Historia de un alma*, IV, 44.

³² Santa Teresa del Niño Jesús puede ser considerada como modelo de vida eucarística. Sus deseos de comulgar, su presentimiento profético del próximo retorno de la iglesia a la práctica de la comunión frecuente y cotidiana, son sorprendentes, en su época. Por un instinto muy seguro de los dones de inteligencia y de piedad, Teresa comprendió el sentido primordial de la Eucaristía en la vida cristiana y en la vida mística de la Iglesia. Veía en ella el medio por excelencia de realizar esta unión transformante en Cristo que se consume en el amor. Las intuiciones eucarísticas de Teresa de Lisieux coinciden con las doctrinas fundamentales de un Santo Tomás de Aquino, que asigna como efecto propio de la Eucaristía "la transformación del hombre en Cristo por el amor".

³³ Obra citada, IV, 49.

³⁴ *Historia de un alma*, IV, 53.

³⁵ *Ibid.*, V, 55.

³⁶ Proceso apostólico, 997, Sor Genoveva.

³⁷ Obra citada, V, 56.

³⁸ *Ibid.*, V, 59.

³⁹ *Ibid.*, V, 62.

naturaleza. El sol poniente doraba con sus últimos rayos la cima de los grandes árboles y los pajarillos gorjeaban su plegaria nocturna.

Su hermoso rostro tenía una expresión completamente celestial. Yo sentía que la paz inundaba su corazón. Sin decir palabra fui a sentarme a su lado con los ojos ya húmedos por las lágrimas. Me miró con una ternura indecible; apoyé mi cabeza sobre su corazón y me dijo: «¿Qué tienes, reynecita mía? Confíamelo...» Después, levantándose para disimular su emoción, anduvo lentamente; sin dejar de estrecharme contra su corazón.

A través de mis lágrimas, hablé del Carmelo; de mis deseos de entrar pronto en él; entonces lloró él también; no obstante, nada me dijo que pudiera desviarme de mi vocación. Sólo me hizo notar que era muy joven todavía para tomar una decisión tan grave. Como yo insistiese defendiendo mi causa, mi incomparable padre, de un natural tan recto y tan generoso, se convenció pronto. Continuamos largamente nuestro paseo. Mi corazón se había aliviado; papá ya no derramaba lágrimas. Me habló como un santo»⁴⁰.

Los obstáculos a esta vocación debían venir de otra parte. El superior canónico del Carmelo se mostró irreductible. Teresa, confiada en Dios, permanecía firme en su resolución.

«Exteriormente mi vida parecía la misma. Estudiaba y sobre todo crecía en el amor de Dios. Sentía impulsos, verdaderos transportes... Entonces mi cielo no era otro que el amor, y en mi ardor sentía que nada podría separarme del Objeto divino que me había arrebatado»⁴¹.

Con una insistencia creciente, Teresa sólo soñaba en el Carmelo. La indecisión del obispo de Bayeux no la desanimaba. «En el fondo del alma no dejaba de tener una gran paz, puesto que no buscaba otra cosa que hacer la voluntad del Señor»⁴². Con ocasión de su viaje a Roma, se acercó al Papa, se arrodilló ante él y con los ojos llenos de lágrimas dirigió a León XIII una ardiente súplica.

—Santísimo Padre, tengo que pedir os una gran gracia. En honor de vuestro jubileo permitidme entrar en el Carmelo a los quince años—.

El Jefe de la Iglesia no pudo hacer más que remitirla a la decisión de sus superiores, que en «aquellos momentos estaban examinando la cuestión», hizo notar extrañado y descontento el Vicario General de Bayeux.

—¡Oh Santísimo Padre —insistió Teresa—, si vos dijerais «sí», todo el mundo lo querría!—

⁴⁰ *Historia de un alma*, V, 63.

⁴¹ *Ibíd.*, V, 65-66.

⁴² *Ibíd.*, V, 69.

León XIII la miró detenidamente con sus grandes ojos negros que penetraron hasta lo más profundo de su alma y dijo con un tono penetrante, articulando cada sílaba: «Vamos, vamos, ya entrarás, si Dios lo quiere»⁴³.

La voluntad de Dios triunfará de la oposición de los hombres. De regreso a Lisieux, Teresa ya desligada del mundo, se entregará más que nunca «a una vida seria y mortificada»⁴⁴.

«Cuando digo mortificada no me refiero a las penitencias de los santos. Lejos de parecerme a las grandes almas, que desde su infancia practican toda clase de maceraciones, hacía consistir únicamente las mías en doblegar mi voluntad, en retener una palabra de réplica, en prestar pequeños servicios a mi alrededor sin hacerlos valer, y en mil otras cosas de este género. Por la práctica de estas naderías me preparaba para llegar a ser la desposada de Jesús, y no puedo decir cuánto me hizo crecer esta espera en el abandono, en la humildad y en las demás virtudes»⁴⁵.

El Carmelo

El 9 de abril de 1888, festividad de la Asunción, después de una última y suprema mirada, Teresa abandonó para siempre los Buissonnets. Apenas entrada en el Carmelo la invadió una inmensa paz que no debía dejarla ya. Todo le parecía maravilloso en el monasterio. Sobre todo la encantaba su celda, lugar donde la carmelita vive de amor «sola con el Único».

No se extrañó de ningún sacrificio. Sor Teresa, que quería obrar sólo para complacer a Jesús, se mostró fiel en las más pequeñas cosas. El postulante fue duro. Nada se le ahorró a esta niña de quince años. Sor Teresa, lo aceptaba todo sonriendo. Nadie sospechaba su oculto heroísmo.

«Sí, puedo decirlo, el sufrimiento me ha tendido los brazos desde mi entrada en el Carmelo y lo he abrazado con amor. Lo que iba a hacer en el Carmelo lo declaré en el examen solemne que precedió a mi profesión: «He venido para salvar almas y sobre todo para rogar por los sacerdotes». Cuando se quiere alcanzar un fin hay que poner los medios. Habiéndome hecho comprender Jesús que me daría almas por medio de la cruz, cuantas más cruces encontraba, tanto más aumentaba mi atractivo por el sufrimiento. Durante cinco años éste fue mi camino; pero era yo la única en conocerlo»⁴⁶.

Teresa soñaba con ser «la flor ignorada cuyo perfume sólo se exhala hacia el cielo»⁴⁷.

⁴³ *Historia de un alma*, VI, 81.

⁴⁴ *Ibíd.*, VI, 86.

⁴⁵ *Ibíd.*, VI, 87.

⁴⁶ *Ibíd.*, VII, 91.

⁴⁷ *Ibíd.*

Dos meses después de su entrada en el Carmelo, el Reverendo P. Pichón, que había ido a predicar el retiro anual a la comunidad, «se sintió sorprendido por la acción de Dios en su alma»⁴⁸.

«Le hice una confesión general, después de la cual pronunció estas palabras: «En presencia de Dios y de la Santísima Virgen, de los ángeles y de todos los santos, declaro que usted no ha cometido nunca ni un solo pecado mortal. Dé gracias al Señor de lo que Él ha hecho gratuitamente por usted, sin ningún mérito por su parte.» —¡Sin ningún mérito por mi parte! ¡Ah, no sentía dificultad alguna en creerlo! Sentía cuan débil, cuan imperfecta era: sólo el agradecimiento llenaba mi corazón. El temor de haber mancillado la blanca vestidura de mi Bautismo me hacía sufrir mucho, y esta seguridad, salida de labios de un director tal como lo deseaba nuestra Santa Madre Teresa, es decir, «que uniese la ciencia a la virtud», me parecía venir del mismo Dios»⁴⁹.

Una gran prueba de familia iba a caer muy pronto sobre ella. Un día, mientras estaba en el locutorio con sus hermanas, su padre dijo:

«Hijas mías, vengo de Alençon, donde en la iglesia de Nuestra Señora he recibido tales gracias y tales consolaciones, que he hecho esta súplica: «¡Dios mío! esto es demasiado. Soy demasiado feliz; no es posible ir al cielo de esta manera, quiero sufrir algo por Vos. Y me he ofrecido...» La palabra *víctima* expiró en sus labios. No se atrevió a pronunciarla ante nosotras; pero habíamos comprendido»⁵⁰.

En esta época, la devoción a la Santa Faz se reveló a Teresa. La Faz velada de Cristo llegó a ser la forma propia de su devoción al Crucificado, y el modelo de su vida.

«Quería que mi rostro, como el de Jesús, estuviese oculto a todas las miradas; que nadie me reconociese en la tierra. Tenía sed de sufrir y de ser olvidada»⁵¹.

Contra toda esperanza, su padre, repuesto de un segundo ataque, pudo asistir a su toma de hábito. Debía ser «su última fiesta acá abajo»⁵². Este día Teresa se vio colmada de felicidad. Nada faltó a su alegría, ni aun la nieve; para que todo fuese blanco en la naturaleza lo mismo que en su alma.

El noviciado prosiguió en la sequedad espiritual, nota habitual de su intimidad con Dios durante casi toda su vida de carmelita. Pero Sor Teresa del Niño Jesús, a través de todos los sacrificios, avanza en la unión divina. Su vida mística, aparentemente sencilla y ordinaria, estaba interiormente, cada vez más, dominada por las inspiraciones divinas. El Espíritu Santo la guiaba en todo. La misma Teresa nos ha dejado sobre este punto preciosas confidencias:

⁴⁸ *Historia de un alma*, VII, 92.

⁴⁹ *Ibíd.*, VII, 92.

⁵⁰ *Ibíd.*, VII, 95.

⁵¹ *Ibíd.*, VII, 93.

⁵² *Ibíd.*, VII, 96.

«Mi retiro de profesión fue, como los siguientes, un retiro de gran aridez. No obstante, sin ni tan sólo darme cuenta de ello, los medios de agradar a Dios y de practicar la virtud se me revelaban entonces claramente. He notado muchas veces que Jesús no quiere darme provisiones. Me alimenta *a cada momento* con un alimento completamente nuevo. Lo hallo en mí sin saber cómo se encuentra allí. Creo sencillamente que es *el mismo Jesús*, oculto en el fondo de mi pobre corazón, *quien obra en mí* de una manera misteriosa y *me inspira todo lo que quiere que haga a cada momento*»⁵³.

Para quien sabe entender las cosas, ésta es una descripción inconsciente de una elevada vida mística bajo el influjo preponderante de los dones.

Un retiro la liberó del todo de este temor excesivo de ofender a Dios que la detenía todavía en sus impulsos de amor.

«El año siguiente a mi profesión recibí grandes gracias durante el retiro general. Ordinariamente los retiros predicados me son muy penosos; pero esta vez ocurrió todo lo contrario. Me había preparado con una fervorosa novena. ¡Me parecía que iba a sufrir tanto! Se decía que el Padre era más entendido en convertir pecadores que en hacer avanzar a las almas fervorosas. Pues bien, debo de ser una gran pecadora puesto que Dios se sirvió de este religioso para consolarme.

Sufría entonces penas interiores de toda clase, que me sentía incapaz de explicar; y he aquí que mi alma se dilató perfectamente; y fui maravillosamente comprendida, e incluso adivinada. *El Padre me lanzó a velas desplegadas por las corrientes de la confianza y del amor* que tan fuertemente me atraían; pero por las cuales no me atrevía a avanzar. Me dijo que mis faltas no apenaban a Dios. «En estos momentos —me dijo—, ocupo su lugar. Pues bien, le afirmo de su parte que está muy contento de su alma.»

¡Oh, qué feliz me sentí al oír estas consoladoras palabras! Nunca había oído decir que las faltas pudieran no apenar a Dios. Esta seguridad me colmó de alegría»⁵⁴.

Su vida espiritual tomó un impulso definitivo. La confianza la condujo al total abandono, forma suprema del puro amor.

«Ahora ya no tengo deseo alguno, a no ser el de amar a Jesús con locura. Sí, sólo el *amor* me atrae. Ya no deseo ni el sufrimiento ni la muerte; y no obstante, me atraen ambos... Durante mucho tiempo los he solicitado como mensajeros de alegría... Ahora, sólo me guía el abandono. Ya no sé pedir nada con ardor, excepto el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios en mi alma»⁵⁵.

«¡Qué dulce es el camino del amor! Sin duda se puede caer, se pueden cometer infidelidades; pero como *el amor sabe sacar partido de todo*, muy pronto consume todo

⁵³ *Historia de un alma*, VIII, 102.

⁵⁴ *Ibíd.*, VIII, 105.

⁵⁵ *Ibíd.*, VIII, 112.

lo que puede desagradar a Jesús, no dejando en el fondo del corazón más que una paz humilde y profunda»⁵⁶.

La ofrenda al amor

Dios encaminaba de esta suerte a Sor Teresa del Niño Jesús hacia la ofrenda al amor misericordioso, *síntesis de su vida interior y de su espiritualidad*.

«En el año 1895 recibí la gracia de comprender más que nunca cuánto desea Jesús ser amado. Pensando un día en las almas que se ofrecen como víctimas de la justicia divina a fin de desviar sobre ellas los castigos reservados a los pecadores, encontraba esta ofrenda grande y generosa; pero me sentía muy lejos de hacerla.

«¡Oh Divino Maestro mío! —exclamé desde el fondo de mi corazón— ¿sólo vuestra justicia tiene que recibir víctimas de holocausto? Vuestro amor *misericordioso*, ¿no necesita víctimas también? Por todas partes es desconocido, rechazado... Los corazones a quienes deseáis prodigarlo se vuelven hacia las criaturas, pidiéndoles la felicidad con el miserable afecto de un instante, en lugar de lanzarse en vuestros brazos y de aceptar la deliciosa hoguera de vuestro infinito amor.

¡Oh Dios mío!, vuestro amor desconocido, ¿permanecerá en vuestro Corazón? Me parece que si encontraseis almas que se ofrecieran como *víctimas de holocausto a vuestro amor*, las consumiríais rápidamente; seríais feliz no conteniendo las llamas de infinita ternura que se encierran en Vos»⁵⁷.

Y el 9 de junio de 1895, en la hermosísima fiesta litúrgica de la Santísima Trinidad, mientras Sor Teresa del Niño Jesús, completamente sumergida en la contemplación de este misterio de los misterios, asistía a Misa, un irresistible movimiento de la gracia se apoderó de su alma. Bajo el influjo de una inspiración divina, se ofreció como víctima de holocausto a este Amor infinito con el cual la Trinidad beatísima persigue a sus criaturas. En este día, Teresa, con el rostro transfigurado de felicidad, dijo a Celina: «Me he ofrecido al Amor».

Después redactó una fórmula de consagración, la sometió a la censura de un sacerdote; y dos días después, las dos hermanas se arrodillaron ante la imagen de la Virgen de la sonrisa. Sor Teresa misma pronunció el acto de ofrecimiento:

«Oh Dios mío, Trinidad Beatísima... a fin de vivir en un acto de perfecto amor, *me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso*, suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando desbordar en mi alma las olas de infinita ternura contenidas en Vos; y que así llegue a ser mártir de vuestro amor, ¡oh Dios mío!

⁵⁶ *Historia de un alma*, VIII, 112.

⁵⁷ *Ibid.*, VIII, 114.

Que este martirio, después de haberme preparado a comparecer ante Vos, me haga morir al fin, y que mi alma se lance sin dilación al eterno abrazo de vuestro amor misericordioso.

Quiero, oh mi Bienamado, que cada latido de mi corazón os renueve esta ofrenda un número infinito de veces; hasta que desvanecidas las sombras, pueda repetiros mi amor cara a cara, eternamente».

No se puede releer sin emoción esta fórmula, manifestación inspirada por Dios, que, siguiendo el ejemplo de la Santa de Lisieux, suscitará en el mundo entero una «legión de pequeñas víctimas», y será considerada como la ley fundamental de su santidad. Todo es claro en ella: *el sentido de su vida*; una ejercitación continua del amor perfecto; *el carácter distintivo* de esta consagración única en la Iglesia: una ofrenda, no a la justicia divina, ni al sufrimiento, sino al amor; *la disposición fundamental del alma teresiana*: dejarse consumir por el amor hasta el martirio; *su ideal supremo*: morir de amor.

“Morir de amor”

Dios no tenía más que acabar en el alma de Teresa su consumación en el amor. Ésta será la obra del sufrimiento. El Jueves Santo del año 1896, no habiendo obtenido permiso para quedarse ante el Monumento, la noche entera, entró a media noche en su celda.

«Apenas había reclinado mi cabeza sobre la almohada, cuando sentí que una ola hirviente subía a mis labios. Creí que iba a morir, y mi corazón se fundió de alegría... No obstante, como acababa de apagar nuestra lamparilla, mortifiqué mi curiosidad hasta el día siguiente y me dormí apaciblemente.

A las cinco de la mañana, dada la señal de levantarse, pensé en seguida que iba a tener una agradable noticia; pronto lo constaté cuando acercándome a la ventana encontré mi pañuelo lleno de sangre. ¡Oh Madre mía, qué esperanza! Estaba íntimamente persuadida de que mi Bienamado, en este día conmemorativo de su muerte, me dejaba oír una primera llamada, como un dulce y lejano murmullo, prenuncio de su feliz advenimiento.

Con gran fervor asistí a Prima, y al Capítulo después. Ansiaba hallarme en presencia de mi Madre para confiarle toda mi felicidad. No experimentaba la menor fatiga, el menor sufrimiento; de suerte que fácilmente obtuve permiso para terminar la Cuaresma tal como la había empezado; y aquel Viernes Santo participé de todas las austeridades del Carmelo, sin mitigación alguna. ¡Oh, nunca me habían parecido tan deliciosas aquellas austeridades!, la esperanza de ir al cielo me arrebatava de alegría⁵⁸».

⁵⁸ *Historia de un alma*, IX, 122.

A pesar del agotamiento de su cuerpo enfermo, se entregó todavía durante más de un año, a todas las austeridades del Carmelo.

«Iba a la colada, ardiendo de fiebre; se dirigía al tendedero con la espalda o *el pecho destrozados por ventosas no cicatrizadas*. La veo todavía después de una sesión terapéutica en que acababan de practicarle más de quinientas puntas de fuego (yo era quien las contaba), subiendo a su celda para reposar sobre su duro jergón»⁵⁹.

«A pesar de estar enferma, Sor Teresa del Niño Jesús no se dispensaba nunca de los ejercicios comunes ni de los trabajos penosos. Llegaba, sin quejarse, hasta el límite de sus fuerzas»⁶⁰.

«Venida la noche, la pobre niña tenía que subir sola la escalera del dormitorio, deteniéndose a cada peldaño para tomar aliento. Alcanzaba penosamente su celda, adonde llegaba tan agotada que, como confesó más tarde, necesitaba a veces una hora para desvestirse. Frecuentemente, durante el Oficio divino le faltaban las fuerzas por la violencia que tenía que hacerse para salmodiar y para sostenerse en pie; pero sacudía su fatiga con estas palabras: “Si muero, ya lo verán”»⁶¹.

En su pasión por la «santita de Lisieux», el mundo moderno se ha engañado extrañamente sobre el significado de su sonrisa; y la multitud de devotos superficiales no se ha dado cuenta de que la santa de la eterna sonrisa había puesto como «base de su doctrina —y de su vida— el amor de la cruz».

La fortaleza del alma es uno de los rasgos más característicos de la fisonomía moral de Santa Teresa del Niño Jesús. *Un espíritu de fortaleza invencible anima toda su espiritualidad*. Con motivo del proceso de canonización, su hermana Celina había pensado incluso primero, en agrupar todas sus virtudes en torno a la virtud de la fortaleza.

Antes de morir, Teresa había de conocer las supremas y temibles purificaciones del amor, descritas por San Juan de la Cruz y por los grandes autores místicos. *Pero hay que notar que en la vida esencialmente apostólica de Santa Teresa del Niño Jesús el sufrimiento es más redentor que purificador*.

Al dolor físico vino a unirse el sufrimiento moral:

«La noche de aquel Viernes Santo señalado por un vómito de sangre —cuenta Teresa—, entraba llena de alegría en mi celda e iba a dormirme dulcemente, cuando Jesús, como en la noche anterior, me dio el mismo signo de mi próxima entrada en la vida eterna. Gozaba entonces de una fe tan viva, tan clara, que el pensamiento del cielo constituía toda mi felicidad; no podía creer que hubiese impíos faltos de fe, y estaba persuadida de que seguramente no decían lo que pensaban cuando negaban la existencia de otro mundo.

⁵⁹ Proceso diocesano, 1811, Sor Genoveva.

⁶⁰ Proceso apostólico, 1115, Sor Teresa de San Agustín.

⁶¹ Proceso apostólico, 1380, Sor María de la Trinidad.

En los días tan luminosos del tiempo pascual —prosigue—, Jesús me hizo comprender que existen realmente almas sin fe y sin esperanza. Permitió que mi alma se viese envuelta por espesas tinieblas y que el pensamiento del cielo, que tan dulce me era desde los primeros años de mi infancia, se convirtiese para mí en motivo de combate y de tormento. La duración de esta prueba no se limitó a algunos días, a algunas semanas; hace ya meses que la sufro y espero todavía la hora de la liberación. Quisiera poder expresar lo que siento; pero es imposible. Hay que haber viajado por este túnel sombrío para comprender su oscuridad»⁶².

Dios conduce por estos terribles sufrimientos la existencia de los santos hacia una configuración perfecta con el *Crucificado*.

Hasta entonces, Teresa había vivido en el esplendor de la fe. Ahora en cambio, he aquí que de repente desaparece toda claridad.

«Cuando quiero sosegar mi corazón, fatigado por las tinieblas que lo rodean, con el recuerdo fortificante de una vida futura y eterna, mis sufrimientos redoblan. Me parece que las tinieblas, adoptando la voz de los impíos, me dicen burlándose de mí: «Sueñas en la luz, en una patria embalsamada, sueñas en la posesión eterna del Creador de estas maravillas; crees salir un día de las nieblas en que languideces. Avanza... Avanza... Alégrate de la muerte, que te dará, no lo que esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada...» No quiero proseguir, temería blasfemar. Tengo miedo de haber dicho demasiado. ¡Ah, Dios me perdone! Él sabe perfectamente que a pesar de no tener el goce de la fe, *me esfuerzo en practicar sus obras. He hecho más actos de fe en un año que durante toda mi vida*»⁶³.

Esta patética descripción nos hace entrever los tormentos interiores de las almas más santas sometidas a la acción purificadora del amor.

A los indecibles sufrimientos del alma se unían los dolores crucificantes de su ser agotado, consumido. Teresa iba avanzando hacia su calvario con la sonrisa de los santos; con el cuerpo cada vez más abrumado por el dolor físico; con el alma cada vez más divinizada. Los *Novissima verba* nos cuentan día tras día las últimas disposiciones de esta vida que va terminando. Ni una queja, ni una murmuración; el más filial abandono a la Providencia en la confianza y en el puro amor. «Aunque me matara esperaría en Él»⁶⁴.

Superando el sufrimiento, Teresa habitaba en el amor.

«Es increíble como se han realizado mis esperanzas. Cuando leía, antes, a San Juan de la Cruz, rogaba a Dios que hiciese en mí lo que este santo escribe: es decir, que

⁶² Historia de un *alma*. IX, 122.

⁶³ *Ibíd.*, 124.

⁶⁴ *Novissima verba*, 7 julio 1897.

me santificase en pocos años; que me consumiese en el amor. Mis deseos han sido atendidos»⁶⁵.

A su hermana Celina, que le pedía unas palabras de adiós, susurró tiernamente:

«Lo he dicho todo: todo se ha consumado. Sólo cuenta el amor»⁶⁶.

La mañana del 30 de septiembre, Sor Teresa apareció anhelante, agotada. Sus sufrimientos llegaron a un paroxismo inexplicable. Se la vio juntar las manos y dirigirse en súplica angustiada a la Virgen de la sonrisa:

«Es la pura agonía —gimió— sin mezcla alguna de consuelo».

Después, como elevada por una fuerza totalmente divina, repitió con ardor:

«No, no; no me arrepiento de haberme entregado al Amor».

Anocheceía. De repente la expresión de su rostro cambió; era la agonía suprema. Lentamente, la comunidad entró, orando. Teresa acogió a sus hermanas con una dulce sonrisa. Sostenía entre las manos el Crucifijo y lo miraba incesantemente con amor. Durante más de dos horas un terrible estertor destrozó su pecho. Su rostro estaba congestionado, sus manos violáceas. Todos los miembros de su cuerpo, sacudidos por la fiebre, temblaban. Bajo la opresión, que crecía implacablemente, la santa enferma dejaba escapar débiles e involuntarios gemidos.

A las seis, al toque del ángelus, Teresa dirigió su mirada hacia la estatua de María.

Hacia las siete, susurró:

«Madre; ¿no es aún la agonía? ¿No voy a morir?»

Y poco después, con los ojos fijos en el crucifijo:

«¡Oh... le amo..., Dios mío!... ¡yo... os amo!»

Pronunciadas estas palabras, Teresa se desplomó de nuevo, con la cabeza dulcemente inclinada hacia atrás. Sonó la campana de la enfermería convocando a la comunidad. Las hermanas se alinearon en torno de su cama. El rostro de Teresa adquirió de nuevo su tono de azucena. Sus ojos se fijaron en el cielo, radiantes, con una indecible expresión de beatitud. El éxtasis duró el espacio de un *Credo*. Después, Teresa cerró los ojos. Había muerto de amor.

⁶⁵ *Novissima* verbo, 31 agosto 1897.

⁶⁶ *Ibid.*, 19 septiembre 1897.

SEGUNDA PARTE

SU DOCTRINA ESPIRITUAL

El Espíritu de Dios que asiste a la Iglesia militante en su misión santificadora, suscita en los períodos decisivos de su historia grandes genios que tienen la misión providencial de conducir a las almas hacia la más alta perfección, por nuevas vías siempre inspiradas en el Evangelio.

Su acción sorprende al principio, pero pronto su benéfico influjo se extiende a la Iglesia entera y su ejemplo heroico constituye para las generaciones futuras tipos clásicos de santidad.

Tales fueron: un San Benito, un Santo Domingo, o un San Francisco de Asís, un San Ignacio de Loyola, un San Francisco de Sales, un San Juan de la Cruz o una Santa Teresa de Ávila; y más cercanos a nosotros, un Don Bosco y una Santa Teresa del Niño Jesús. En efecto, «Teresita» de Lisieux pertenece a la raza de estos grandes espirituales que han marcado con su poderosa originalidad la espiritualidad católica. La iglesia no ha vacilado en relacionar su genio místico con el de un San Agustín, un San Francisco de Asís y un Santo Tomás de Aquino⁶⁷.

No se trata ciertamente de equiparar el simple trazo del «caminito» de infancia, con las intuiciones de Agustín, o con la vasta síntesis científica de Santo Tomás de Aquino; pero en su orden, en el plano de la perfección cristiana, Santa Teresa de Lisieux queda como una de las más grandes lumbreras de la Iglesia.

Estudiaremos sucesivamente en esta parte:

1. Un camino completamente nuevo.
2. Los caracteres negativos de la espiritualidad teresiana.
3. Los caracteres positivos de la espiritualidad teresiana.

⁶⁷ Discurso del 11 de julio de 1937, pronunciado en Lisieux por Su Emnacia. el cardenal Pacelli, Secretario de Estado y Legado *a latere* del Papa Pío XI: “El genio deslumbrante de *Agustín*; la luminosa sabiduría de *Tomás de Aquino*, han proyectado sobre las almas los rayos de una caridad imperecedera. El poema divino vivido por Francisco de *Asís* ha mostrado al mundo una imitación inigualada aún de la vida de Dios hecho hombre; millones de hombres y de mujeres han aprendido de él a amarlo con mayor perfección. Pero una pequeña carmelita, apenas llegada a la edad adulta, ha conquistado en menos de medio siglo innumerables falanges de discípulos. Los doctores de la ley se han vuelto niños, en su escuela, el Pastor supremo la ha exaltado y la invoca con humilde y asidua súplica; y en este mismo momento, de un extremo a otro del mundo, hay millones *de almas* cuya vida interior ha experimentado el benéfico influjo de este librito: *Historia de un alma...* Sois grande, ¡pequeña santa!, y vuestra familia espiritual es innumerable.”

CAPÍTULO I

«UN CAMINO COMPLETAMENTE NUEVO»

Al contacto de la Sagrada Escritura y por una especial iluminación del Espíritu Santo, este genio «todo invención y creación», descubrió este nuevo camino de santidad. Soñaba con «un caminito muy derecho y muy corto, con un caminito completamente nuevo»⁶⁸, preferible, por su accesibilidad, a todos, a la «empinada escalera de la perfección» de las grandes austeridades.

Estamos en un siglo de invenciones —escribía—. No vale la pena de subir los peldaños de una escalera; un buen ascensor la reemplaza ventajosamente. Como soy demasiado pequeña para subir la escalera de la perfección, quisiera también un ascensor para elevarme hasta Jesús. Pedí entonces a los Libros Sagrados que me indicasen el ascensor objeto de mis deseos; y leí estas palabras salidas de labios de la eterna Sabiduría: «Si alguno es pequeño, que venga a mí». Me acerqué, pues, a Dios, adivinando que había descubierto lo que buscaba⁶⁹.

«En verdad, os digo, si no os tornareis e hicieréis como los niños no entraréis en el reino de los cielos».

«El reino de los cielos es de los que a ellos se asemejan.»⁷⁰

Estos textos del Evangelio se le harían familiares y tendrían una influencia, difícil de precisar, pero real y profunda en la elaboración de su doctrina de la infancia espiritual. Con una audacia que nos confunde, la joven carmelita se convertirá en el círculo que la rodea, en la anunciadora y la creadora de «un nuevo estilo de santidad». Impulsada por un instinto que le viene de lo alto, segura de su propio camino, se entrega desde entonces sin reserva a las inspiraciones del Espíritu de Dios que la guía.

Sin vanidad, pero sin timidez, a manera de los grandes maestros poseedores de un método comprobado, juzgará con modestia, pero con soberana libertad, a los autores espirituales, tan numerosos y tan fecundos, a menudo faltos de la inspiración divina o del soplo del genio.

A veces, cuando leo ciertos tratados donde la perfección se muestra a través de mil trabas, mi pobre espíritu se fatiga muy pronto. Cierro el docto libro que me quiebra la cabeza y me seca el corazón y cojo la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso: un solo pensamiento descubre a mi alma horizontes infinitos. La perfección me parece fácil: veo que basta con reconocer la propia nada y abandonarse *como un niño* en los brazos de Dios. Dejando a las grandes almas, a los espíritus sublimes, los

⁶⁸ *Historia de un alma*, IX, 119.

⁶⁹ *Historia de un alma*, IX, 119.

⁷⁰ Mt 18, 3; Mc 10, 14.

hermosos libros que no puedo comprender y mucho menos practicar, me alegro de ser pequeña, puesto que sólo los niños y los que se asemejen a ellos serán admitidos al celestial banquete. Afortunadamente en el reino de los cielos hay muchas moradas; si no hubiera más que aquellas cuya descripción y, cuyo camino me parecen incomprensibles, ciertamente yo no entraría nunca allí⁷¹.

Teresa de Lisieux ha encontrado «un camino completamente nuevo» y muy sencillo, al cual siente que Dios la llama, y tras ella a una multitud casi infinita de «almas pequeñas» predestinadas como ella a llegar a la más alta perfección cristiana por el camino de una vida enteramente ordinaria.

La Iglesia no se ha equivocado: al canonizar a Teresa ha canonizado su doctrina: la infancia espiritual es una auténtica vía de santidad. El Papa Pío XI lo ha promulgado: “la humilde carmelita trae al mundo «un nuevo mensaje», un OMEN NOVUM”⁷². El camino de la infancia espiritual señala en la Iglesia una nueva época en que la santidad se hace asequible a todos. Santa Teresa de Lisieux pertenece a la familia de los grandes maestros de la perfección cristiana. En su gloria deslumbrante, nos aparece como la *anunciadora de una nueva época de espiritualidad*⁷³.

⁷¹ Carta a un misionero, 1897.

⁷² Pío XI, Discurso pronunciado el día siguiente de la canonización, 18 mayo 1925.

⁷³ Nota del Editor: Admirablemente Fr M. –M. Philipon OP anuncia en este capítulo lo que el Vicario de Cristo señalara en la Carta Apostólica “Divini Amoris Scientia” del 19 de octubre de 1997 en la cual declara a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, Doctora de la Iglesia universal.

CAPÍTULO II

CARACTERES NEGATIVOS DE LA ESPIRITUALIDAD TERESIANA

Un doble camino se impone para fijar los rasgos distintivos de una espiritualidad: en primer lugar, destacar claramente los caracteres que la diferencian de las otras espiritualidades; y después y sobre todo, señalar con precisión los caracteres positivos que constituyen su naturaleza específica. Procediendo por sucesivas eliminaciones, se va cercando cada vez más la esencia de la realidad que se quiere definir. Cuando se trata de naturalezas superiores de orden espiritual, particularmente cuando se trata de Dios, ningún método hay más eficaz para establecer la radical diferencia de estas realidades respecto a otros seres creados, y para poner de relieve su trascendente grandeza.

Así ocurre con la espiritualidad teresiana. Ésta, acusa con sorprendente vigor, caracteres negativos que la distinguen de las otras formas aparentemente más clásicas de santidad: ausencia de mortificaciones extraordinarias, ausencia de carismas místicos, ausencia de métodos de oración, ausencia de obras brillantes. Este haz de caracteres negativos que la caracterizan diseñan una fisonomía aparte en la espiritualidad católica.

Ausencia de mortificaciones extraordinarias

Cierta hagiografía de antaño se complacía en describirnos las espantosas mortificaciones de los santos; y todavía hoy, con frecuencia el buen pueblo cristiano identifica fácilmente la santidad heroica con las austeridades sangrientas. Un santo es un ser que no come, que no bebe, que no duerme, que se agota en velas y en flagelaciones de todas clases, que mata su cuerpo o lo reduce a dura servidumbre, en beneficio exclusivo de la vida del alma. Ningún error más funesto. Una multitud de cristianos que no pueden ayunar, ni prescindir del sueño, ni vivir revestidos de cilicios, se creen dispensados de tender a la santidad.

Este tenaz prejuicio explica la sonrisa escéptica con que fue acogida la *Historia de un alma* en ciertos monasterios y en ciertos ambientes devotos, por parte de venerables eclesiásticos y superiores llenos de méritos: «santidad dulzona» —se pensaba— y «que pasará».

La Iglesia ha juzgado diversamente. Teresita está en los altares y su llamada a la santidad, certificada por la voz de los Papas, ha sido oída en el mundo entero. En pos de ella, una multitud de «almas pequeñas» generosas, sonrientes y heroicas, han avanzado

valientemente hacia las más altas cimas de la perfección cristiana, encontrando en su mensaje de amor el eco fiel de las enseñanzas de Cristo y del más puro Evangelio.

La gran santa de Lisieux dejó decididamente de lado lo que ella misma llamaba, siguiendo el lenguaje usual, «las maceraciones de los santos». Desconfía de ellas; más todavía, salvo en casos excepcionales, se muestra decididamente opuesta a ellas. Teresa creyó primero que debía introducirse en el camino de las penitencias supererogatorias.

“Me fue dado el atractivo de la penitencia corporal —nos dice—, pero nada se me permitía para satisfacer este deseo. Las únicas mortificaciones que me concedían, consistían en mortificar mi amor propio; *lo que me hizo un mayor bien que las mortificaciones corporales*”⁷⁴.

Más tarde obtuvo por fin el permiso de entregarse a más rudas mortificaciones. No contenta con las disciplinas de regla, usuales en su Carmelo, quiso llevar sobre su pecho «una cruz armada de puntas de hierro»⁷⁵. La pobre niña enfermó. En lugar de sentirse despechada al constatar su impotencia, como tantas almas soberbias demasiado pagadas de sí mismas, con una profunda intuición de las vías de la Providencia, se contentó con notar:

“Ya veis que las grandes penitencias no son para mí. Dios sabe que las deseo; pero *nunca* ha querido que las lleve a cabo; en otro caso no me hubiera puesto enferma por tan poca cosa. ¿Qué es esto comparado con las maceraciones de los santos? Por otra parte, hubiera encontrado en ellas demasiado goce; y las satisfacciones naturales pueden muy bien mezclarse con la penitencia más austera. *Hay que desconfiar*. Créame, Madre, no se lance nunca por este camino: no es el de las «almas pequeñas» como las nuestras”⁷⁶.

Teresa tuvo la perspicacia de ver en esta experiencia y en esta impotencia, una indicación providencial para ir en busca de la santidad por otro camino. Huirá cada vez más del camino de las grandes maceraciones. «La he visto aplicándose a la mortificación con una simplicidad y una moderación crecientes, a medida que se acercaba al fin de su destierro», testimoniará la Madre Inés.

No quería una mortificación obsesionante, capaz de impedir que su espíritu se dirigiese a Dios. Me decía que el demonio engañaba frecuentemente a algunas almas generosas, pero imprudentes, llevándolas a excesos perjudiciales para la salud que les impiden cumplir con su deber. Veía también en esta mortificación, el deseo de complacerse en uno mismo. Me confesó que en los principios de su vida religiosa, para imitar a los santos, había creído obrar bien ingeniándose en dar mal sabor a los alimentos «pero —añadió— hace tiempo que he abandonado esta manera de obrar. Cuando el alimento me agrada, bendigo a Dios por ello; cuando es malo, acepto la

⁷⁴ Historia de un alma, VII, 100.

⁷⁵ Proceso diocesano, 1578, Madre Inés.

⁷⁶ Proceso diocesano, 1579, Madre Inés.

mortificación. Esta mortificación no buscada, me parece *la más segura y la, más santificante*»⁷⁷.

Estos textos no admiten réplica. Manifiestan evidentemente que la Santa de Lisieux excluyó del camino de la infancia espiritual las mortificaciones corporales extraordinarias, las grandes «maceraciones de los santos». La observación de las almas que vivían en torno a ella y sus propias iluminaciones internas le habían descubierto el peligro de este ascetismo violento, cuando el amor propio consigue deslizarse en él. En su tiempo, en el Carmelo de Lisieux, las ortigas crecían libremente en el jardín para servir a las penitencias supererogatorias de la comunidad. Después de haber visto con sus propios ojos el resultado de estas penitencias en la vida espiritual de las almas, Sor Teresa del Niño Jesús buscó un medio más rápido y más seguro para elevarse hasta la santidad.

Nada más característico sobre este punto que las reacciones de su alma ante las espantosas maceraciones del beato Enrique Suso. La Madre Inés recibió en la enfermería las confidencias de la Santa de Lisieux en el momento en que ésta había llegado a las más altas cimas del amor divino:

“En la vida del bienaventurado Enrique Suso —le dijo— un pasaje me impresionó particularmente: *la superioridad del combate espiritual* sobre las mortificaciones corporales. Dios no me ha querido a mí como simple soldado. En seguida me armaron caballero y partí a la guerra contra mí misma en el *dominio espiritual por la abnegación y los pequeños sacrificios ocultos*. He encontrado la paz y la humildad en este combate que no es del dominio de la naturaleza”⁷⁸.

Respuesta capital, reveladora del verdadero espíritu de la infancia espiritual. Lo que más impresionó a Teresita leyendo la vida del beato Enrique Suso, fue la superioridad incontestable de la mortificación del espíritu sobre la penitencia corporal y el cambio de método enseñado por Dios mismo al gran místico renano. En cuanto a ella, por gracia insigne de Dios, desde el principio de su vida religiosa había entrevisto y practicado esta manera superior de combatir «caballerescamente». Convencida por experiencia personal de que la multitud de las «almas pequeñas» no podrían elevarse nunca hasta la perfección si tuvieran que, pasar por el camino de las mortificaciones extraordinarias, y que se detendrían desanimadas; con un atrevimiento sorprendente y con la libertad de una santa inspirada por Dios, santa Teresa del Niño Jesús sustituyó voluntariamente el «ascetismo de grandeza» por el «ascetismo de pequeñez», persuadida por luz divina de que con esas «nadas», fielmente aceptadas, el alma llega más rápidamente al desprendimiento total y al puro amor.

“Si todas las almas llamadas a la perfección, para entrar en el cielo hubiesen debido practicar estas maceraciones, Nuestro Señor nos lo hubiera dicho y nos las hubiéramos impuesto gustosamente. Pero nos ha anunciado que hay varias moradas en

⁷⁷ Proceso apostólico, 698, Madre Inés.

⁷⁸ Novissima verba, 3 agosto 1897.

su mansión. Si hay la de las grandes almas, la de los Padres del desierto y la de los mártires de la penitencia; debe haber también la de los «pequeñuelos». Nuestro lugar está allí⁷⁹

Al canonizar la santidad de Teresa, la Iglesia ha aprobado su doctrina. Respetando las formas legítimas de ascesis pretérita, nos ha garantizado de manera infalible que este nuevo ascetismo de pequeñez es un verdadero camino de santidad con el mismo derecho que el ascetismo de grandeza⁸⁰.

Ausencia de carismas

Un segundo aspecto negativo caracteriza el camino de la infancia espiritual: la ausencia total de carismas, en oposición a la mayoría de los libros de vidas de santos que insisten sobre las gracias místicas de todas clases: éxtasis, visiones y revelaciones, estigmas, levitaciones, intervenciones diabólicas o apariciones de ángeles, discernimiento de espíritus y clarividencia profética, poder de milagros.

Sin salirse de la tradición mística del Carmelo, Sor Teresa del Niño Jesús no tenía más que abrir al azar la autobiografía de su Santa Madre para contemplar en ella el espectáculo de una existencia totalmente henchida de fenómenos místicos extraordinarios. El éxtasis arrebatava a Teresa de Ávila en cualquier lugar: en el coro, en el locutorio, en medio de sus hijas, tocando el tamboril. Incluso una vez el arrobo la sorprendió en la cocina, con una sartén en la mano. Durante estos éxtasis, no veía nada, no oía nada, no sentía nada. Su cuerpo no tocaba al suelo, se enfriaba, se volvía inerte; y después de los favores divinos de los más elevados estados, la Santa permanecía dos o tres días como fuera de sí con las potencias absortas.

Las visiones y las revelaciones sucedían a los éxtasis. Nuestro Señor se le aparecía colmándola de felicidad. Habiéndole mostrado un día Jesucristo unas manos de extraordinaria belleza, esta visión de la humanidad de Jesús dejó en su alma una huella indeleble. Otro día vio el lugar que tenía asignado en el infierno si su voluntad hubiera sido infiel. Palabras interiores, visiones sobrenaturales, visión profética del futuro, iluminaciones carismáticas y dones del Espíritu Santo le hacían saborear la indecible bienaventuranza de un alma elevada al matrimonio espiritual y que vive ya en la tierra en compañía de las Tres Personas de la Trinidad Beatísima; vuelos del espíritu; recogimiento profundo de todas las potencias en Dios; toques de silencio y de paz divina; Teresa de Ávila conoció por experiencia personal casi todas las formas de

⁷⁹ Historia de un alma, Consejos y recuerdos.

⁸⁰ El mensaje de Fátima confirma el sentido de este nuevo estilo de santidad. Lucía, la vidente de Fátima, escribía el 20 de abril de 1943 al Excmo. Sr. Obispo de Leiria, a quien compete la jurisdicción en la peregrinación a Nuestra Señora de Fátima: “Dios no quiere otra mortificación que el sencillo y honrado cumplimiento de las tareas cotidianas, y la aceptación de las penas y molestias. Desea que se muestre claramente este camino a las almas, puesto que muchos se imaginan que la penitencia supone “grandes austeridades”, y, no teniendo ni fuerzas ni magnanimidad para emprenderlas se desaniman y caen en una vida de indiferencia y de pecado. He aquí —dice Lucía— la penitencia que Dios exige ahora”.

carismas místicos con los cuales la liberalidad divina se complace en colmar a los grandes servidores de Dios acá abajo.

Estos favores divinos aportan al alma heroica que se encamina hacia Dios, beneficios insignes: el sentido del soberano poder de Dios y de su infinita grandeza; un desprendimiento total. El alma se hace extraña a todo lo creado. El ser humano quisiera morir para gozar de la visión de Dios. Esta experiencia de las cosas divinas le comunica un infatigable ardor apostólico en servicio de la Iglesia y de la redención. Estos carismas abundan en los fundadores de órdenes y en una multitud de santos canonizados.

Por el contrario, el movimiento de la espiritualidad de Santa Teresa del Niño Jesús excluye de ella todo éxtasis, todo estigma, toda visión, toda intervención diabólica contra ella⁸¹, todo milagro. Quien debía llegar a ser la más grande de los taumaturgos de los tiempos modernos, no operó en vida ningún milagro, ningún prodigio. Hay que observarla atentamente para descubrir en ella la huella de fenómenos extraordinarios. Apenas se llegan a espigar cinco o seis rasgos de este tipo. Muchas existencias ordinarias darían los mismos. Los testigos del proceso de canonización no pudieron dejar de subrayar este aspecto negativo tan característico de su santidad.

“Sor Teresa del Niño Jesús *no se parece, en cuanto a los dones sobrenaturales*, o al menos en cuanto a sus manifestaciones, a la mayoría de santos canonizados por la Iglesia. Si exceptuamos su visión de la Santísima Virgen, y aquella que reveló por anticipado la enfermedad de su padre; si exceptuamos también la «llama de amor» que afirma que la hirió una vez; y por fin el éxtasis de su muerte, *no veo en ella nada que salga de lo ordinario*. Quizá, salvo aún ciertas predicciones que hizo sobre lo que ocurriría después de su muerte. Sin duda gozó muchas veces de un profundísimo recogimiento; pero este estado de oración estaba envuelto en simplicidad, *sin manifestaciones extraordinarias*. Hay que decir, pues, que los fenómenos místicos extraordinarios han sido en su vida *totalmente excepcionales*. Lo regular era la sencillez. Pensar diversamente sería cambiar la fisonomía tan alentadora que Dios se ha complacido en dar a su pequeña servidora, expresamente para llamar a su amor a las «almas pequeñas» que quieran seguirla»⁸².

“La frecuencia de estos dones extraordinarios en su vida hubiera sido contraria a lo que dice referente a los designios de Dios sobre su alma. Su vida tenía que ser

⁸¹ Nota del editor: Toda alma es atacada por el diablo, se refiere el autor a que Dios no permitió intervenciones extraordinarias de Satanás como apariciones de demonios como sufrió por ejemplo el Santo Cura de Ars o el Padre Pio. Santa Teresita es una gran abogada de las almas atribuladas por el demonio ya que ella sufrió los sutiles pero terribles ataques del diablo. Ella que poseía un fino discernimiento de espíritus tiene expresiones muy claras sobre el actuar del maligno: “Se elevó en mi alma una *tempestad* como nunca antes había experimentado... la vida del Carmelo me parecía hermosa, pero *el demonio me inspiraba la seguridad* de que no estaba hecha para mí, que engañaba a las superiores avanzando por un camino al que no estaba llamada... Mis *tinieblas* eran tan grandes que *no veía ni comprendía* más que una sola cosa: ¡no tenía vocación! ¡Ah! ¿Cómo describir la *angustia* de mi alma?...” (Manuscrits autobiographiques, A. Fol. 75vº; Fol 76 rº).

⁸² Proceso apostólico, 2332, Madre Inés.

sencilla para servir de modelo a las «almas pequeñas» tan numerosas, que avanzan por el *camino común* en la noche de la fe”⁸³.

El acuerdo unánime, la claridad y la fuerza de estos testimonios no requieren comentario. No entraba en los designios de la Providencia hacer beneficiar a Santa Teresa del Niño Jesús de estos carismas místicos, tan frecuentes en los santos. Dios, que la destinaba a mostrar al mundo un nuevo modelo de santidad accesible a todos, prefirió conducirla hasta Él por un camino totalmente ordinario. En efecto, por preciosas que sean las gracias místicas, su presencia está envuelta en engañosos lazos. El discernimiento de lo verdadero y de lo falso, ¿se hace tan difícil en tal materia! Un San Juan de la Cruz, colmado de estos favores divinos, nos advierte de esta dificultad en páginas severas que se han hecho clásicas. ¿Qué director espiritual no se ha encontrado con alguna de estas almas que pretenden ser llamadas por Dios a una gran misión para la salvación de la Iglesia y del mundo, que creen que Dios les habla interiormente; cuando en realidad son sencillamente pobres víctimas de su sensibilidad y de su imaginación?

Todos los maestros espirituales están de acuerdo en exigir en estas materias una vigilante circunspección. San Vicente Ferrer, el más gran taumaturgo de su siglo, cuya prodigiosa vida apostólica se desarrolla ante nuestras miradas como un perpetuo carisma, no es menos severo, y formula los mismos consejos en su *Tratado de la vida espiritual*.

“No deseéis ni pidáis visiones ni revelaciones, ni disposiciones excepcionales. Estos deseos proceden frecuentemente de una vana curiosidad o de un fondo de vanidad. El alma se deja arrastrar por ellos a la ilusión y a las tentaciones diabólicas por falsas visiones y falsas revelaciones”⁸⁴

Incluso siendo verdaderos, estos favores divinos ocultan peligros reales: el alma que se ve avanzar hacia Dios por caminos extraordinarios corre el riesgo de no permanecer en una humildad profunda. Se imagina ser la preferida de Dios: vedla satisfecha de sí misma y henchida de orgullo. Es mejor ir hacia Dios por el «caminito» de la infancia espiritual, conscientes de nuestra debilidad, en la pura fe y el total abandono. Teresa decía: «Prefiero a todos los éxtasis la monotonía del oscuro sacrificio»⁸⁵. Esta doctrina aleja todo peligro de ilusión.

Ausencia de método de oración

Un tercer carácter negativo distingue la espiritualidad teresiana: su ausencia de método de oración. Tocamos aquí un punto importante, puesto que la vida de oración es

⁸³ Proceso apostólico, 2346, Sor María de la Trinidad.

⁸⁴ San Vicente Ferrer, *Tratado de la vida espiritual*, cap. XI.

⁸⁵ Carta a la Madre Inés, 1889.

el alma de toda espiritualidad. Mejor que todo otro elemento, es ella la que nos revela, en los santos, el secreto de su unión con Dios.

En opinión de Teresa de Ávila, la gran reformadora del Carmelo, la oración lo es todo. Sor Teresa del Niño Jesús había leído y releído en los escritos de su santa Madre las admirables descripciones que de la oración ésta nos ha dejado: oración vocal o mental; oración de recogimiento, oración de quietud, oración de unión; y con motivo de las siete moradas del alma, las etapas principales de esta vida de oración y de unión desde las fórmulas elementales de la oración activa hasta los más sutiles análisis de los estados superiores del matrimonio espiritual. En «Teresita», por el contrario, ninguna huella de estas moradas, ni de estas etapas; ninguna posibilidad de clasificación. Nada se parece menos al «Castillo interior» que la «Historia de un Alma». A pesar de pertenecer a una misma familia religiosa, su genio es diverso.

Así ocurre con todos los santos que han marcado con su poderosa originalidad el pensamiento y la vida de la Iglesia. Los apóstoles tenían una manera peculiar de ir a Dios por la oración. La Iglesia primitiva vivía todavía de los salmos y de los cánticos espirituales de la sinagoga; pero estaba animada por el soplo carismático del Espíritu del Padre y por el sentido filial de la plegaria de Jesús. Indefinidamente aparecerán en la Iglesia nuevas formas de vida de oración. El Espíritu sopla como quiere, según las necesidades de las almas y de los tiempos.

En la oración monástica el alma se eleva a Dios con toda simplicidad. El alma del solitario o del cenobita pasa sin esfuerzo de la lectura a la oración contemplativa, con toda libertad, adaptándose con una flexibilidad maravillosa a los más varios temperamentos. He aquí como la describe uno de los más grandes maestros de espiritualidad de nuestro tiempo:

“Para el monje, la oración mental no es otra cosa que estas pausas en la lectura de las Sagradas Escrituras o los libros de piedad, durante las cuales el alma se eleva hasta Dios, se une a su voluntad; y en esta mirada descubre sus defectos y los designios de Dios sobre ella. San Benito dice que, en general, estas pausas deben ser «cortas», a menos que las prolongue la unción del Espíritu Santo, y que así que cese el movimiento de la gracia que nos lleva a unirnos a Dios, se debe reemprender la lectura o la recitación de los salmos. Ésta era la única oración mental conocida por estos gigantes de la santidad que fueron los Padres del desierto; y los monjes de Occidente no han hecho más que continuar esta tradición. ¡La simplicidad de los antiguos ha formado tantos contemplativos y tantos santos! Este método tiene la ventaja de estar al alcance de todo el mundo, de disminuir mucho las distracciones; y de la misma manera que ha elevado en el pasado a la más alta contemplación a millares de almas, puede aún conducirnos a nosotros también a esta misma gracia”⁸⁶.

Todo cambia con San Ignacio de Loyola. Bajo el influjo de las nuevas necesidades de la Iglesia surge un nuevo método que sobrepasa en precisión a todas las

⁸⁶ Texto encontrado en los manuscritos de Dom Marmion y publicado con el permiso de Dom Thibaut.

formas del pasado, sea en la marcha exterior de los ejercicios, sea en el movimiento interno y en la disciplina de las diversas facultades. Nada se deja al azar. Con una maravillosa comprensión de las más profundas leyes de nuestra psicología; todas las fuerzas del hombre son utilizadas en servicio de Cristo.

En la *meditación* se concentran los rasgos más característicos de este método, llamado a generalizarse en la Iglesia, con modificaciones complementarias, según los diversos genios que la utilizaron. La meditación comprende habitualmente: una oración preparatoria, dos preludios con composición de lugar, consideraciones divididas en tres o cinco puntos, la aplicación sistemática de los cinco sentidos y de las tres facultades del alma: memoria, inteligencia y voluntad; por fin, coloquios seguidos de resoluciones; todo ello acompañado de un rápido examen sobre los frutos de la oración.

Todos los métodos tienen sus ventajas y sus peligros. Con el pretexto de la libertad y de la docilidad al soplo del Espíritu, ciertas almas místicas tienen tendencia a dispensarse del esfuerzo y a quedarse en vaguedades. Por el contrario, un método demasiado rígido mecaniza excesivamente el juego de las facultades que ha de ser espontáneo como la vida y que ha de estar a disposición de las menores inspiraciones del Espíritu de amor. A los comentadores de segundo orden les será siempre trabajoso seguir la libertad creadora de los grandes maestros. La contrapartida de la soberana grandeza de los santos es no poder expresar en fórmulas adecuadas toda la realidad divina entrevista. He aquí porque hay que saber entenderlos atendiendo más al espíritu que a la letra y situando sus palabras en el contexto de su vida. Esta superior comprensión de sus directrices a la luz de sus actos y de su espíritu, permite apreciarlos en la rica complejidad de su naturaleza y en la variedad de su misión en la Iglesia. Entonces, uno se sorprende menos al ver a un San Benito, modelo del puro contemplativo, dejando a sus hijos una *Regla* que entra en los detalles más materiales de la vida de un monasterio y que es una obra maestra de discreción, verdadero Código de santidad del monaquismo occidental; mientras San Ignacio de Loyola, el creador de los «Ejercicios», prototipo de la espiritualidad moderna, se muestra a ciertas horas de su vida arrebatado irresistiblemente por el éxtasis, murmurando en sus arrobos: *O Beata Trinitas*.

Santa Teresa del Niño Jesús no pudo someterse nunca a un método demasiado sistemático de oración. Ya de pequeña, en sus paseos con su padre, gustaba de retirarse «aparte en la hierba». «Entonces —dice— mis pensamientos se hacían muy profundos y sin saber lo que era meditar, mi alma se sumergía en una *auténtica oración*»⁸⁷. Toda la vida de oración de la Santa de Lisieux está contenida en esta primera confidencia. Su pensamiento contemplativo no podrá aceptar nunca cuadros demasiado rígidos, demasiado ordenados.

“Un día en la abadía, una de mis profesoras me preguntó cuáles eran mis ocupaciones los días de vacaciones cuando me quedaba en los Buissonets. Respondí, tímidamente: «Muchas veces voy a esconderme en un pequeño rincón de mi habitación,

⁸⁷ *Historia de un alma*, II, 17.

fácil de cerrar con las cortinas de mi cama, y allí, *pienso*». «Pero, ¿en qué piensas» me preguntó riendo la religiosa. «Pienso en Dios, en la fugacidad de la vida, en la eternidad, en fin, pienso». Ahora comprendo que entonces hacía una *verdadera oración* en la cual el Divino Maestro instruía dócilmente mi corazón⁸⁸.

Pasaba por seguir bastante mal la Misa del domingo; pero, hace notar el capellán del colegio, esto exige una explicación. Se pide generalmente a los niños que *sigan los diferentes puntos de la Misa* leyendo en su misal. Se pedía esto a Teresa como a las demás; pero la niña no lo hacía... Cuando se le indicaba lo que debía leer, daba las gracias con una graciosa sonrisa, bajaba los ojos sobre su libro durante algunos segundos y pronto levantaba de nuevo la cabeza como si estuviera distraída. En realidad, entregándose a la oración contemplativa, hacía oración mucho mejor que sus compañeras⁸⁹.

La horrorizaban las devocioncillas de poca monta y, fuera del Oficio divino, su oración preferida era el *Padrenuestro*.

“A veces, cuando mi espíritu se encuentra en una sequedad tan grande, que no llevo a formar ni un solo buen pensamiento, recito lentamente un *Padrenuestro* o un *Avemaria*. Estas oraciones me encantan: alimentan divinamente mi alma y le bastan⁹⁰”.

Desconfiemos, no obstante, de toda simplificación excesiva. Con el pretexto de eliminar todo método demasiado rígido y de transformar la acción en plegaria, el activismo moderno corre el riesgo de alejar a las almas de este contacto profundo y directo con Dios, sin el cual se arrastra una vida interior mezquina. La esencia de toda vida de oración, eterna como el Evangelio consiste según la bella fórmula clásica de San Juan Damasceno en una «ascensión del alma hacia Dios» para amarlo, adorarlo, exaltarlo, alabarlo, o para pedirle su gracia y su ayuda en todas nuestras necesidades. La oración de súplica deriva de esta elevada vida de oración, en que el alma, radicada en Dios por una intensa actividad de las virtudes teologales, le habla familiarmente de su gloria y de sus propias necesidades en la espontaneidad de un «corazón a corazón». Todas las facultades del alma en su más elevada actuación entran así en juego en esta vida de oración y de unión.

Cada uno es libre de seguir su vocación personal atendiendo a las luces de la gracia y a los atractivos de su alma, con docilidad filial al soplo del Espíritu de Dios que inspira a sus hijos de adopción los verdaderos sentimientos que han de animarlos en su vida de intimidad con el Padre celestial. «En mis oraciones, me sostiene principalmente el Evangelio —decía Teresa de Lisieux—. De allí extraigo todo cuanto necesita mi pobre alma⁹¹».

⁸⁸ *Historia de un alma*, IV, 42.

⁸⁹ Proceso diocesano, 329, abate Domin.

⁹⁰ *Historia de un alma*, X, 146.

⁹¹ *Historia de un alma*, VIII, 113.

En lo que se refiere a este punto capital de la vida de oración, como en lo que se refiere a la mortificación y a los caminos místicos, Teresa ha de quedar como un modelo accesible a las «almas pequeñas». El Evangelio es el alma de su vida de oración. Para ella y para la multitud de almas cristianas que van hacia Dios por el camino «común», la oración ha de ser un «impulso del corazón», una sencilla mirada hacia el cielo, un grito de agradecimiento y de amor lo mismo en la prueba que en la alegría. ¡Es algo elevado, sobrenatural, que dilata el alma y la une a Dios!⁹²

Su vida de oración continuará siendo la plegaria sencilla y profunda del niño que se acerca a Dios como a su Padre. «Hago como los niños que no saben leer: digo sencillamente a Dios lo que quiero decirle y me comprende siempre»⁹³.

Ausencia de acciones extraordinarias

Un último aspecto negativo acaba de caracterizar la espiritualidad teresiana: la ausencia de acciones extraordinarias.

Muchos santos canonizados han pasado entre los hombres «poderosos en obras y en palabras» a imagen de su Maestro, modificando profundamente el destino de su siglo como realizadores fecundos a los cuales se deben las más caritativas instituciones de la humanidad. Un San Agustín, un San Alberto Magno, un Santo Tomás de Aquino, nos maravillan por su saber prodigioso; un San Vicente Ferrer por la acción de su palabra y por lo extraordinario de sus milagros; una Santa Juana de Arco por su maravillosa epopeya guerrera; un San Francisco Javier por su celo misionero; un santo Cura de Ars por el movimiento de las multitudes suscitado por la irradiación de su santidad. No sería difícil aportar todavía el testimonio de un gran número de fundadores de órdenes y de una multitud de apóstoles, de mártires y de santos, cuya vida, del todo divina, aparece por añadidura como un incomparable éxito humano.

En la existencia de la humilde carmelita de Lisieux, ninguna acción brillante, ausencia de obras externas. Muy breve es la página que refiere, en el proceso de canonización, los modestos empleos que Sor Teresa tuvo que ejercer en su vida de convento donde estuvo sucesivamente encargada de la lencería, del refectorio, de la sacristía y de la portería. Lo más elevado de sus funciones en el monasterio fue un papel mal definido de ayudante de Maestra de Novicias, encargada de tres o cuatro postulantes y novicias difíciles, a las que la gran Santa de Lisieux se entregaba sin medida y siempre con la sonrisa en los labios. Uno queda confundido ante el contraste existente entre la trivialidad de las ocupaciones habituales de Santa Teresa del Niño Jesús y la perfección completamente divina con que llevaba a cabo sus acciones ordinarias; y uno puede preguntarse si desde el ejemplo de la Virgen de Nazaret, se ha encontrado alguna vez una existencia tan sublime bajo unas apariencias tan comunes.

⁹² *Historia de un alma*, X, 146.

⁹³ *Historia de un alma*, X, 146.

La Providencia se ha complacido en recordar al mundo moderno, ávido de vanagloria, y de exhibicionismo, que la verdadera grandeza no consiste en el brillo exterior sino en la fidelidad silenciosa de una vida toda de Dios. La Santa de Lisieux queda como un modelo imitable para la gran multitud de hombres y mujeres que llevan en la tierra una oscura existencia de trabajo destinada a permanecer siempre desconocida. Teresita les dice, como decía a sus novicias en otros tiempos: «No creáis que para llegar a la perfección sea necesario hacer grandes cosas»⁹⁴. Nuestro Señor «no necesita ni del esplendor de nuestras obras ni de hermosos pensamientos. Si quiere concepciones sublimes, ¿no tiene sus ángeles cuya ciencia sobrepasa infinitamente a la de los más grandes genios de este mundo? No es, pues, ni el ingenio, ni el talento, lo que viene a buscar acá abajo... Ama la sencillez...»⁹⁵. Teresa no se deja deslumbrar por las grandes acciones que el mundo admira. Su profunda humildad y la luz de su fe le han revelado que «las obras más brillantes nada son sin el amor»⁹⁶. Sin duda «los santos han hecho locuras. Han hecho grandes cosas, puesto que eran águilas. En cuanto a mí, soy demasiado pequeña para hacer grandes cosas y mi locura es esperar que tu amor me acepte como víctima, mi locura es contar con los ángeles y con los santos para volar hasta Ti con tus mismas alas, ¡oh mi Águila adorada!»⁹⁷.

“Las acciones brillantes me están prohibidas. No puedo predicar el Evangelio, derramar mi sangre... ¡Qué importa! Mis hermanos trabajan por mí, y yo, niña pequeña, permanezco muy cerca del trono real; yo amo por los que combaten»⁹⁸.

“Soy una alma pequeña que no puede ofrecer a Dios más que cosas muy pequeñas; y aún, frecuentemente, dejo escapar estos pequeños sacrificios que tanta paz dan al corazón. Pero esto no me desanima. Soporto tener un poco menos de paz y procuro vigilar otra vez»⁹⁹.

“Me siento muy feliz de ir al cielo; pero cuando pienso en las palabras del Señor... «Pronto vendré y conmigo llevo mi recompensa para dar a cada uno según sus obras», me digo que conmigo se verá en un gran aprieto porque no tengo obras... ¡Pues bien!, me dará según las tuyas»¹⁰⁰.

Verdaderamente, ninguna espiritualidad se había esforzado con tal fuerza y con un tal ejemplo en derribar todo lo accidental de la santidad. Ni mortificaciones extraordinarias, ni carismas excepcionales, ni sabios métodos de oración, ni acciones brillantes; nada, nada, nada, nada. ¿Qué queda, pues, para explicar tal santidad? El Amor: «Amar, ser amada, y volver a la tierra para hacer amar al Amor.»¹⁰¹

⁹⁴ Proceso apostólico, 1277, Sor Marta de Jesús.

⁹⁵ Carta a Celina, 25 de abril 1894.

⁹⁶ *Historia de un alma*, VIII, 110.

⁹⁷ *Historia de un alma*, XI, 172.

⁹⁸ *Historia de un alma*, XI, 169.

⁹⁹ *Historia de un alma*, XI, 152.

¹⁰⁰ *Historia de un alma*, Consejos y recuerdos.

¹⁰¹ *Novissima verba*, 18 julio 1897.

Capítulo III

CARACTERES POSITIVOS DE LA ESPIRITUALIDAD TERESIANA

Por muy preciosos que sean los caracteres negativos para discernir una espiritualidad, no bastan para describirnos su naturaleza profunda, la cual se muestra tan sólo a la luz de la intuición creadora de la que ha brotado. En la espiritualidad teresiana, esta intuición rectora es el *espíritu de infancia* en todas nuestras relaciones con Dios. Todo deriva de esta concepción fundamental. Considerar a Dios como al más tierno de los padres y practicar las virtudes de la infancia espiritual; tal es el principio originario de este «caminito completamente nuevo» llamado a extenderse por el mundo entero tan rápida y ampliamente y que ha hecho accesible a todos la más sublime perfección cristiana.

El dogma de la paternidad divina

En la cima de la concepción teresiana del mundo, como en la visión cristiana del universo, aparece radiante una verdad suprema: la de nuestra filiación divina. A esta luz, como en la doctrina del Evangelio, todo se hace claro en la espiritualidad teresiana. Esta idea domina la predicación de Jesús a partir del sermón de la montaña, compendio de la esencia del cristianismo. Jesús habla familiarmente de este Padre celestial que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos; que escudriña las más recónditas intenciones de las almas; que alimenta los pájaros del cielo y reviste de esplendor los lirios de los campos; que conoce en detalle todas nuestras necesidades. La gran plegaria enseñada por Jesús a los hombres es el «Padre nuestro», súplica confiada de los hijos de la tierra a su Padre Celestial. Con concisión maravillosa condensó San Juan en su prólogo todo el mensaje del Evangelio; «El Verbo se hizo carne a fin de que nosotros seamos también hijos de Dios»¹⁰². El Hijo único del Padre se ha hecho «el primogénito de una multitud de hermanos», añade San Pablo. El poder conquistador del mensaje teresiano proviene de haber sabido hallar de nuevo esta verdad central de la mística cristiana. «Cuan dulce es llamar a Dios, Padre nuestro y ser hijo suyo»¹⁰³.

¹⁰² Io 1, 12-4

¹⁰³ Proceso apostólico, 928, Sor Genoveva.

Dimanando de este dogma fundamental de la paternidad divina, la actitud moral del alma teresiana será extraordinariamente sencilla: vivir en la intimidad del Padre con un alma de niño.

El amor misericordioso

Teresa supo comprender también que en un corazón de Padre todo es amor y misericordia. Su concepción del misterio de Dios no reviste el concepto de una teodicea que se esfuerza en unir a la divina Esencia todos los atributos físicos y metafísicos de la divinidad. Pero su mirada infantil sondeó los más íntimos sentimientos del corazón divino. Ninguna huella en ella de las sublimes elevaciones que constituyen la grandeza de los escritos de una Santa Ángela de Foligno; ninguno de los grandes conceptos de la teología clásica: inmutabilidad, incomprehensibilidad, inefabilidad. A sus ojos brillan con luz divina la ternura infinita y la bondad misericordiosa de su Padre Celestial. Estas visiones infantiles tan sencillas en apariencia, son realmente las más profundas. Por vía de conocimiento infuso se armonizan con las más elevadas y sabias visiones del genio científico de un Santo Tomás de Aquino, que nos enseña que el amor y la misericordia dominan todas las intervenciones divinas en el Universo.

En efecto, el amor se halla «en la raíz» de toda la actuación de Dios en sus criaturas. El amor creador hizo brotar el mundo de la nada. El amor salvador y glorificador lo conduce todo a la realización de los fines supremos de la Encarnación redentora.

Por parte de las criaturas, dejarse amar por Dios es dejarse salvar y divinizar. Un alma se eleva tanto más rápidamente a la santidad cuanto más se deja amar por Dios.

Esta doctrina teológica explica y justifica la rapidísima ascensión de «Teresita» por las vías del amor. Comprendió que para los seres, *que somos nada y pecado*, el secreto de la santidad consiste ante todo *en dejarse amar*, es decir en dejarse colmar por Dios de sus dones gratuitos. Abandonando a otras almas el deseo de ofrecerse como víctimas a la justicia divina, Teresa elegirá ofrecerse a su amor y a su misericordia. Notémoslo bien: se consagrará no al sufrimiento sino al amor. En esto se resume el movimiento fundamental de la espiritualidad teresiana: en entregarse continuamente al amor, como a un fuego, para ser rápidamente consumida por él. El acto de ofrenda al Amor misericordioso no es tan sólo término y corona del camino de infancia, sino que constituye también *el medio más esencial* del mismo. «A fin de vivir en un acto de perfecto amor»: he aquí el fin. «Me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso»: he aquí el principal medio. Ofrenda no de labios sino de toda la vida. Teresa renovaba frecuentemente este acto de ofrenda. Había hecho de él la «base de su vida»¹⁰⁴. Lo llevó consigo hasta la muerte.

¹⁰⁴ Proceso diocesano, 1527, Madre Inés.

Y he aquí, según la misma Teresa que los había experimentado, los maravillosos efectos de esta consagración al amor: «A partir de este día el Amor me penetra, me rodea. A cada instante este Amor misericordioso me renueva, me purifica y no deja en mi corazón huella alguna de pecado»¹⁰⁵. Ofrecerse como víctima de holocausto, siguiendo a Teresa, es, pues, entregarse sin reserva a la acción creadora y santificadora de este Dios de amor, dejándole en libertad de desplegar sobre nuestra miseria y sobre nuestra nada los efectos de su misericordia infinita. Tal es el sentido profundo —único en la Iglesia— de esta ofrenda como «víctima de amor».

Pero este amor, a los ojos de Teresa, es inseparable de las perspectivas de la misericordia: su ofrenda se dirige al amor *misericordioso*. Con una fuerza de penetración sorprendente y con una seguridad doctrinal pasmosa en una muchacha, Teresa entrevió intuitivamente el plan misericordioso que dirige la obra redentora de Cristo y todo el sentido providencial del gobierno del mundo. Esta visión contemplativa acarreará importantes consecuencias prácticas a las almas que querrán seguir el «caminito» de la infancia espiritual. Puesto que la misericordia divina no necesita para desplegarse más que de nuestra fragilidad de pecadores y de nuestra nada, «cuanto más débil y miserable se sea, tanto más adecuado a las operaciones de este Amor que consume y transforma». «Basta el deseo de ser víctima»¹⁰⁶. Dios hará brillar mejor su gloria en nuestra nada.

Este sentido de la misericordia divina había arraigado profundamente en el alma de Teresa. La Santa de Lisieux se convertirá en la incansable apóstol de esta misericordia.

“No es por haber sido preservada de pecado mortal por lo que me elevo hacia Dios por la confianza y el amor. ¡Ah, siento que aunque pesaran sobre mi conciencia todos los crímenes que pueden cometerse, no perdería en lo más mínimo la confianza! Con el corazón quebrantado por el arrepentimiento iría a lanzarme en brazos de mi Salvador... Sé que esta multitud de ofensas desaparecerían en un abrir y cerrar de ojos como una gota de agua en un brasero ardiente”¹⁰⁷.

“A mi me ha dado su misericordia infinita, y a través de este espejo inefable contemplo sus demás atributos”¹⁰⁸.

Las virtudes de la infancia espiritual

La práctica de las virtudes de la infancia espiritual corresponde a esta visión dogmática de la espiritualidad teresiana. El dogma fundamenta siempre la moral. El camino de infancia espiritual que se origina en el «redescubrimiento» de la Paternidad

¹⁰⁵ *Historia de un alma*, VIII, 115.

¹⁰⁶ Carta a Sor María del Sagrado Corazón, 17 septiembre de 1896.

¹⁰⁷ *Historia de un alma*, X, 159.

¹⁰⁸ *Historia de un alma*, VIII, 113.

divina, nos sugiere en todos y cada uno de nuestros actos una actitud de niño ante Dios. Esta infancia espiritual «consiste en sentir y obrar bajo el influjo de la gracia de la misma manera que siente y obra naturalmente el niño»¹⁰⁹. La armonía existente entre el mundo de la naturaleza y el de la gracia justifica esta transposición. Las almas a quienes se propone el niño como modelo, están invitadas a imitar en el plano sobrenatural las cualidades y las disposiciones naturales de la infancia con exclusión de sus defectos; puesto que la infancia tiene sus defectos, sus deficiencias, sus caprichos. Pero tiene, por otra parte, eminentes cualidades, de franqueza, de confianza, de ternura, de sencillez.

En un célebre discurso, verdadero código de la vida espiritual, el Papa Benedicto XV definió de manera magistral sus principios directivos:

“El niño es consciente de su debilidad, y en este punto nos da una gran lección. Nos recuerda la condición indispensable de toda santidad: el sentido de nuestra fragilidad y de nuestra impotencia para todo bien. La infancia espiritual «excluye todo sentimiento de soberbia; la presunción de llegar por medios humanos a un fin sobrenatural; y la falaciosa veleidad de bastarse a sí mismo a la hora del peligro y de la tentación. Por otra parte, supone una fe viva en la existencia de Dios; un homenaje práctico a su poder y a su misericordia; un recurrir confiadamente a la Providencia de Aquel que nos concede la gracia de evitar el mal y de realizar el bien». Las cualidades de esta infancia espiritual son, pues, admirables: sea que se la considere desde un punto de vista negativo, sea que se la examine desde un punto de vista positivo. Se comprende pues, que Nuestro Señor Jesucristo la haya indicado *como condición necesaria* para adquirir la «vida eterna». «En verdad os digo: Si no os tornareis e hicieréis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos»¹¹⁰, ¡Oh elocuente lección que aniquila el error y la ambición de aquellos que considerando el reino de los cielos como un imperio de la tierra sueñan en ocupar los primeros puestos y preguntan quién será allí el mayor! A fin de fijar mejor que la preeminencia en el reino de los cielos será privilegio de la infancia espiritual, el Señor prosigue en estos términos: «El que se hiciere pequeño como este niño será el mayor en el reino de los cielos». Otro día como varias madres le hubiesen presentado a sus pequeños para que los bendijera, y los apóstoles quisieran alejarles, Jesús se indignó y les dijo: «Dejad que los niños vengan a mí. No les alejéis, puesto que de ellos es el reino de los cielos». Y Jesús concluye: «En verdad, en verdad os digo: el que no recibe el reino de los cielos como un pequeñuelo no entrará en él»¹¹¹.

Importa —continúa el Papa— notar la fuerza de este lenguaje divino. No basta al Hijo de Dios afirmar de manera positiva que el reino de los cielos pertenece a los niños o que el que se hará semejante a un pequeñuelo será el mayor en el reino de los cielos: enseña, además, de manera explícita, la *exclusión* de este reino de todos aquellos que no se asemejen a los pequeñuelos. Cuando un maestro expone una lección en formas variadas, ¿no quiere significar por esta misma multiplicidad que la lección le afecta especialmente? Si busca inculcarla de tal manera a sus alumnos es que desea, de

¹⁰⁹ Pío XI, Homilía de la Misa de canonización, 17 de mayo de 1925.

¹¹⁰ Mt 18, 3.

¹¹¹ Mc 10, 13.

una forma u otra, hacérsela comprender más plenamente. Hay que concluir que el divino Maestro tiene un interés especial en que sus discípulos vean en la *infancia espiritual* la condición necesaria para obtener la vida eterna. Ante la firmeza y la insistencia de esta enseñanza parecería imposible que ni una sola alma pudiese negligir, aún seguir esta vía de confianza y de abandono; tanto más cuanto que las palabras de Cristo, no sólo en forma general, sino de una manera totalmente especial, declaran *obligatoria* esta línea de conducta aun para los que han perdido el candor de la infancia. Algunos pretenderán que este camino de infancia y de abandono está reservado únicamente a las almas cándidas a las que el mal no ha privado de su inocencia primera; y no conciben la posibilidad de la práctica de la infancia espiritual para los que han perdido esta simplicidad original. Pero las palabras del divino Maestro: «Si no os tornareis, si no os hicieréis como esos pequeñuelos», ¿no indican la necesidad absoluta de un cambio, y de un esfuerzo? «Si no os tornareis»; he aquí indicado el *cambio* necesario que los discípulos de Cristo deben realizar para «volverse» niños. Y ¿quién debe volverse niño, sino el que ya no lo es? «Y si no os hicieréis como esos pequeñuelos»: he aquí la indicación del *esfuerzo* a realizar; puesto que es comprensible que sea un verdadero trabajo para un hombre maduro volverse lo que ya no es desde hace mucho. Las palabras de Jesús: «Si no os hicieréis como esos pequeñuelos» implican, pues, la *obligación* de trabajar para reconquistar los dones de la infancia»¹¹².

Así, para remediar los más graves males de la hora actual, la Iglesia no encuentra un medio más eficaz que prescribir con insistencia a todos los cristianos que pongan en práctica estas enseñanzas taxativas del Cristo del Evangelio, convencida de que la fiel e inteligente práctica de este camino de infancia conduciría a la sociedad humana al cumplimiento de las principales virtudes cristianas.

La infancia Espiritual es un compendio del Evangelio. *Como base*: la conciencia de nuestra pequeñez y de nuestra nada ante Dios; *como término*: el triunfo del amor; y *como medios* de llegar a él, el abandono a la Providencia, es decir la fe más confiada y más audaz en la paternidad divina; y en respuesta al Amor misericordioso una fidelidad absoluta y sonriente a nuestro deber de estado en el sencillo marco de una vida ordinaria, en el lugar donde Dios nos ha colocado, bajo el impulso constante y el dominio creciente del amor. Incluso las mismas caídas, escapadas a la propia debilidad, ayudan al alma a elevarse hacia Dios.

Este espíritu de infancia incluye toda la doctrina espiritual de Santa Teresa de Lisieux. «Teresita» que escudriñaba sin cesar el Evangelio «para descubrir en él el carácter del buen Dios», llegó al fondo del misterio divino en relación con nosotros: una paternidad desbordante de amor y de misericordia. Familiarmente lo llamaba «Papá Dios»¹¹³. Esta expresión tan sencilla traduce maravillosamente los sentimientos íntimos de su alma infantil. Comprendió, en mayor grado que nadie, el supremo deseo del Corazón divino: comunicarnos su vida, perdonarnos si es necesario e introducirnos para

¹¹² Discurso de Benedicto XV, 14 agosto 1921, en la promulgación del Decreto sobre la heroicidad de las virtudes.

¹¹³ *Novissima verba*, 5 junio 1897.

siempre en su familia divina. El dogma de la paternidad divina iluminaba toda su vida espiritual inspirándole la más audaz confianza de llegar a ser santa.

La espiritualidad teresiana alcanza al más puro Evangelio. Pertenece a una familia sobrenatural que constituye el cuerpo místico de Jesucristo y que se extiende hasta el infinito. Tenemos a Dios por Padre, a la Virgen por Madre y a todos los santos del cielo y de la tierra por hermanos. «Todos son parientes nuestros allá arriba»¹¹⁴.

Tales son las vastas perspectivas del pensamiento teresiano. Con la Santa de Lisieux no hay peligro de dejarse encerrar en la mezquina y estrecha visión de una espiritualidad angosta. Nos movemos siempre con ella en los dilatados horizontes de la redención y nos maravilla encontrar en esta alma infantil una amplitud de miras que abraza, a la luz de la paternidad divina y de nuestra gracia de adopción, todo el plan divino. La visión teresiana del mundo se identifica, en su sublime simplicidad, con la visión cristiana del universo.

PEQUEÑEZ

Toda criatura que se acerca a Dios, en presencia de su infinita grandeza, debe sentirse consciente de la propia nada. «Soy El que soy... Tú eres la que no es»¹¹⁵. Esta doble verdad define los dos extremos que hay que unir. He aquí porque, conforme a la naturaleza de las cosas, los santos han establecido siempre como fundamento de todo el edificio de nuestra perfección la virtud de la humildad. El mismo Jesús la había indicado como condición primordial para ser contado entre el número de sus discípulos: «Seguid mis enseñanzas. Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón»¹¹⁶.

“Permanecer pequeña”

Con una intuición maravillosa del indispensable papel de la humildad en la vida espiritual, «Teresita» insistía en la práctica de esta virtud. «Siempre habría de volver a lo mismo»¹¹⁷. «Permanezcamos siempre pequeños, como desea Nuestro Señor. ¿No nos ha dicho en su Evangelio que el Reino de los Cielos es de los que se parecen a ellos?»¹¹⁸. Los privilegiados de Jesús son los «pequeñuelos»¹¹⁹.

Teresa sentía instintivamente que el orgullo es el mayor y principal obstáculo para la santidad. Nuestro mayor enemigo es nuestro propio «yo». Para elevarnos hasta la perfección contamos demasiado con nuestras propias fuerzas y nos imaginamos obrar maravillas hasta el momento en que las caídas nos hacen experimentar nuestra nada.

¹¹⁴ *Novissima verba*, 12 julio 1897.

¹¹⁵ Dios a Santa Catalina de Siena.

¹¹⁶ Mt 11, 29

¹¹⁷ Proceso apostólico, 974, Sor Genoveva.

¹¹⁸ Proceso diocesano, 2095, Sor Marta de Jesús.

¹¹⁹ Proceso diocesano, 2191, Sor María de la Trinidad.

Sólo entonces comprendemos las palabras del Maestro: «Sin Mí nada podéis»¹²⁰. El «niñito» se da cuenta de su debilidad. Sabe que es «pobre, que está falto de todo, en perpetua dependencia»¹²¹.

En posesión de esta verdad básica, Santa Teresa del Niño Jesús tomará como modelo hasta el fin de su vida al «pequeñuelo»¹²². Conduce las almas a la santidad por la humildad. ¿No ha dicho el Maestro: «El que se hiciese semejante a un pequeñuelo será el mayor en el Reino de los Cielos?»¹²³. Que no se objete que esto no es para todos. Teresa responde: «Si hubiese muerto a los ochenta años; si hubiera estado en varios monasterios cargada de responsabilidades; estoy cierta de que hubiera permanecido tan pequeña como ahora»¹²⁴. Podemos vernos elevados hasta los más altos cargos y permanecer como un «pequeñuelo» ante Dios.

“Reconocer la propia nada”

Las dos verdades que nos sitúan en nuestro lugar en el universo son en suma: el «Todo» de Dios y la «nada» de la criatura. *Todo y nada* decía San Juan de la Cruz en una fórmula célebre que manifiesta con un pasmoso poder expresivo la antítesis irreductible existente en lo más profundo de nuestras relaciones con Dios. «Teresita» no empleará estos grandes términos, pero en forma familiar y no menos radical nos recordará que nada somos.

Nos ha dejado una respuesta muy rica y muy sencilla que señala lo esencial de su enseñanza en este punto:

“Permanecer pequeño es reconocer nuestra propia nada: esperar todo de Dios como el niño lo espera todo de su padre. Es no inquietarse por nada; no adquirir fortuna. Incluso en casa de los pobres, se da al niño lo que necesita; pero en cuanto crece, su padre no puede alimentarlo y le dice: «Ahora trabaja que ya puedes bastarte a ti mismo.»”¹²⁵.

Este texto capital nos muestra los rasgos principales de la espiritualidad teresiana: «reconocer la propia nada; esperar todo de Dios; no afligirse por la propia debilidad; alegrarse de ella incluso porque glorifica a Dios». Teresa quiere que las almas tengan la convicción de que todo proviene de Dios. Un día que en la enfermería sus hermanas, sonriendo, le dejaron comprender que la consideraban como una santa, Teresa protestó vehementemente:

¹²⁰ Io 15, 5.

¹²¹ Proceso apostólico, 630, Madre Inés.

¹²² Carta a su hermana Leonia, 12 julio 1896.

¹²³ Mt 18, 4.

¹²⁴ *Novissima verba*, 25 de septiembre de 1897.

¹²⁵ *Novissima verba*, 6 agosto 1897.

—No, no, no soy una santa. Nunca he hecho las acciones de los santos. Soy «un alma pequeña» a quien Dios ha colmado de gracias. Digo la verdad, ya lo veréis en el cielo¹²⁶.

Nada conseguirá arrancar del alma de Teresa la convicción de que a Dios lo debe *todo*.

Todas las criaturas podrían inclinarse ante ella, admirarla, abrumarla con sus alabanzas; nunca añadiría esto una sombra de vana satisfacción a la verdadera alegría que saborea en su corazón viéndose a los ojos de Dios una pobre y pura nada, sin más¹²⁷.

“La humildad: es la verdad”

La humildad no niega los dones de Dios, sino que, como la Virgen en el *Magnificat* los refiere a su gloria. Teresa no se pierde en interminables confesiones de su propia miseria, en las que se oculta frecuentemente un amor propio muy sutil. Le gusta la franqueza y se complace en repetir como su madre Teresa de Ávila: «La humildad es la verdad»¹²⁸.

“Soy demasiado pequeña para sentir vanidad. Soy demasiado pequeña para saber redondear bellas frases que dejen creer que soy muy humilde. Prefiero constatar sencillamente que el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas, la mayor de las cuales es haberme mostrado mi pequeñez, mi impotencia para todo bien”¹²⁹.

Estas frases son transparentes y claras. Teresa no se engaña a sí misma. «No he encontrado nunca un alma más sincera»¹³⁰, declaraba un testigo en el proceso de canonización. Mantiene sobre ella misma esta mirada verídica de los santos que saben contemplarse a la luz divina. Pero que no traten de desviarla de la convicción de su propia nada. Cuando le recuerdan la doctrina de San Juan de la Cruz, quien afirma que «las almas perfectas pueden considerar sin peligro su sobrenatural belleza»:

“¿Qué belleza? —contesta—. No veo más que las gracias recibidas”¹³¹.

¹²⁶ *Novissima verba*, 9 agosto 1897.

¹²⁷ *Historia de un alma*, IX, 121.

¹²⁸ Proceso apostólico, 1032, Sor Genoveva.

¹²⁹ *Historia de un alma*, IX, 121.

¹³⁰ Proceso apostólico 1032, Sor Genoveva.

¹³¹ *Novissima verba*, 10 agosto 1897.

“Me alegro de ser imperfecta”

La humildad teresiana se caracteriza por un nuevo rasgo: la gozosa aceptación de nuestra impotencia y de nuestras fragilidades involuntarias. Estas caídas ligeras e inevitables sirven para humillarnos y para fortalecer nuestro amor¹³².

“Mirad a los «niños pequeños»: no cesan de romper, de destrozar, de caer, sin dejar de amar mucho a sus padres. Los padres, por su parte, ¿dejan por ello de amarlos y de colmarlos de caricias? Cuando yo caigo como un niño constato con eso mi nada y mi debilidad, y me digo: ¿Qué haría si me apoyase en mis propias fuerzas? Comprendo muy bien que San Pedro cayera. Pobre San Pedro; se apoyaba en sí mismo en lugar de apoyarse en la fuerza divina. Nuestro Señor quiso demostrarle su debilidad para que, debiendo gobernar toda su Iglesia llena de pecadores, experimentase en sí mismo lo que puede el hombre falto de la ayuda divina”¹³³.

Tocamos aquí una de las doctrinas más importantes de la espiritualidad cristiana: hay que saber aceptar nuestra miseria e incluso encontrar en ella nuestra alegría. En lugar de sentirnos orgullosamente despechados al constatar nuestra debilidad y nuestros fracasos, hemos de alegrarnos de «estas pequeñas faltas que no apenan a Dios»¹³⁴ y que nos mantienen en la convicción de nuestra nada.

“Cuanto más débiles y miserables nos reconocemos, tanto más descende Dios hasta nosotros para colmarnos magníficamente de sus dones”¹³⁵. “Verdad es que para gozar de estos tesoros hay que humillarse, reconocer la propia nada; y esto es lo que muchas almas no quieren hacer”¹³⁶.

Incluso los más santos conocen instantes de fragilidad; pero estas ligeras fallas escapadas por sorpresa, los lanzan hacia Dios en un mayor impulso de amor.

Realísticamente, Teresa se adaptó a esta inevitable miseria. No soñemos en la tierra con una perfección imposible que por reacción nos llevaría al desaliento. «Queríamos no caer nunca. ¡Qué ilusión!»¹³⁷. Oigamos más bien el grito sublime de Teresa:

“¿Qué me importa caer a cada instante? Siento así mi debilidad y encuentro en ello un gran provecho”¹³⁸.

“Incurro en muchas debilidades; pero no me extraño jamás de ello. Tampoco me sitúo pronto como querría por encima de las nada de la tierra: por ejemplo, estaré tentada de inquietarme por una tontería que haya dicho o hecho. Entonces sencillamente entro dentro de mí misma y me digo: «¡Ay! ¿Estoy todavía en los comienzos como

¹³² Carta a Madre Inés, 1890.

¹³³ *Novissima verba*, 7 agosto 1897.

¹³⁴ *Historia de un alma*, VIII, 105.

¹³⁵ Proceso apostólico, 1403, Sor María de la Trinidad.

¹³⁶ Carta a un misionero, 13 julio 1897.

¹³⁷ Carta a Celina, 12 marzo 1889.

¹³⁸ *Ibid.*

antes?» Pero me digo esto con una gran paz, sin tristeza. ¡Es tan dulce sentirse débil y pequeño!»¹³⁹.

Un día una de las Hermanas fue a pedirle su ayuda inmediata para un trabajo de pintura difícil de ejecutar. La Hermana Teresa del Niño Jesús sufría un fuerte acceso de fiebre. Una ligera emoción, reveladora del combate interior, se reflejó en su rostro. La Madre Inés, que estaba presente, se apercibió de ello. Por la noche, Teresa le escribió:

“Hace poco, vuestra hija ha derramado dulces lágrimas: lágrimas de arrepentimiento; pero más aún de reconocimiento y de amor. Hoy os he mostrado mi virtud, mis tesoros de paciencia... y yo que tan bien predico a los demás... *Estoy contenta de que hayáis visto mi imperfección. No me habéis reñido y no obstante, lo merecía.* Pero siempre vuestra dulzura me afecta más que unas palabras severas. Sois para mí la imagen de la Misericordia divina. Volviendo a mi celda me preguntaba qué es lo que pensaba Jesús de mí. En seguida he recordado lo que dijo un día a la mujer adúltera: «¿Nadie te ha condenado?» Y con las lágrimas en los ojos, le he respondido: «Nadie, Señor; y bien veo que puedo irme en paz puesto que Vos no me condenaréis tampoco».

Os lo confieso, *me siento más feliz de haber sido imperfecta* que si, sostenida por la gracia, hubiera sido un modelo de paciencia. Me hace tanto bien ver que Jesús es siempre tan bueno y tan dulce para conmigo. Verdaderamente, hay para morir de agradecimiento y de amor. Comprenderéis que esta noche el vaso de la divina Misericordia se ha desbordado sobre su hija. ¡Ah! Lo reconozco desde ahora, sí, todas mis esperanzas se verán colmadas. Sí, el Señor obrará en mí maravillas que superarán infinitamente mis deseos”¹⁴⁰.

Tales acentos no engañan. En las almas verdaderamente humildes, no hay obstáculo para el amor. Incluso sus faltas las ayudan a elevarse más cerca de Dios.

“Me he apasionado por el olvido”

Un último rasgo acaba de caracterizar la humildad teresiana. «Teresita» prefiere el olvido a las humillaciones y a los desprecios, alimento de las almas grandes.

Ella se había fijado como programa de perfección al “*ama nesciri*” de su libro preferido. «Quiero poner en práctica este consejo de la *Imitación*: ¿Queréis aprender algo que os sirva? *Gustad de ser ignorados y de no ser contados para nada*»¹⁴¹. El día de su profesión llevaba sobre el corazón una nota con esta súplica: «Ser el oscuro granito de arena pisoteado por los transeúntes»¹⁴².

¹³⁹ *Novissima verba*, 5 julio 1897.

¹⁴⁰ Carta a la Madre Inés de Jesús, 28 mayo 1897.

¹⁴¹ Proceso diocesano, 1910, Sor Francisca Teresa.

¹⁴² *Historia de un alma*, VIII, 103; IX 119.

Cuando Dios, con ocasión de la dolorosa enfermedad de su padre, le descubrió el misterio de la «faz velada», Teresa quiso rivalizar con Cristo y perderse con Él en una oscuridad total.

“Estas palabras de Isaías: «No tiene esplendor ni belleza»; su rostro está oculto y nadie lo ha reconocido», llegaron a constituir la base de toda mi piedad. También yo deseaba no tener esplendor ni belleza; quedarme sola pisando el vino en la prensa, desconocida de toda criatura”¹⁴³.

“Quería que mi rostro, como el de Jesús, estuviese oculto a todas las miradas; que en la tierra, nadie me reconociese. Tenía sed de sufrir y de ser olvidada”¹⁴⁴.

“Deseo ser desconocida de todas las criaturas... Nunca he deseado la gloria humana. El desprecio había atraído mi corazón; pero habiendo reconocido que era demasiado glorioso para mí, me apasioné por el olvido”¹⁴⁵.

Pequeñez y grandeza

Desconoceríamos el sentido profundo de «la espiritualidad teresiana, si la considerásemos sólo atendiendo a las "angostas perspectivas de nuestra miseria y de nuestra nada. El cristianismo es una síntesis de virtudes complementarias, que concilia en superior armonía los movimientos del alma aparentemente más opuestos. Hay en teología mística, una doctrina capital que desempeña un papel decisivo en la economía de la infancia espiritual, como lo desempeña en las más vastas síntesis de la espiritualidad católica: el carácter a la vez diverso y complementario de todas las virtudes. Esta verdad tan preciosa, tan iluminadora de la psicología integral del alma de los santos, halla su punto de apoyo y su explicación profunda en las propiedades esenciales que necesariamente acompañan al ejercicio de nuestras virtudes infusas o adquiridas: su sentido del justo medio, su íntima conexión, su crecimiento simultáneo y proporcional bajo el impulso creador y unificador del amor. Todas nuestras virtudes cristianas se prestan una mutua ayuda, impidiendo al alma fijarse demasiado exclusivamente en una posición extrema, sea por exceso, sea por defecto, y manteniéndola siempre entre las más desconcertantes complejidades de la existencia humana en este equilibrio tan flexible y tan vario del alma de los santos.

Una humildad demasiado preocupada por ocultarse en toda circunstancia, caerá fácilmente en la pusilanimidad. Para evitar este peligro y para lanzar audazmente a las almas hacia las grandes empresas y las grandes aventuras a mayor gloria de Dios, se requiere la magnanimidad. Estas dos virtudes complementarias aparecen fulgurantes en el alma y en la espiritualidad teresiana. El cuidado por «pasar desapercibida» en su monasterio y el sueño de ser «como el grano de arena pisoteado por los transeúntes» no

¹⁴³ *Novissima verba*, 5 agosto 1897.

¹⁴⁴ *Historia de un alma*, VII, 93.

¹⁴⁵ Carta a Madre Inés, 1892.

impedían a Santa Teresa de Lisieux desplegar su ardor apostólico en los más vastos horizontes de la redención. «El celo de una carmelita ha de abrazar el mundo»¹⁴⁶, decía. Jamás monja alguna permaneció menos encerrada entre rejas de su clausura, que el alma de esta hija de la Iglesia que por su celo ardiente por la salvación de las almas merecerá llegar a ser la patrona de todas las Misiones. «Ser Carmelita» no le basta. Su alma contemplativa, vasta como la catolicidad, quisiera realizar simultáneamente todas las vocaciones: ser «sacerdote», ser «profeta, doctor, misionero», «sobre todo, ser mártir», encargarse de «los grandes intereses que abrazan el universo»¹⁴⁷. Mientras muchos cristianos no piensan en el más allá más que para entrar en el «eterno reposo», Teresa sueña en «pasar su cielo haciendo bien sobre la tierra» y en trabajar por la redención del mundo hasta la formación del Cristo total.

He aquí como la pequeñez puede conciliarse, en el camino de la infancia espiritual, con la más magnánima audacia. Siguiendo las enseñanzas de la Santa de Lisieux, el alma cristiana consciente de su pequeñez y de su nada, pero hija de Dios y orgullosa de tenerle por Padre, sueña en elevarse también hasta las más altas cimas de la montaña del amor, y en entregarse por la salvación del mundo hasta que el ángel venga a decir: «el tiempo ya no existe» y se haya cumplido hasta el último «el número de los elegidos»¹⁴⁸.

"Nunca he podido hacer nada sola"

Como los mayores maestros de espiritualidad cristiana, Teresa ha puesto como base del camino de infancia espiritual la convicción de su «impotencia para todo bien». «El único medio de efectuar progresos rápidos en el camino del amor es permanecer siempre pequeño. Así lo he hecho yo»¹⁴⁹. «Nunca he podido hacer nada sola»¹⁵⁰.

Dios que «exalta a los humildes y resiste a los soberbios» ha venido a recordar al mundo moderno, tan orgulloso de sus conquistas científicas y tan pobre de Dios, que en este punto capital necesitaba de las enseñanzas del Evangelio. La condición primera de toda criatura que se acerca a Dios es la de «reconocer la propia nada». La humildad es la condición fundamental de toda santidad.

PRIMACÍA DEL AMOR

De la primacía absoluta del amor proviene el único y supremo valor de la espiritualidad teresiana. Al principio, en el centro y al término del camino de la infancia espiritual se halla el amor. Nada más evangélico que esta primacía. El cristianismo es

¹⁴⁶ *Historia de un alma*, X, 154.

¹⁴⁷ *Historia de un alma*, XI, 168.

¹⁴⁸ *Novissima verba*, 17 julio 1897

¹⁴⁹ *Historia de un alma*, Consejos y recuerdos

¹⁵⁰ *Novissima verba*. 11 agosto 1897.

esencialmente una religión, de amor. «Escucha Israel, amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Éste es el primero y el más grande de los mandamientos. En él se resumen la ley y los profetas»¹⁵¹. Todo el mensaje de Jesús se reduce a la ley del amor.

“Me pides un medio de llegar a la perfección; sólo conozco uno: el amor”

Toda la espiritualidad teresiana se concentra en esta mística del amor. San Juan, que en la noche de la Cena había reclinado su cabeza sobre el corazón del Maestro, tenía que llegar a ser el Evangelista del amor. San Pablo enseñaba que «el amor contiene la plenitud de la ley»¹⁵². Después de Cristo y de los Apóstoles, los Padres y los Doctores de la Iglesia han rivalizado en exaltar al primero de todos los mandamientos. Conocida es la célebre frase de San Agustín: «Ama y haz lo que quieras». Esta doctrina evangélica ha atravesado los siglos. Un San Bernardo escribirá que «la medida de amar a Dios es amarlo sin medida». Un San Francisco de Asís irá por las calles gritando por todas partes: «El Amor no es amado». Un Santo Domingo responderá a los que le preguntan de dónde ha sacado los inflamados acentos de su palabra apostólica: «He estudiado el libro del amor más que otro alguno. Todo lo enseña el amor».

No terminaríamos nunca si quisiéramos repetir las más celebres fórmulas de los santos que expresan, atendiendo cada uno a su propia idiosincrasia y á la especial gracia recibida, esta primacía absoluta del amor en la ley de Cristo. La mística carmelitana ha puesto de relieve de manera impresionante esta ley suprema de la unión divina. Santa Teresa de Ávila se complació en cantar la felicidad y los privilegios del alma llegada al matrimonio espiritual y «cuyo único oficio es amar». Y es conocido el clásico pasaje del *Cántico espiritual* en que San Juan de la Cruz nos advierte de que «el más pequeño acto de amor es más útil a la Iglesia que la multitud de las obras». «En la noche de la vida seremos juzgados sobre el amor».

En la adquisición de este sentido primordial del amor, «Teresita» seguía una buena escuela. Su maestro preferido fue San Juan de la Cruz. Durante dos años la joven carmelita no tuvo «otro alimento» que esta doctrina mística en la que aprendió la excelencia sin par de esta vida de amor. Por tanto, cuando su prima Guérin le pregunta, Sor Teresa del Niño Jesús, en plena posesión de su doctrina espiritual, le responde sin vacilar: «Me preguntas un medio para llegar a la perfección. Sólo conozco uno: el amor»¹⁵³.

¹⁵¹ Deut 6, 5; Mt 13, 37.40; Mc 12, 30; Lc 10, 27.

¹⁵² Rm 13, 10.

¹⁵³ Carta a María Guérin, 1894.

"Vivir de amor"

En la espiritualidad teresiana como en el Evangelio, el amor lo es todo. La Santa de Lisieux ha hecho de él «el centro de su doctrina y de su vida. Jamás quiso conocer otra ley ni otro principio de acción que el amor. A sus ojos, «sin el amor», todas las obras, aún las más brillantes, son pura nada»¹⁵⁴. Los testimonios del proceso de canonización no parecen más que un largo atestado de más de mil páginas sobre esta vida de amor; y el teólogo encargado por la Iglesia del examen de sus virtudes llegó a la conclusión de que «Ocurre frecuentemente que tal o cual virtud se manifiesta con un fulgor particular en la vida de los santos. Así la caridad para con Dios en nuestra Teresa»¹⁵⁵. Un San Vicente de Paúl encarna en la Iglesia la caridad compasiva que se inclina sobre todas las miserias de los hombres; en un Santo Tomás de Aquino resplandece la sabiduría estructuradora de la ciencia de la fe; un San Ignacio de Loyola expresa con una fuerza excepcional el ideal del «soldado de Cristo» al servicio de la Iglesia militante; *Santa Teresa del Niño Jesús es la Santa del puro amor*.

Toda su doctrina espiritual —lo que llamaba su «caminito»— se reduce al amor, a la confianza, a la humildad. «Con el amor —decía— no sólo avanzo, sino vuelo»¹⁵⁶. Quiso grabar en su escudo de carmelita esta máxima de San Juan de la Cruz: «El amor no se paga más que con amor»¹⁵⁷. Cantó su ideal supremo en el hermoso cántico: *Vivir de amor*.

“El puro amor”

El verdadero amor es donación de la persona y olvido de uno mismo. Santa Teresa del Niño Jesús se horrorizaba de todo amor mercenario.

“Hay en Sexta un versículo que recito siempre de mala gana. «*Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas propter retributionem*. Mi corazón se ha inclinado a cumplir vuestros preceptos por la retribución». Interiormente me apresuro a decir: «¡Oh Jesús mío, bien sabéis que no os sirvo por la recompensa, sino únicamente porque os amo y para salvar almas!»¹⁵⁸.

No quería dar a Dios más que testimonios de «puro amor». No despreciaba la recompensa; bien sabía que no habría podido vivir sin Dios. Pero no le pidamos las sutiles precisiones del teólogo preocupado por evitar en sus fórmulas los errores quietistas del «puro amor». Siguiendo a San Pablo, «Teresita» dirá que para dar gusto a Dios consentiría en ser sumergida en los infiernos a fin de que Él pudiese ser amado en este lugar de blasfemias. Pensándolo mejor, la santa añadirá en su *manuscrito*:

¹⁵⁴ *Historia de un alma*, VIII, 109.

¹⁵⁵ Proceso de canonización, 56.

¹⁵⁶ *Historia de un alma*, VIII, 105

¹⁵⁷ *Ibid.* (blasón).

¹⁵⁸ *Historia de un alma*. Consejos y recuerdos.

“Ya sé que esto no podría glorificarlo; pero cuando se ama se experimenta la necesidad de decir mil locuras”¹⁵⁹.

“Lo que me atrae a la patria celestial es la llamada del Señor; es la esperanza de amarle finalmente tanto como he deseado; es el pensamiento de que podré hacerlo amar de una multitud de almas que le bendecirán eternamente”¹⁶⁰.

En definitiva, Teresa desea, por encima de todo, amar a Dios por Él mismo, sin mira egoísta alguna.

Si por un imposible Dios no viera mis buenas obras, no me afligiría por ello. Le amo tanto que quisiera complacerle con mi amor y mis pequeños sacrificios, *aun cuando Él no supiera que son míos*¹⁶¹.

Sólo los santos llegan a tal pureza, a tal desinterés en el amor.

Un día, viéndola echar flores al Calvario, le preguntaron: «¿Es para obtener alguna gracia? No, —respondió— es para complacerle. No soy egoísta; no quiero dar para recibir. Amo a Dios, no me amo a mí misma»¹⁶².

Durante su enfermedad, como le hiciesen notar que Dios le daría una gran recompensa por lo mucho que sufría: «No, no —contestó— no es por la recompensa, es para complacer a Dios»¹⁶³.

Nada más característico de su espiritualidad. Teresa no apunta más que al «puro amor».

“Todo lo he hecho por amor”

El valor de una acción depende sólo, para Teresa, del amor que la inspira. Nuestro Señor no mira tanto a la grandeza de nuestras acciones, ni aún a sus dificultades, como al amor con que las llevamos a cabo¹⁶⁴. De esta doctrina dimana un corolario de una extrema importancia práctica. Para alcanzar la más alta perfección no es necesario recurrir a acciones extraordinarias, sino sencillamente «hacerlo todo por amor»¹⁶⁵. He aquí el secreto de la rapidísima ascensión de Sor Teresa del Niño Jesús hacia la más alta santidad y el medio más eficaz de dar a nuestras existencias, tan triviales frecuentemente, una fecundidad completamente divina. La Santa de Lisieux dictaba una admirable máxima: «Entre dos acciones igualmente buenas o incluso entre dos acciones, una de las cuales es indiferente en sí, elegir siempre la que provoca en

¹⁵⁹ Proceso diocesano, 2348. Madre Inés de Jesús.

¹⁶⁰ Carta a un misionero, 1897.

¹⁶¹ *Novissima verba*. 15 mayo 1897.

¹⁶² Proceso apostólico, 641, Madre Inés de Jesús.

¹⁶³ *Ibid.*, 1108, Sor Teresa de San Agustín.

¹⁶⁴ Carta a Celina, 1888.

¹⁶⁵ Carta a Leonia, enero 1895.

nosotros el máximo de amor»¹⁶⁶. *Esta ley de oro es la ley suprema del caminito de infancia espiritual; no realizar nada por un deseo mercenario; hacerlo todo por amor y «para complacer a Jesús».*

Una de las novicias nos dice que así obraba en toda circunstancia Sor Teresa del Niño Jesús: «Sabía *transformar todas sus acciones, aún las más indiferentes, en actos de amor. Me estimulaba continuamente a hacerlo también*»¹⁶⁷.

El 29 de julio de 1894 la comunidad sorteó algunas máximas piadosas. El billete que le tocó en suerte decía: «Si a cada instante os preguntasen: «¿qué hacéis?», vuestra respuesta debería ser: «Amo». En el refectorio, «Amo». En el trabajo, «Amo»; etc. Guardó hasta la muerte este billete que le placía en extremo. Me dijo: «Es el eco de mi alma. Hace mucho que entiendo así el amor y me esfuerzo en practicarlo»¹⁶⁸.

Tal es la más profunda ley de la espiritualidad teresiana. No debemos ligar nuestro corazón a nuestras obras «sino aplicarnos únicamente al amor»¹⁶⁹. «No habría querido recoger una paja para evitar el purgatorio. Todo lo que he hecho lo he hecho para complacer a Dios, para salvarle almas»¹⁷⁰. «Nunca he dado a Dios otra cosa que amor»¹⁷¹. Doctrina liberadora que hace accesible a todos la perfección cristiana. La santidad no consiste en las penitencias y las mortificaciones extraordinarias, ni en los éxtasis o las sublimes iluminaciones, ni aun en la multiplicidad de las obras y en la brillantez de las acciones en servicio de Cristo; sino en la gozosa fidelidad a las más humildes tareas cotidianas «para complacer a Dios y para salvarle almas»¹⁷². La santidad no es esto, ni aquello; la santidad es amor.

“No, no me arrepiento de haberme entregado al amor”

El amor fue, pues, el único móvil de todos los actos de Santa Teresa del Niño Jesús. Amor que irrumpía cada vez con mayor fuerza a medida que ella iba avanzando en la vida. «Vuestro amor, Dios mío, me ha prevenido desde la infancia. Ha crecido conmigo y ahora es un abismo cuya profundidad no puedo sondear»¹⁷³.

Desde su más tierna edad le habían enseñado a «evitar las menores imperfecciones, pero siempre por un principio de amor»¹⁷⁴. Nunca se la vio flaquear en

¹⁶⁶ Proceso apostólico, 698: la Madre Inés de Jesús declara: “Hubiera creído pecar contra la templanza no gozando de los encantos de la naturaleza, de la música, etcétera, cuando se sentía atraída a ello por un pensamiento de amor y de reconocimiento hacia Dios. Me decía que, siendo *el amor el único fin* que queremos alcanzar, la acción en que ponemos más amor, aún indiferente en sí, ha de ser preferida a otra acción, tal vez mejor en sí misma, pero en la que pusieramos menos amor”.

¹⁶⁷ Proceso diocesano, 2122, Sor María de la Trinidad.

¹⁶⁸ Proceso apostólico, 1336, Sor María de la Trinidad.

¹⁶⁹ Proceso diocesano, 1706, Sor Genoveva.

¹⁷⁰ *Novissima verba*, 30 julio 1897.

¹⁷¹ *Ibid.*, 22 julio 1897.

¹⁷² *Novissima verba*, 30 julio 1897.

¹⁷³ *Historia de un alma*, X, 157.

¹⁷⁴ Proceso apostólico, 541, R. P. Pichón S. I.

este camino del amor. Una vez carmelita, aceptó heroicamente todos los sacrificios de su vida religiosa «con el único fin de amar y de hacer amar a Dios»¹⁷⁵.

“Una sola cosa hemos de hacer acá abajo: amar, amar a Jesús con todas las fuerzas de nuestro corazón y salvarle almas para que sea amado. No le neguemos nada. Tiene tanta necesidad de amar”¹⁷⁶.

Dios la preparaba así al sublime acto, coronamiento de su vida espiritual; fecha memorable en la Iglesia: su acto de ofrenda como víctima de amor durante la Misa de la festividad de la Santísima Trinidad, el 9 de junio de 1895. *La quintaesencia de la espiritualidad teresiana se encierra en esta doble corriente de amor que parte del Corazón divino y al cual responde el amor de su criatura*. Teresa comprendió el inmenso deseo de Dios, de ser amado, de dejar «desbordar en las almas las olas de su infinita ternura». Teresa quiere recibir en su alma este amor, tan desconocido, para devolverle amor por amor. Deja a las «almas grandes» el cuidado de entregarse a la expiación reparadora. Teresa no se ofrece ni a la justicia, ni al sufrimiento, sino al amor. Su martirio será el «martirio del amor». Todas las «almas pequeñas» podrán seguirla en la consagración de todo su ser al amor misericordioso; puesto que «cuanto más débil y miserable se sea, tanto más adecuado se es para las operaciones de este amor santificante».

Se adivina el alcance inmenso y liberador de este acto de ofrenda, tan caro a la multitud de «almas pequeñas» que, en el mundo entero, siguiendo a Teresa, se han ofrecido a Dios como víctimas de holocausto a su amor misericordioso. Estas almas saben por experiencia que este amor increado es un fuego devorador que las purifica incesantemente, que las anima y las ayuda a vivir a través de todas las cosas «en un acto de perfecto amor».

A partir de este acto, la vida de Teresa, estuvo cada vez más consumida por el amor. Lo renovaba frecuentemente y sabemos que en el momento de comparecer ante Dios, en medio de los mayores sufrimientos, volviéndose hacia Celina, le repitió con el ardor de Juana de Arco en la hoguera: “No, no, no me arrepiento de haberme entregado al amor”¹⁷⁷. Algunos instantes después, Teresa era «juzgada sobre el amor».

“Mi vocación es el amor”

A la manera de los grandes artistas que se superan en una última obra maestra en la que legan a los hombres la suprema expresión de su ingenio, Teresa, en respuesta a su hermana mayor que le había pedido que pusiese por escrito la que ella llamaba «su pequeña doctrina», nos ha dejado unas páginas sublimes, que merecerían ser leídas de

¹⁷⁵ Proceso apostólico, 633, Madre Inés.

¹⁷⁶ Carta a Celina, 14 julio 1889.

¹⁷⁷ 27 *Novissima verba*, 30 septiembre 1897 (día de su muerte).

rodillas como el Evangelio. Hay que remontarse quizá hasta San Pablo para encontrar tanto lirismo inspirado por el amor. Es el canto del cisne de la Santa del amor.

“Ser vuestra esposa, ¡oh Jesús!, ser Carmelita, ser por mi unión con Vos madre de las almas, todo esto debería bastarme. No obstante siento en mí otras vocaciones: siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de doctor, de mártir. Siento el valor de un cruzado y querría realizar las obras más heroicas. Quisiera morir en un campo de batalla en defensa de la Iglesia.

La vocación de *sacerdote*. Con qué amor, ¡oh Jesús!, os llevaría en mis manos cuando mi voz os hiciera descender del Cielo! ¡Con qué amor os daría a las almas! Pero ¡ay!, al mismo tiempo que deseo ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de San Francisco de Asís y siento la vocación de imitarle rechazando la sublime dignidad del sacerdocio. ¿Cómo aliar estos contrastes?

Quisiera iluminar a las almas como los *profetas* y los *doctores*. Quisiera recorrer la tierra predicando vuestro nombre y plantando en tierra infiel vuestra Cruz gloriosa, ¡oh Bienamado mío! Pero una misión única no me bastaría; quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en todas las partes del mundo y en las más apartadas islas; quisiera ser *misionero*, no sólo durante algunos años, sino que quisiera haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos.

Por encima de todo, quisiera el martirio... El martirio: he ahí el sueño de mi juventud; sueño que ha crecido conmigo desde mi celdita del Carmelo. Pero esto es otra locura, puesto que no deseo un sólo género de suplicio; para satisfacerme los necesitaría todos.

Como Vos, Esposo adorado, quisiera ser azotada, crucificada. Quisiera morir despellejada como San Bartolomé; como San Juan quisiera ser sumergida en aceite hirviente; como San Ignacio de Antioquía deseo ser triturada por los dientes de las fieras para llegar a ser un pan digno de Vos. Con Santa Inés y Santa Cecilia quisiera presentar mi cuello a la cuchilla del verdugo, y como Santa Juana de Arco susurrar en la hoguera el nombre de Jesús...

Si mi pensamiento se dirige hacia los inauditos tormentos de que participarán los cristianos en tiempo del Anticristo, mi corazón se estremece y quisiera que todos estos tormentos me fueran reservados.

Abrid, Jesús mío, vuestro libro de la vida donde se relatan las acciones de todos los santos. Quisiera haber realizado estas acciones por Vos.

¿Qué responderéis a todas estas locuras? ¿Hay sobre la tierra un alma más pequeña, más impotente que la mía? No obstante, a causa de mi debilidad os habéis complacido en colmar mis pequeños deseos infantiles y hoy queréis colmar otros deseos más grandes que el universo.

Como estas aspiraciones llegaran a serme un verdadero martirio, un día abrí las Epístolas de San Pablo en busca de un remedio a mi tormento. Ante mis ojos aparecieron los capítulos XII y XIII de la primera Epístola a los Corintios. Leí allí que no todos pueden ser a la vez apóstoles, profetas y doctores; que la Iglesia se compone de diversos miembros y que los ojos no pueden ser a la vez la mano. La respuesta era clara; pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz. Sin desanimarme, proseguí mi lectura y

este consejo me consoló: «Buscad con ardor los dones más perfectos; os mostraré un camino más excelente aún». Y el Apóstol explica que los dones más perfectos nada son sin el amor; que la caridad es el más excelente de los caminos para ir seguros hacia Dios.

Por fin encontré el reposo. Considerando el cuerpo místico de la santa Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo, o mejor dicho, quería reconocirme en todos. *La caridad me dio la llave de mi vocación*. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de muchos miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos los órganos. Comprendí que tenía un corazón y que este corazón ardía de amor. Comprendí que sólo el amor hacía actuar a sus miembros; que si el amor se apagase, los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre. Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones; que el amor lo era todo; que abrazaba todos los tiempos y todos los lugares porque es eterno. Entonces, en el exceso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, amor mío!; por fin he encontrado mi vocación: *mi vocación es el amor*. Sí, he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia, y este lugar, Dios mío, Vos me lo habéis señalado. En el corazón de mi Madre la Iglesia, *yo seré el amor...* Así lo seré todo”¹⁷⁸.

ABANDONO

Uno de los peligros más temibles para las almas que caminan hacia la perfección, es el desaliento. Bajo mil formas sutiles repliega al alma en sí misma y la encierra, sin posibilidad de evasión, en el laberinto de su propio «yo». Ahora bien, en la vida espiritual, la obsesión del «yo» es siempre paralizadora, sólo el contacto con Dios comunica entusiasmo y empuje.

Uno de los más grandes beneficios de la espiritualidad teresiana consiste precisamente en desarrollar hasta el máximo en las almas la esperanza teologal; esta virtud de la ruta, tan poderosa para ayudarlas a elevarse rápidamente muy arriba, apoyándose en Dios. Cuando se mira a Dios cara a cara no se retrocede jamás. Cuanto más débil se siente el alma por sí misma, tanto más confía en Dios. El sentimiento de su miseria la lanza hacia la misericordiosa bondad del Todopoderoso. La confianza conduce al abandono, forma suprema del amor.

“La confianza y sólo la confianza, ha de conducir al amor”

Los testigos del proceso de canonización quedaron maravillados de la «inquebrantable confianza de Sor Teresa del Niño Jesús». «La disposición habitual de su alma —decían— era un abandono confiado en la Providencia»¹⁷⁹ «Esta confianza en

¹⁷⁸ *Historia de un alma*, XI, 168-170.

¹⁷⁹ Proceso apostólico, 534, R. P. Lemonnier.

Dios había llegado a ser el sello especial de su alma»¹⁸⁰. «En las dificultades de la vida su esperanza permanecía invencible»¹⁸¹. «Era inaccesible al desaliento»¹⁸². Teresa gustaba de repetir estas palabras de San Juan de la Cruz: «Se obtiene de Dios en la medida en que se espera»¹⁸³. «Nunca se confiaba demasiado en Dios»¹⁸⁴. Había tomado por modelo el abandono del pequeñuelo que se duerme en brazos de su padre¹⁸⁵. Volvía con predilección al Evangelio de la Providencia. Inquietarse es olvidar que Dios cuida de nosotros. ¿No tenemos un Padre celestial que alimenta a los pájaros del cielo y reviste de esplendor a los lirios de los campos? «En la negra noche, sobre una piedra negra, Dios ve una hormiga negra», dice un bello proverbio árabe que hubiera gustado a Teresa. ¡Cuánto más vela Dios sobre cada una de nuestras almas, de un valor infinito y que le ha costado la sangre de su propio Hijo!

La Santa de Lisieux no podía comprender que se pusiese límites a la infinita bondad de Dios. «No dudaba nunca del éxito de su oración. Dirigiéndose a un Padre infinitamente bueno y todopoderoso, le parecía natural pedir una gracia y tener la seguridad de obtenerla. Quería llegar a ser una santa y confiaba en Nuestro Señor para alcanzar esta meta. Nunca se presentó a su espíritu la menor duda de no llegar a ella»¹⁸⁶. La joven carmelita «aspiraba a una alta santidad». Varios confesores o predicadores de retiro llegaron a asustarse de ello y a detener sus ímpetus.

“Padre —decía a un predicador—, quiero llegar a ser santa; quiero amar a Dios tanto como Santa Teresa de Ávila. El predicador replicó duramente: ¡Qué orgullo, qué presunción! Límitese a corregirse de sus defectos, a no ofender a Dios, a hacer cada día pequeños progresos y modere sus deseos temerarios. Pero, Padre—objeto nuestra santita—, no encuentro que sean temerarios, puesto que Nuestro Señor ha dicho: «Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial»”¹⁸⁷.

No halló reposo hasta que encontró al buen Padre Alexis que la «lanzó a velas desplegadas por las olas de la confianza y del amor»¹⁸⁸.

Desde entonces se abandonó sin reserva a la más audaz confianza en Dios. «En sus conferencias de noviciado, en lo que más insistía era en la confianza»¹⁸⁹.

Aún sumergida en las más espesas tinieblas, cuando sus plegarias no eran oídas, cuando todo iba al revés de lo que hubiera querido, nada podía hacerla salir de su inquebrantable confianza. «Dios se cansará de probarme antes de que yo dude de Él»¹⁹⁰.

¹⁸⁰ Proceso diocesano, 1492, Madre Inés de Jesús.

¹⁸¹ Proceso apostólico, 907, Sor Genoveva.

¹⁸² Ibid. 1066, Sor Teresa de San Agustín.

¹⁸³ Proceso diocesano, 2113, Sor María de la Trinidad.

¹⁸⁴ Historia de un alma, XII, 192.

¹⁸⁵ Ibid., XI, 162. *Novissima verba*, 15 junio 1897.

¹⁸⁶ Proceso apostólico, 1061, Sor Teresa de San Agustín.

¹⁸⁷ Ibid., 605, Madre Inés de Jesús; 970, Sor Genoveva.

¹⁸⁸ *Historia de un alma*, VIII, 105.

¹⁸⁹ Proceso apostólico, 1428, Rvdmo. P. Madelaine.

¹⁹⁰ Ibid., 1333 Sor María de la Trinidad.

La espiritualidad teresiana ha devuelto todo su relieve a una de las virtudes cristianas más dinámicas —y más desconocidas— la esperanza teologal, que lanza siempre adelante al alma confiada en el poder y en la misericordia de Dios. «La confianza y sólo la confianza ha de conducirnos al amor»¹⁹¹.

“Me gusta lo que Él hace”

La confianza conduce al abandono del alma hasta la más alta sabiduría mística: la total conformidad con la voluntad divina. El *fiat* del amor es la cima de la perfección cristiana. La misma santa de Lisieux confiesa que necesitó mucho tiempo para llegar a tal grado de abandono: «Había de pasar por muchos crisoles antes de llegar a las riberas de la paz, antes de gustar los frutos deliciosos del total abandono y del perfecto amor»¹⁹². El abandono teresiano que apela a la virtud de la esperanza, cuyo acto más elevado es, debe comprenderse *sobre todo en función del amor*. El amor lleva a cabo entre dos seres la profunda intimidad del querer. El verdadero abandono busca únicamente la voluntad de Dios.

“Sor Teresa no hubiera pedido nunca un consuelo para ella misma. Todo lo recibía con la misma alegría, de la mano de Dios”¹⁹³.

“Esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios se leía incluso en su rostro. Como aparecía siempre graciosa, alegre y amable, los que no penetraban en su intimidad podían creer que seguía un camino muy dulce y muy consolador”¹⁹⁴.

Más tarde, consumada en santidad, por temor a salir de su camino de abandono, por nada del mundo hubiera pedido por propio impulso una mayor cantidad de sufrimiento.

“Nunca quisiera pedir a Dios mayores sufrimientos. Si los aumenta los soportaré con alegría porque me vendrán de Él; pero si yo los pidiera, serían mis propios sufrimientos. Tendría que soportarlos sola, y nunca he podido hacer nada sola”¹⁹⁵.

Teresa, que tan ardientemente deseaba el martirio, prefería ante todo la voluntad de Dios.

“¡Ahora ya no deseo otra cosa que amar a Jesús con locura! Sí, sólo el amor me atrae. Ya no deseo ni el sufrimiento ni la muerte; sólo el abandono me guía. No tengo otra brújula. No sé pedir nada con ardor excepto el cumplimiento de la voluntad de Dios respecto a mi alma”¹⁹⁶.

¹⁹¹ Carta a su hermana mayor, Sor María del Sagrado Corazón, 17 septiembre 1896.

¹⁹² *Historia de un alma*, III, 31.

¹⁹³ Proceso apostólico, 918, Sor Genoveva.

¹⁹⁴ *Ibid.*, 919, Sor Genoveva.

¹⁹⁵ *Novissima verba*, 11 agosto 1897.

¹⁹⁶ *Historia de un alma*, VIII, 142.

Se podrían espigar en las palabras y en los escritos de la Santa *máximas espirituales* que constituyen todo un pequeño código del perfecto abandono.

“Le amo. No me abandonará jamás”¹⁹⁷.

“Soy un bebé. Me abandono. Iré donde Dios quiera”¹⁹⁸.

“Dios lo ve todo. Me abandono a Él”¹⁹⁹.

“Lo único que deseo es la voluntad de Dios”²⁰⁰.

“Con tal que esté contento me siento en el colmo de la felicidad”²⁰¹.

“Me gusta todo lo que Dios me da”²⁰².

“Únicamente me contenta hacer la voluntad de Dios”²⁰³.

“Estoy contenta de todo lo que Dios hace”²⁰⁴.

“Tanto me place, la noche como el día”²⁰⁵.

“Cuando estéis enfermas decidlo sencillamente; después, abandonaos a Dios sin turbaros, se os cuide o no se os cuide. Habéis cumplido con vuestro deber diciéndolo. Esto basta. El resto no os interesa; es asunto de Dios”²⁰⁶.

“Me abandono; sea para vivir, sea para morir”²⁰⁷.

“La muerte me alegra sólo porque es la expresión de la voluntad de Dios respecto a mí”²⁰⁸.

“No quisiera entrar en el cielo un minuto antes por mi propia voluntad”²⁰⁹.

“No prefiero una cosa a otra; lo que Dios prefiere y elige por mí es lo que más me gusta”²¹⁰.

“No deseo más vivir que morir. Si tuviera que elegir, preferiría morir; pero puesto que Dios elige por mí, prefiero lo que Él quiere; me gusta lo que Él hace”²¹¹.

“Sólo por hoy”

La fórmula práctica del total abandono es la *santificación del momento presente*.

“Nosotros, los que corremos por el camino del amor, no hemos de atormentarnos por nada. Si no sufriese minuto a minuto, me sería imposible conservar la paciencia;

¹⁹⁷ Novissima verba, 27 julio 1897.

¹⁹⁸ Proceso diocesano, 1955, Sor Teresa de San Agustín.

¹⁹⁹ Proceso apostólico, 1333, Sor María de la Trinidad

²⁰⁰ Ibid., 906, Sor Genoveva.

²⁰¹ Ibid., 630, Madre Inés, carta septiembre 1890.

²⁰² Novissima verba, 14 agosto 1897.

²⁰³ Ibid., 30 agosto 1897.

²⁰⁴ Ibid., 10 junio 1897.

²⁰⁵ Poesía *Mi paz y mi alegría*, 21 enero 1897.

²⁰⁶ Proceso apostólico, 1334, Sor María de la Trinidad.

²⁰⁷ *Novissima verba*, 21-26 mayo 1897.

²⁰⁸ Ibid., 27 julio 1897.

²⁰⁹ Carta a Leonia, 17 julio 1897.

²¹⁰ *Novissima verba*, 4 septiembre 1897.

²¹¹ Ibid., 28 mayo 1897.

pero *no veo más que el momento presente*: olvido el pasado y me guardo mucho de examinar el porvenir”²¹².

“Pensar en las penas que puedan llegarnos en el porvenir es faltar a la confianza y como entrometerse en crear”²¹³.

Cuantos pobres humanos se hallan desorientados en sus vidas y paralizados en su impulso hacia Dios por la idea obsesionante del pasado o por la preocupación del mañana. El total abandono instala al alma en la paz; concentra todas sus fuerzas en la santificación del momento y mantiene en la fidelidad una existencia humana.

Los *Novissima verba*, «las últimas confidencias», nos muestran a la Santa de Lisieux completamente henchida por la exclusiva preocupación del momento presente; expresión suprema de la voluntad divina con respecto a ella; fuente que mana santidad.

“Sólo sufro de instante en instante. Nos desanimamos o nos desesperamos porque pensamos en el pasado o en el porvenir”²¹⁴.

“Sufro de minuto en minuto”²¹⁵.

“Dios me da a cada instante lo que puedo soportar; no más”²¹⁶.

“Dios me da un valor proporcionado a mis sufrimientos. Siento que *de momento* no podría soportar más; pero si aumentan mis sufrimientos, Dios aumentará al mismo tiempo mi valor”²¹⁷.

“Dios no me hace presentir mi próxima muerte sino unos sufrimientos mucho mayores. No obstante, no me atormento. *No quiero pensar más que en el momento presente*”²¹⁸.

“Estoy cierta de que en este momento no hace más que cumplir su voluntad”²¹⁹

La voluntad de Dios había llegado a ser regla constante para Santa Teresa del Niño Jesús. Dios podía disponer de ella a su agrado: es el triunfo de la vida de amor.

Teresa había oído las palabras evangélicas: «Bástale a cada día su trabajo»²²⁰. «Sólo por hoy» fue el lema de su vida de abandono²²¹.

“Mi camino es todo confianza y amor”

La historia de un alma y la vida de Teresa no son más que un himno de confianza en Dios y de abandono a su amor.

²¹² *Historia de un alma*, XII, 183.

²¹³ *Novissima verba*, 23 julio 1897.

²¹⁴ *Novissima verba*, 19 agosto 1897.

²¹⁵ *Ibid.*, 26 agosto 1897.

²¹⁶ *Historia de un alma*, XII, 193.

²¹⁷ *Novissima verba*, 15 agosto 1897.

²¹⁸ *Ibid.*, 27 julio 1897.

²¹⁹ *Ibid.*, 23 agosto 1897.

²²⁰ Mt 6, 34.

²²¹ Poesía *Mi canto de hoy*, junio 1894.

Teresa respondió a la Madre Inés, que le preguntaba cuál era el «caminito» de que hablaba incesantemente y que soñaba enseñar a las almas:

“Madre, es el camino de la infancia espiritual: el camino de la confianza y del abandono total”²²².

Para expresar esta confianza sin límite, brotaron de su alma estos sublimes acentos:

“No es por haber sido preservada del pecado mortal que me elevo hasta Dios por la confianza y el amor. ¡Ah!, creo que aunque pesasen sobre mi conciencia todos los crímenes que pueden cometerse, no perdería en lo más mínimo la confianza. Con el corazón quebrantado por el arrepentimiento iría a lanzarme en brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo; he oído sus palabras a la Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podría asustarme; sé lo que es su amor y su misericordia. Sé que toda esta multitud de ofensas se consumirían en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua en un brasero ardiente”²²³.

Que las «almas débiles imperfectas» no desesperen de alcanzar la cima de la montaña del amor, «puesto que Jesús no pide grandes acciones, sino sólo abandono y agradecimiento». Teresa llama a todas las almas de buena voluntad: «Mi caminito es todo confianza y amor»²²⁴.

FIDELIDAD

La Santa de Lisieux ha venido a redescubrirnos otra verdad del Evangelio sobre la cual el mismo Jesús había insistido mucho: «la fidelidad en las cosas pequeñas»²²⁵. La más humilde y la más común de las tareas es materia de la más alta perfección moral. La santidad consiste ante todo en saber divinizar la vida cotidiana.

Teresa no tomará un aire doctoral para enseñarnos esta verdad liberadora de tanto alcance espiritual. La virgen de Lisieux se contentará con vivir su vida de Carmelita en un pobre monasterio, de la misma manera que la Virgen de Nazaret, su modelo preferido, supo en otros tiempos mantener desconocida su existencia tan maravillosamente divina de Madre de Dios. La vida oculta de «Teresita» es una lección de la cual se deduce sin esfuerzo toda una nueva concepción del heroísmo de los santos. En el marco ordinario de esta vida completamente ordinaria, nada de grandes acciones; nada de estigmas ni de fenómenos misteriosos; sólo la silenciosa y continua crucifixión de una vida entregada; la oscura fidelidad a Dios, día tras día; heroísmo de pequeñez, cuyo valor, minúsculo a la vista de los hombres, iguala —y tal vez supera— a los ojos de Dios, al heroísmo de los más grandes santos de antaño.

²²² Novissima verba, 17 julio 1897.

²²³ *Historia de un alma*, X, 159.

²²⁴ Carta a un misionero, 1897.

²²⁵ Lc 16, 10.

“Como si toda la perfección de la Orden dependiese de mi conducta personal”

Practicando en su oscura existencia conventual las más humildes tareas cotidianas, semejantes a las ocupaciones habituales de nuestras vidas, Sor Teresa del Niño Jesús llegó a ser la gran Santa que nos deslumbra.

Con una fidelidad sorprendente se esfuerza en observar al pie de la letra las menores prescripciones de su regla de carmelita, forma de su santidad. «Cuando quería recordar el texto de nuestros reglamentos, confesaba una novicia, no tenía que hacer más que observar como obraba ella»²²⁶. Sor Teresa «fue un modelo de vida regular²²⁷ y de piedad»²²⁸. «Al primer toque de la campana dejaba inmediatamente la labor, sin acabar lo más mínimo, aunque fuese un punto»²²⁹ «o una palabra comenzada»²³⁰. «Había que andar con gran cuidado en lo que se decía ante ella; puesto que una opinión era una orden a la cual se sujetaba, no sólo durante uno o quince días, sino hasta el fin de su vida»²³¹. La regla le aparecía como la expresión suprema de la voluntad de Dios respecto a ella; y la obediencia como el medio infalible de realizarla.

“¡Dios mío, de cuántas inquietudes nos libramos haciendo voto de obediencia! ¡Cuán felices son las simples religiosas! Considerando la voluntad de los superiores como su única brújula están ciertas de permanecer en el camino recto. No han de temer engañarse, incluso si les pareciese ciertamente que los superiores se engañan. Pero en cuanto se deja de consultar la brújula infalible, el alma se pierde en seguida por los áridos caminos en que falta el agua de la gracia”²³².

Sor Teresa del Niño Jesús había adquirido la costumbre de obedecer a todas sus Hermanas. Durante su enfermedad, un día en que había acompañado penosamente a la comunidad hasta la ermita del Sagrado Corazón, sintiéndose agotada, se sentó mientras se entonaba un cántico. Una Hermana le indicó que se uniese al coro. Inmediatamente se levantó. «Como se lo reprochase —cuenta Sor Genoveva—, me respondió sencillamente: He adquirido la costumbre de obedecer a todas como si fuera Dios quien me manifestase su voluntad»²³³. Los santos ven, a través de todo, a Dios.

En un ambiente imperfecto, Sor Teresa permanece inviolablemente fiel a su ideal religioso «hasta el agotamiento de sus fuerzas»²³⁴. Formaba a sus novicias con la misma fidelidad, dándoles esta consigna, forjadora de santos:

²²⁶ Proceso apostólico, 1362, Sor María de la Trinidad

²²⁷ Nota del editor: Vida regular, es decir, vida según la Regla de su Orden. En los laicos el “plan de vida” suple a la Regla como medio de santidad.

²²⁸ Ibid., 535, P. Lemonnier.

²²⁹ Proceso diocesano, 2086, Sor Marta de Jesús.

²³⁰ Ibid., 1676, Sor María del Sagrado Corazón.

²³¹ Proceso apostólico, 1026, Sor Genoveva,

²³² *Historia de un alma*, IX, 127.

²³³ Proceso apostólico, 1029, Sor Genoveva.

²³⁴ Proceso diocesano, 2158, Sor María de la Trinidad.

“Aunque todas faltasen a la regla no habría razón que nos justificase. *Cada una debería obrar como si la perfección de la Orden dependiese de su conducta personal*”²³⁵.

“La caridad fraterna lo es todo en la tierra”

Sea la que fuere la forma particular de nuestro deber de estado, en el claustro o en el mundo hay una virtud que informa nuestras relaciones con el prójimo y sobre la cual, según nos advierte Jesús, seremos todos juzgados: la caridad fraterna: «Lo que habréis hecho con uno de estos pequeñuelos a mí me lo habréis hecho»²³⁶.

Con el amor de Dios, la caridad fraterna es el alma del Evangelio; la auténtica señal de que se pertenece a Cristo. Santa Teresa de Lisieux tardó mucho tiempo en captar con toda claridad el lugar eminente de la caridad fraterna en la vida comunitaria y en la espiritualidad cristiana. Sería ingenuo escandalizarse de ello. Todos los santos están sometidos a la ley del progreso; cuya más viva realización llegan incluso a encarnar. Su vida es una ascensión continuada. Sólo en el último año de su vida Sor Teresa penetró en este punto capital, todo el pensamiento de Jesús.

“Entre las innumerables gracias que he recibido este año, no considero como la menor la que me ha permitido comprender en toda su extensión el precepto de la caridad. Nunca había profundizado las palabras de Nuestro Señor: «El segundo precepto es semejante al primero. Amarás a tu prójimo como a ti mismo»²³⁷. Me dediqué sobre todo a amar a Dios y, amándole, descubrí el secreto de estas otras palabras: «No todos los que dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino los que hacen la voluntad de mi Padre»²³⁸. Jesús me hizo comprender esta voluntad cuando en la última Cena dio su nuevo mandamiento; cuando dijo a sus apóstoles que se amasen los unos a los otros «como *Él mismo* los había amado»²³⁹. Me puse a inquirir cómo había amado Jesús a sus discípulos. He visto que no era por sus condiciones naturales; he constatado que eran ignorantes, que estaban llenos de pensamientos terrenos. No obstante los llama sus amigos, sus hermanos. Desea verlos cerca de *Él* en el reino de su Padre; y para abrirles este reino quiere morir en cruz, afirmando «que no hay mayor amor que dar la vida por los que se ama»^{240,241}.

De esta manera, a medida que su alma se acerca a Dios, Teresa se inclina hacia sus hermanas con una delicadeza cada vez más divina: Dios y el prójimo son uno solo en su corazón.

²³⁵ Proceso apostólico, 1312, Sor María de la Trinidad. Santa Teresa había tomado esta máxima de San Juan de la Cruz.

²³⁶ Mt 25, 45.

²³⁷ Mt 22, 39.

²³⁸ Mt 7, 21.

²³⁹ Io 13, 34.

²⁴⁰ Io 15,13.

²⁴¹ *Historia de un alma*, IX 128.

“«Amaos los unos a los otros, como os he amado»²⁴². Meditando estas divinas palabras he visto cuan imperfecto era mi amor por mis hermanas. He comprendido que no las amaba como Jesús las ama. ¡Ah! Ahora adivino que la verdadera caridad consiste en soportar todos los defectos del prójimo; en no extrañarse de sus debilidades; en edificarse de sus menores virtudes. Sobre todo, he aprendido que la verdadera caridad no ha, de permanecer encerrada en el fondo del corazón, puesto que nadie enciende una antorcha para ponerla debajo del celmín, sino para ponerla sobre el candelero, a fin de que ilumine a todos los de la casa. Me parece que esta antorcha representa la caridad que ha de iluminar y alegrar no sólo a los que nos son más queridos, sino a *todos los de la casa*»²⁴³.

Sor Teresa del Niño Jesús dio siempre ejemplo de la caridad más activa, con un refinamiento infinito de delicadeza, «Se ingeniaba en dar gusto a su alrededor»²⁴⁴ dirigiéndose preferentemente hacia las naturalezas más ingratas. Cerca de ella «las más desheredadas podrían creerse las más amadas»²⁴⁵. Una Hermana tenía particularmente el don de desagradarle en todo. Sor Teresa del Niño Jesús por espíritu sobrenatural, con una gracia encantadora, se acercó a ella y consiguió ocultar de tal manera su natural antipatía que otra de sus compañeras, viendo las muestras de afecto que prodigaba a esta Hermana, creyó que se trataba de una amistad particular y se sintió celosa. Llegó, incluso a quejarse de ello a la sierva de Dios, quien se contentó con sonreír. Más tarde, siendo Celina novicia suya y teniendo ésta que luchar contra una natural antipatía, Teresa le confesó sus propios combates.

“No teniendo otro medio de abrirme los ojos sobre la caridad fraterna, y las luchas que exige, me confié los esfuerzos que debía realizar ella misma para vencer su natural antipatía por cierta Hermana. Era precisamente aquella con quien Teresa parecía tener una mayor intimidad”²⁴⁶.

Una antipatía dominada hasta el punto de dejar creer en una profunda simpatía, he aquí un hermoso triunfo de la caridad.

La vida de Teresa está tejida de menudos ejemplos de esta clase, que atestiguan su heroica virtud.

“Jamás manifestaba a las que iban a estorbarla, molestia ni fatiga”²⁴⁷.

“Era el encanto de nuestros recreos”²⁴⁸.

“Al fin de su vida, cuando ya muy enferma escribía en el jardín sus manuscritos, me apercibí un día de que a cada momento las Hermanas la importunaban. En lugar de impacientarse, o sencillamente, en lugar de rogar que la dejaran en paz. Sor Teresa, cada vez dejaba la pluma y cerraba el cuaderno con una dulce sonrisa. Le pregunté

²⁴² Io 15, 9.

²⁴³ *Historia de un alma*, IX, 129.

²⁴⁴ Proceso apostólico, 954, Sor Genoveva.

²⁴⁵ *Ibid.*, 980, Sor Genoveva.

²⁴⁶ Proceso apostólico, 949, Sor Genoveva.

²⁴⁷ *Ibid.*, 952, Sor Genoveva.

²⁴⁸ Proceso diocesano, 1562, Madre Inés.

cómo podía en estas condiciones poner dos ideas seguidas. Me respondió: «Estoy escribiendo sobre la caridad fraterna y es el momento de practicarla... ¡Oh Madre, *la caridad fraterna: lo es todo en la tierra!* Se ama a Dios en la medida en que se la practica»²⁴⁹

“No dejaré pasar ningún pequeño sacrificio”

Estos ejemplos familiares de abnegación cotidiana requieren una reflexión de conjunto. Por esta fidelidad absoluta a las pequeñas cosas, Teresa de Lisieux inauguró en la Iglesia *un nuevo tipo de santidad imitable por todos*. ¿Qué madre de familia en su hogar, qué joven o que muchacha en su medio de trabajo, no pueden inspirarse en tal modelo y practicar esta fidelidad a las menores obligaciones de su deber de estado? No se requiere otra cosa para llegar a la santidad. «Si me amáis guardaréis mis mandamientos»²⁵⁰. La santidad está en el amor; pero el verdadero amor llega hasta el don de sí.

Leyendo el Evangelio y escuchando las palabras de Jesús, «Teresita descubrió un nuevo camino de santidad, más al alcance de nuestra debilidad: *la fidelidad por amor hasta el más mínimo detalle en la práctica de las virtudes ordinarias*. Nuestra Santa encarna en la Iglesia el heroísmo de pequeñez que sucede al heroísmo de grandeza de los santos de antaño.

“Aprovechaba las pequeñas mortificaciones ocasionales que no pueden perjudicar a la salud y se las imponía siempre y en todo tiempo. Prácticas mínimas, sin duda; pero Dios muestra tanta potencia en la creación de lo infinitamente pequeño como en la creación de lo infinitamente grande; y me parece que Sor Teresa manifestó precisamente su fuerza en la multiplicidad de actos débiles y microscópicos, si así podemos expresarnos”²⁵¹.

Toda la gloria de este oscuro heroísmo sin lustre humano, sólo a Dios se dirige. Un día, cuenta Teresa, «mientras leía con admiración las grandes acciones patrióticas de las heroínas francesas, particularmente de Juana de Arco, recibí una gracia que he considerado siempre como una de las mayores de mi vida, puesto que en aquella edad no me veía favorecida por luces de lo alto, como ahora. Jesús me hizo comprender que la verdadera y única gloria es la que durará siempre; que para llegar a ella no es necesario realizar acciones brillantes, sino ocultarse de las miradas de los demás y de uno mismo. Pensando entonces que había nacido para la gloria y buscando los medios de llegar a ella, me fue revelado interiormente que mi gloria no aparecería menor a los ojos de los mortales, sino que consistiría en llegar a ser una Santa»²⁵².

²⁴⁹ Proceso apostólico, 653, Madre Inés.

²⁵⁰ Io 14, 15.

²⁵¹ Proceso apostólico, 987, Sor Genoveva.

²⁵² *Historia de un alma*, IV, 40.

Las gracias del noviciado desarrollaron su personalidad espiritual en el mismo sentido de una virtud aparentemente del todo ordinaria pero heroica en realidad.

“Me dediqué sobre todo a los pequeños actos de virtud bien ocultos. Así, gustaba de doblar los mantos olvidados por las Hermanas y buscaba mil ocasiones de prestarles servicio²⁵³”.

“Jamás se le pudo sorprender la menor infidelidad²⁵⁴. ¡Qué perfección en los detalles! «Desde la edad de tres años —podía decir Teresa— nunca he negado nada a Dios»²⁵⁵”.

Tal es la nueva forma de heroísmo a que conduce el camino de infancia espiritual; santidad oculta que se afirma en la fidelidad silenciosa y sonriente entre mil detalles cotidianos que constituyen la trama de una existencia ordinaria en que las acciones brillantes son raras; en que, por lo contrario, pululan las ocasiones de continua renuncia. Todo el heroísmo de pequeñez consiste en transformar estos «actos microscópicos» en testimonios de «puro amor».

SENCILLEZ

Una rara cualidad acompaña la actuación de todas las virtudes de la infancia espiritual: la sencillez; es decir, la ausencia de complicaciones.

“Las almas sencillas no necesitan medios complicados”

La complejidad de la vida plantea a muchos cristianos un terrible problema. ¿Cómo conciliar en una existencia agitada la acción y la contemplación, la vida interior y el apostolado, la actividad en relación con los hombres y el reposo del alma en Dios? ¿Cómo realizar un equilibrio estable?

Por la sencillez del niño, responde Teresa. Tenemos que aceptarnos tal como somos e ir directamente a Dios sin tensión excesiva en el esfuerzo, sin actitudes afectadas. «Las almas sencillas no necesitan medios complicados»²⁵⁶.

El Papa San Pío X contestó un día a un sacerdote que intentaba convencerle de que nada extraordinario había en la vida de Sor Teresa del Niño Jesús: “Lo más extraordinario de esta alma es precisamente su extremada sencillez. Consulte usted su teología”.

Un prelado inglés decía con humor que en nuestras relaciones con Dios, Teresa «ha despejado el camino del cielo y ha suprimido las matemáticas». *La Santa de Lisieux*

²⁵³ Ibid., VII, 100.

²⁵⁴ Proceso diocesano, 464, Sor María del Sagrado Corazón.

²⁵⁵ Proceso diocesano, 2744, Sor María del Sagrado Corazón.

²⁵⁶ *Historia de un alma*, X, 155.

es la creadora de una nueva época en la espiritualidad, por el retorno a la sencillez del Evangelio.

En la vida de Sor Teresa del Niño Jesús «*la sencillez era la regla. Pensar de otra manera sería cambiar la fisonomía tan alentadora que Dios se ha complacido en darle expofeso para atraer a las almas a su amor*»²⁵⁷. Un día se pedía a Sor Teresa del Niño Jesús, enferma en la enfermería, que dedicase algunas palabras edificantes al médico de la comunidad.

“¡Oh Madre! No es éste mi estilo —respondió—. Sólo me gusta la sencillez. Me horroriza lo contrario”²⁵⁸.

Su sencillez es extrema, por la noche Teresa sueña en «bosques, en flores, en arroyos». “Casi siempre, —añade—, veo lindos niñitos, cazo mariposas y pájaros. Ya veis que mis sueños están lejos de ser místicos. Me pregunto cómo puede ser que pensando todo el día en Dios no me ocupe de Él durante mi sueño”²⁵⁹.

En la oración, si su vecina es exasperante y la molesta con sus tics, no se irritará por ello. En lugar de una oración de consolación se contentará con una «oración de sufrimiento»²⁶⁰.

En ella todo era sencillo y natural, repiten a una los testigos del proceso de canonización:

“Había en ella tanta sencillez que jamás se hubiera podido sospechar los sacrificios que imponía a su viva y ardiente naturaleza, para vencer sus repugnancias”²⁶¹. “Nada en ella de una virtud rígida”²⁶². “Su trato era muy agradable y desempeñaba todos sus cargos con una gran libertad de espíritu”²⁶³. “Obraba tan sencillamente que su vida parecía del todo ordinaria”²⁶⁴. “Por eso la heroicidad de sus virtudes quedó encubierta a la mayoría de las Hermanas”²⁶⁵. “*Nunca —confesará más tarde la Madre Inés— hubiera podido adivinar que un día pudiera tratarse de canonización. De tal manera su vida se parecía a la de todo el mundo*”²⁶⁶

Y es de sobras conocida la reflexión de la Hermana cocinera, que se preguntaba qué podrían poner, después de su muerte, en la circular de Teresa, a la cual consideraba apenas una buena religiosa²⁶⁷. «La más grande Santa de los tiempos modernos» que pasa en su propio convento incluso por no ser una «buena religiosa», es el colmo de la sencillez y de la ocultación sonriente.

²⁵⁷ Proceso apostólico, 2332, Madre Inés de Jesús.

²⁵⁸ Novissima verba, 7 julio 1897.

²⁵⁹ *Historia de un alma*, VIII, 107.

²⁶⁰ *Historia de un alma*, X, 152.

²⁶¹ Proceso apostólico, 645, Madre Inés.

²⁶² *Ibid.*, 1045, Sor Genoveva.

²⁶³ *Ibid.*, 1045, Sor Genoveva.

²⁶⁴ *Ibid.*, 2346, Sor María de la Trinidad.

²⁶⁵ *Ibid.*, 1264, Sor Amada.

²⁶⁶ *Ibid.*, 2833, Madre Inés.

²⁶⁷ Proceso apostólico, 2863, Sor Teresa de San Agustín.

He aquí una auténtica santa que vive como todo el mundo; que encuentra incomprendimientos y oposiciones en su comunidad y cuya heroica grandeza no es sospechada por sus compañeras de todos los días hasta después de su muerte, por el ruido de los milagros y ante la admiración del mundo entero.

“En mi "caminito" no hay más que cosas muy ordinarias”

El peligro de las obras brillantes, incluso de las llevadas a cabo en servicio de Dios, es el de detenerse en ellas como en un valor en sí. En la práctica, se llegan a confundir los medios con el fin: las obras de celo, con la vida de amor. El camino de infancia espiritual, por lo contrario, no busca las acciones brillantes y sabe utilizar las más humildes tareas cotidianas para elevarse hasta las más altas cimas de la unión divina. ¿Qué importan el cuadro de vida y las ocupaciones? Todo es una ofrenda al amor.

Cuantas veces «Teresita» repitió: «Para llegar a la santidad no es necesario recurrir a acciones extraordinarias». Sus preferencias personales la llevaban hacia los santos cuya existencia más se aproximaba a la nuestra. Decía del venerable Teófilo Vénard: «Me gusta porque es un santo pequeño. Su vida es completamente ordinaria»²⁶⁸. Hablando de la fundadora de su Carmelo de Lisieux, la Madre Genoveva de Santa Teresa expresaba «su felicidad por haber vivido varios años con una santa, *no* inimitable, sino santificada por virtudes ocultas y ordinarias. ¡Ah!, esta santidad me parece la más verdadera; la más santa; es la que deseo, puesto que en ella no hay ilusiones»²⁶⁹.

Al fin de su vida, como se dejase esperar a Sor Teresa del Niño Jesús que moriría el 16 de julio, en la hermosa fiesta de Nuestra Señora del Carmen, protestó vivamente:

“¡Oh, no! Esto no se parecería a «mi caminito». ¡Morir de amor después de la Comunión! ¡Es demasiado hermoso para mí! Las «almas pequeñas» no podrían imitar esto»²⁷⁰.

“En mi «caminito» no hay más que cosas muy ordinarias. Es necesario que lo que yo hago puedan hacerlo «las almas pequeñas»»²⁷¹.

El alma teresiana consciente de su nada ante Dios, pero confiando hasta la audacia en su bondad de Padre, no tiene más que una preocupación: «complacerle» en todo y probarle su amor por una fidelidad absoluta en la sencillez de la vida «sin dejar escapar nunca el menor sacrificio». Nada rígido ni mezquino en sus relaciones con Dios, sino la espontaneidad de la infancia y la lealtad del amor.

²⁶⁸ *Historia de un alma*, XII, 195.

²⁶⁹ *Ibid.*, VIII, 106.

²⁷⁰ *Novissima verba*, 15 julio 1897.

²⁷¹ *Historia de un alma*, XII, 192.

Sencillez y sublimidad

Una de las más fecundas instituciones del genio teresiano, iluminado por Dios, fue el haber simplificado todos los métodos; el haber hecho comprender a las almas que para llegar a la santidad —a una gran santidad— no hay que evadirse de las tareas cotidianas, ni de los deberes de estado, aunque éstos sean abrumadores, sino aceptarlo todo por amor, sólo por complacer a Dios. No son las grandes acciones las que hacen a los santos, sino que los Santos hacen grandes las menores acciones por el puro amor que anima sus secretas intenciones. Hay cristianos que realizan acciones divinas con un alma trivial, mientras los santos saben realizar las acciones más triviales con un alma completamente divina. Ahí radica todo el secreto de su santidad. Los santos lo santifican todo. El modelo preferido por Teresa fue siempre la familia de Nazaret, es decir, la vida más divina bajo las apariencias más ordinarias. Ésta fue en la tierra la santidad de un Dios.

La infancia espiritual concilia sin esfuerzo en una síntesis suprema la sencillez y la sublimidad. Conduce por los caminos más sencillos hacia las más altas cimas de la perfección cristiana. Las acciones más triviales, transfiguradas por el amor, revisten un valor de eternidad y un poder de redención del que se beneficia todo el cuerpo místico de Cristo. Esta doctrina encamina a las almas hacia la más sublime santidad «por el camino común», por el cumplimiento de las acciones más ordinarias, con un extraordinario amor.

VIDA MARIANA

Un alma de santo es un alma mariana. «Teresita» hija privilegiada de Dios, no podía ser una excepción a esta ley universal, puesto que «tal es la inmutable voluntad de Aquel que ha querido darnoslo todo por María»²⁷²

“La he visto avanzar hacia mí y sonreírme”

Desde muy pequeña, Teresa se sintió atraída hacia la Santísima Virgen. Con gracia encantadora nos ha contado ella misma las primeras expresiones de esta devoción mariana.

“Era el mes de mayo de 1878. Como Vuestra Reverencia me encontraba demasiado pequeña para seguir todas las tardes los ejercicios del mes de María, me quedaba con la muchacha y con ella practicaba mis devociones ante mi altarcito que arreglaba a mi manera. Candeleras, floreros, etc.: todo era tan pequeño, que dos velitas bastaban para iluminarlo perfectamente”²⁷³.

²⁷² San Bernardo, *Homilía sobre la Natividad de la Santísima Virgen*.

²⁷³ *Historia de un alma*, II, 18.

Pero el acontecimiento que marcará un progreso definitivo en su piedad mariana, y le dará para toda la vida una confianza ilimitada en su Madre celestial, fue su milagrosa curación a los diez años de edad.

“La enfermedad que sufrí provenía seguramente de los celos del demonio. No sé como describir un mal tan raro. Decía cosas que no pensaba. Hacía otras como forzada y a pesar mío; parecía casi siempre que deliraba y no obstante estoy cierta de no haber estado ni por un momento privada de razón. Frecuentemente perdía el sentido durante horas enteras, de tal manera que me hubiera sido imposible hacer el más pequeño movimiento. No obstante, en medio de este aletargamiento extraordinario oía claramente lo que se decía en torno mío, aunque fuera en voz baja, y lo recuerdo aún. ¡Qué terror me inspiraba el demonio! Tenía miedo absolutamente de todo; mi cama me parecía rodeada de horribles precipicios; algunos clavos fijados en la pared de la habitación adquirían a mis ojos el aterrador aspecto de grandes dedos carbonizados que me hacían lanzar gritos de espanto. Un día, mientras papá me miraba en silencio, su sombrero que sostenía entre las manos, se me transformó de repente en no sé que horrible forma, por lo que manifesté tan gran terror que mi pobre padre salió sollozando”²⁷⁴.

Pero si Dios permitía actuar exteriormente al demonio, su poder velaba preparando al mundo una gran santa, por la milagrosa intervención de María.

Un día vi entrar a papá en mi habitación. Parecía muy conmovido. Dirigiéndose a María con expresión de tristeza le dio varias monedas de oro rogándole escribiese a París pidiendo una novena de misas en el santuario de Nuestra Señora de las Victorias, a fin de obtener la curación de su reñecita. ¡Ah! ¡Qué conmovida me sentí al ver su fe y su amor! ¡Cuánto hubiera deseado levantarme y decirle que estaba curada! ¡Ay! mis deseos no podían hacer un milagro y era necesario uno muy grande para devolverme a la vida. Sí, hacía falta un gran milagro y éste se debió del todo a Nuestra Señora de las Victorias.

“Un día, en el transcurso de la novena, María salió al jardín dejándome con Leonia que leía cerca de la ventana. Al cabo de unos minutos me puse a llamar bajito: «¡María, María!» Leonia, acostumbrada a oírme gemir así, no hizo caso. Entonces grité muy alto, y María volvió a mi lado. Vi perfectamente como entraba, pero no la reconocí. Buscaba en torno mío; hundía ansiosamente mis miradas en el jardín y volvía a llamar «¡María! ¡María!». Esta lucha feroz, inexplicable, me era un tormento indecible. María sufría tal vez más aún que su pobre Teresa. Por fin, después de varios esfuerzos para hacerse conocer, se dirigió hacia Leonia, le dijo muy bajito unas palabras, pálida y temblorosa, y desapareció. Leonia me llevó entonces cerca de la ventana. Vi en el jardín, sin reconocerla todavía, a María que andaba suavemente tendiéndome los brazos y sonriéndome, mientras me llamaba con su más tierna voz: «¡Teresa! ¡Teresita mía!»”.

²⁷⁴ *Historia de un alma*, III, 34.

Como esta última tentativa no diese un mejor resultado, mi hermana querida se arrodilló llorando al pie de mi cama y se dirigió hacia la Virgen bendita, implorándola con el fervor de una madre que pide, que *quiere* la vida de su hija. Leonia y Celina la imitaron y este grito de fe forzó las puertas del cielo. No encontrando socorro en la tierra y próxima a morir de dolor, me había dirigido también a mi Madre del cielo rogándole de todo corazón que se compadeciese por fin de mí. De repente, la estatua se animó. La Virgen María se volvió tan hermosa que nunca hallaré expresión para manifestar su beldad divina. Pero lo que penetró hasta el fondo de mi corazón fue su encantadora sonrisa. Entonces, todas mis penas se desvanecieron; dos gruesas lágrimas brotaron de mis párpados y se deslizaron silenciosamente por mis mejillas... «La Santísima Virgen ha avanzado hacia mí. Me ha sonreído. ¡Qué feliz soy!» pensé. «Pero no se lo diré a nadie porque entonces desaparecería mi felicidad». Después, sin ningún esfuerzo, bajé los ojos. ¡Reconocí a mi querida María! Me miraba cariñosamente; parecía muy conmovida y semejaba sospechar el gran favor que yo acababa de recibir. ¡Ah! a ella, a su conmovedora plegaria debía yo la gracia inexplicable de la sonrisa de la Santísima Virgen”.

Y cuando en su primera visita al Carmelo, apremiaban a «Teresita» con preguntas sobre este milagro, sólo podía contestar una cosa: «La Santísima Virgen me ha parecido muy bella. La he visto avanzar hacia mí y sonreírme»²⁷⁵.

“He comprendido que era su hija”

Después de tal gracia, la Santísima Virgen entró para siempre en su vida. Desde entonces, Teresa recurre a Ella en toda circunstancia, se lo confía todo: sus penas y sus alegrías de niña; sus temores de joven; sus peligros, su vocación de carmelita, su pureza...

Con ocasión de su gran viaje a Roma, si se detiene en París es sobre todo a causa del santuario de Nuestra Señora de las Victorias. Corre allí, se prosterna ante el altar de la Santísima Virgen; ve cesar allí todas sus penas interiores; tiene la certeza de que es Ella quien la ha curado en su infancia. Una vez más Teresa experimenta la misericordiosa bondad de María. «¡Ah! no podré decir lo que experimenté a sus pies... Comprendí que velaba sobre mí; que era su hija; por tanto no podía darle más que el nombre de «Mamá» que me parecía más tierno aún que el de Madre»²⁷⁶.

En el Carmelo, tierra mariana por excelencia, su devoción por la Santísima Virgen llegó a ser muy pronto una intimidad de todos los instantes. Preparación para la Comunión y acción de gracias, Sor Teresa del Niño Jesús no sabe hacer nada sin Ella

²⁷⁵ *Historia de un alma*, III, 37.

²⁷⁶ Proceso diocesano, 1649. Sor María del Sagrado Corazón.

«pidiéndole que la revista de sus disposiciones y que Ella misma la presente a su divino Hijo»²⁷⁷.

Esta confianza filial redobló aún cuando Sor Teresa tuvo cargo de almas. ¿Qué maestra de novicias, ante sus responsabilidades y sus impotencias, no se refugia instintivamente en el corazón maternal de Aquella que tiene por misión en el cuerpo místico «formar a Cristo» en cada uno de nosotros?

Una de sus novicias nos dice: “En la dirección espiritual, cuando tenía que comunicarle cosas penosas, me conducía ante la milagrosa estatua que le había sonreído en su infancia —estatua que había hecho colocar muy cerca de su celda— y me animaba diciendo: «No es a mí a quien va a decir Vuestra Reverencia lo que le cuesta, sino a la Santísima Virgen»²⁷⁸.

Y al maravillarse esta misma novicia de sentirse adivinada en sus más íntimos pensamientos, por su joven maestra, Sor Teresa le confió:

“He aquí mi secreto; no le hago jamás una observación sin invocar a la Santísima Virgen pidiéndole que me inspire lo que mayor bien ha de hacerle”²⁷⁹

“Recurso a la oración, dirijo una mirada interior a la Virgen, y Jesús triunfa siempre”²⁸⁰.

Cuando el 8 de julio de 1897 se transportó a Teresa a la enfermería, quiso también tener cerca de ella a la «Virgen de la sonrisa».

“¡Oh Tú que me sonreíste en el alba de mi vida Ven a sonreírme de nuevo, Madre, ya que para mí llegó el ocaso!”²⁸¹.

Entre la madre y la hija no hay secretos. «Me gusta ocultar mis penas a Dios porque con Él quiero parecer siempre contenta de lo que hace. Pero a la Virgen no le oculto nada. Se lo digo todo»²⁸².

El 8 de septiembre de 1897, habiendo pedido ver de nuevo la estampa de Nuestra Señora de las Victorias, escribió en el reverso, con mano temblorosa: «¡Oh María!, si yo fuese la Reina del cielo y Vos fueseis Teresa, quisiera ser Teresa a fin de que Vos fueseis la Reina del cielo». Fueron las últimas líneas que escribió su mano acá abajo²⁸³.

El mismo día de su muerte, se la oyó murmurar en su agonía:

“¡Oh, buena Virgen mía, sonreídme!

²⁷⁷ Proceso apostólico, 1053, Sor Teresa de San Agustín.

²⁷⁸ Proceso apostólico, 1327, Sor María de la Trinidad.

²⁷⁹ Proceso diocesano, 2364, Sor María de la Trinidad.

²⁸⁰ *Historia de un alma*, X, 144.

²⁸¹ Poesía, *Por qué te amo, María*.

²⁸² Proceso apostólico, 1327, Sor María de la Trinidad.

²⁸³ *Ibid.*, 2426, Sor Genoveva.

Después, hacia las tres de la tarde, Teresa extendió sus brazos en forma de cruz y ante la imagen de Nuestra Señora del Carmelo que la Madre Superiora había colocado sobre sus rodillas dijo:

¡Madre! Presénteme pronto a la Santísima Virgen. Prepáreme a bien morir”²⁸⁴.

Algunos instantes después, la Santísima Virgen le sonreía en el cielo.

“En Nazaret nada de arrobos”

La Virgen preferida de Teresa, su modelo de santidad, fue la Virgen de Nazaret cuya vida sencilla y sublime transcurrió entre ocupaciones cotidianas, semejantes a las de otras mujeres de Galilea.

“¡Qué delicioso será conocer en el cielo todo lo que pasó en la intimidad de la Sagrada Familia! ¡Qué sencilla me parece su vida! Las mujeres del país iban a hablar familiarmente con la Santísima Virgen. Cuando pienso en la Sagrada Familia me hace bien imaginar una vida completamente ordinaria. No como todo lo que se nos cuenta; no como lo que a veces se supone, por ejemplo que el Niño Jesús hacía pajaritos de barro, soplabla sobre ellos y les daba la vida. No; el Niño Jesús no hacía milagros inútiles. Sino, ¿por qué, por un milagro mucho más natural y que tan fácil habría sido para Dios, no los hubiera transportado a Egipto? En un abrir y cerrar de ojos habrían sido llevados allí. Pero no; *en su vida, todo era como en la nuestra*”²⁸⁵.

“*Sé que en Nazaret, Virgen llena de gracia vives muy pobremente sin querer nada más. Ni arrobos, ni milagros ni éxtasis embellecen tu vida, ¡Reina de los elegidos! Grande es en la tierra el número de los «pequeños». Pueden levantar a Ti los ojos sin temblar. Por el camino común, Madre incomparable Te complaces en andar para guiarles a los Cielos*”²⁸⁶.

Lo que encantaba a Teresa al contemplar el misterio de María, era ver a la Madre de Dios pasar inadvertida entre la anónima multitud de las demás mujeres de su país.

“¡Cuánto me hubiera gustado ser sacerdote para predicar sobre la Virgen María! Me parece que una vez me hubiera bastado para dar a conocer mi pensamiento en lo referente a Ella. Hubiera mostrado, primero, cuan poco conocida es la vida de la Santísima Virgen. No habría que decir de Ella cosas inverosímiles o que desconocemos: por ejemplo que muy pequeña, a los tres años, fue al Templo para consagrarse a Dios

²⁸⁴ *Novissima verba*, 30 septiembre 1897.

²⁸⁵ *Novissima verba*, 20 agosto 1897.

²⁸⁶ Poesía, *Por qué te amo, María*, mayo 1897.

con ardientes sentimientos de amor y con un fervor extraordinario, cuando tal vez fue, sencillamente, para obedecer a sus padres²⁸⁷.

“Para que un sermón sobre la Santísima Virgen dé frutos, tiene que mostrar, no su vida supuesta, sino *su vida real* tal como la deja entrever el Evangelio. Y se ve claramente que su vida real en Nazaret y más tarde, debía ser completamente ordinaria. «Les estaba sometido». ¡Qué sencillo! Se nos presenta a la Virgen inabordable. Habría que presentarla imitable, practicando las virtudes ocultas; habría que decir que vivía de fe, como nosotros; alegar pruebas sacadas del Evangelio, donde leemos: «No comprendiendo lo que les decía», y también: «Su padre y su madre se admiraban de lo que se decía de Él». ¿No le parece, Madre, que esta «admiración» denota cierto asombro?»²⁸⁸.

Teresa gusta de contemplar en la humilde Virgen María un modelo accesible a la multitud de almas pequeñas que van hacia Dios por el camino común, es decir, por una vida de «perfecto amor» bajo las más ordinarias apariencias.

“Más Madre que Reina”

En virtud de una ley psicológica muy natural, en la piedad mariana de los santos se hallan los rasgos más característicos del conjunto de su fisonomía. *La forma propia de la vida mariana de Santa Teresa del Niño Jesús aparece en las perspectivas de la infancia espiritual*. Nuestra Señora no podía dejar de representar su papel maternal en el camino de infancia. «Qué alegría, pensar que la Virgen es nuestra Madre»²⁸⁹, decía Teresa. «Sus relaciones con ella parecían las de una hija con una Madre tiernamente amada»²⁹⁰.

“Sabemos ciertamente que la Virgen Santísima es Reina del Cielo y de la tierra; pero es más Madre que Reina; y no tendríamos que creer, como he oído decir frecuentemente —cuenta Teresa— que por sus prerrogativas eclipsa la gloria de todos los santos; como el sol naciente hace desaparecer las estrellas. Yo pienso todo lo contrario. Creo que Nuestra Señora aumentará en mucho la gloria de los elegidos. Bien está hablar de sus prerrogativas; pero no hay que limitarse a ello. Hay que hacerla amar. Si oyendo un sermón sobre la Santísima Virgen nos vemos obligados desde el principio al fin a maravillarnos interiormente y a exclamar «¡Ah!, ¡ah!», nos cansamos y esto no conduce al amor ni a la imitación. ¿Quién sabe si incluso algún alma no llegaría hasta sentir cierto alejamiento por una criatura tan superior? El único privilegio de la Santísima Virgen es haber sido exceptuada de la mancha original y ser Madre de Dios...”²⁹¹.

²⁸⁷ *Novissima verba*, 23 agosto 1897.

²⁸⁸ *Novissima verba*, 23 agosto 1897.

²⁸⁹ Carta a un misionero, 9 mayo 1897.

²⁹⁰ Proceso apostólico, 1327, Sor María de la Trinidad.

²⁹¹ *Novissima verba*, 23 agosto 1897.

«*Más Madre que Reina*»: he aquí las palabras definitivas. Esta fórmula que le es propia precisa admirablemente el carácter personal de su intimidad mariana. Teresa no se entretiene en largas especulaciones abstractas sobre la infinita grandeza de la Madre de Dios. Su genio realista quiere arrastrar a las almas «al amor y a la imitación» de María. A la luz del Evangelio y de las últimas palabras de Jesús en la cruz comprende que María es ante todo una Madre. El mismo Jesús, no ha dicho: He aquí a vuestra Reina, sino «¡He ahí a vuestra Madre!»²⁹².

La Santa de Lisieux, que se complace en repetir: «Es tan dulce llamar Padre nuestro a Dios»²⁹³, no podía llamar a María más que con el nombre de «Madre». Dios como Padre, María como Madre y todos los hombres convertidos por la gracia en verdaderos hijos de Dios. Todo el Evangelio está contenido ahí.

Al cabo de veinte siglos, el mensaje de Teresa se une en su pureza al mensaje de Jesús.

CONCLUSIÓN

LA SANTIDAD ACCESIBLE A TODOS

El *huracán de gloria* que siguió a la muerte de «Teresita» y que hizo popular su culto no sólo entre los pueblos católicos, sino en todas las partes del mundo e incluso entre los mahometanos, tiene un sentido. La Providencia ha confiado a la Santa de Lisieux una misión excepcional particularmente adaptada a las necesidades actuales de la Iglesia y del mundo. *Su misión esencial es un mensaje de santidad*. Ha venido a recordar muy oportunamente al mundo que tenemos un Padre que vela sobre cada uno de nosotros y que quiere santificarnos como a hijos de adopción.

Para llegar a la más alta santidad no hay necesidad de milagros ni de éxtasis; no hay que realizar ninguna acción extraordinaria; basta con aceptar, día tras día, la tarea fijada por Dios y realizarla por amor.

«Dios no me pide grandes cosas, sino sencillamente el abandono y el agradecimiento»²⁹⁴. Él mismo, quiere conducirnos a la más alta santidad. Basta abandonarse a los designios de su misericordia y de su amor con la filial confianza del «pequeñuelo». Nada constituye un obstáculo para la santidad. Todos los temperamentos, todas las situaciones humanas, todas las formas del deber de estado pueden llegar a ser materia de santidad. Basta con amar y con entregarse a Dios por amor, a través de todas las cosas. «La santidad» no se encuentra en las largas fórmulas de devoción, «en tal o cual práctica». Consiste en una *disposición del corazón* que nos

²⁹² Io 19, 27.

²⁹³ Proceso apostólico, 928, Sor Genoveva; Poesía Mi cielo, 7 junio 1896.

²⁹⁴ *Historia de un alma*, XI, 162.

hace humildes y pequeños entre los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre²⁹⁵.

He aquí, según la misma Teresa, un mes después de su muerte, lo esencial de toda santidad. La humildad como base; y a través de las más varias formas de los deberes de estado una intensa vida esencialmente teologal en la intimidad con el Padre. «Mi camino es todo de confianza y de amor»²⁹⁶. «En mi «caminito» no hay más que cosas muy ordinarias»²⁹⁷.

La santidad teresiana es sencillamente la vida cotidiana divinizada por el amor; una santidad que se puede encontrar y practicar en todas partes; en las calles, en el despacho, en la fábrica, en el almacén, en familia, en medio de los más pesados cargos; lo mismo que en el silencio del claustro y en la soledad del desierto. Se puede llegar a la más alta perfección de la caridad sin mortificaciones corporales extraordinarias, sin carismas, sin obras brillantes. El rasgo genial de Teresa fue el haber reducido la santidad a su pura esencia y el haber mostrado el ideal de la perfección accesible a todos *por el camino común*. Un santo o una santa pueden vivir entre nosotros; como nosotros, llevar nuestros trajes, nuestros calzados de casa, de montaña, de trabajo, parecer como nosotros y ser todos de Dios.

Santidad al alcance de todos; pero sin minimizar en nada el ideal cristiano. Teresa ha simplificado la búsqueda de la santidad reduciéndola a sus elementos esenciales: *la práctica de las virtudes ordinarias llevadas a su perfección suprema por una vida de puro amor*.

Todo se equilibra, todo se contrapesa en esta doctrina: «pequeñez» y grandeza de alma, vida de amor y de sacrificio, abandono total y fidelidad absoluta, maravillosa conexión de todas las virtudes teologales y cardinales en una simplicidad sublime. Las más humildes tareas cotidianas, las funciones necesarias para la vida material, encuentran lugar en la vida de los hijos de Dios. Realismo sencillo y profundo en que se hallan las exigencias complementarias de una verdadera mística de la Encarnación, cualidades de buen sentido, de equilibrio, de abnegación sonriente, de perpetuo olvido de sí en el lugar fijado a cada uno por la Providencia; tal es esta nueva fórmula de santidad, capaz de conducir a las almas hacia las altas cimas de la perfección cristiana por la sencillez del deber. Podemos creer a la Iglesia: el «caminito» es seguro²⁹⁸; Teresa se ha manifestado como una “maestra” de espiritualidad²⁹⁹.

Los que hace apenas una treintena de años no concebían más que una santidad de milagros y de maceraciones extraordinarias, se vieron obligados a confesar que se habían equivocado. La aprobación por la Iglesia del camino de la infancia espiritual

²⁹⁵ *Novissima verba*, 3 agosto 1897. Según la Madre Inés, esta frase es la fórmula sintética que mejor resume el impulso del alma de Teresa.

²⁹⁶ Carta a un misionero, 1897.

²⁹⁷ *Historia de un alma*, XII. 192.

²⁹⁸ Pío XI, Discurso del día 11 de febrero, 1923.

²⁹⁹ ídem. Carta a S. Emncia. el Cardenal Vico (28-30 mayo 1923).

exige una revisión y una amplificación del concepto de santidad. El santo no es tan sólo el asceta que ayuna y que se disciplina hasta derramar sangre, o que maravilla al vulgo con sus prodigios de austeridad; sino también el humilde de corazón que camina sencillamente por el surco que le ha trazado la Providencia, cuya tarea cotidiana, frecuentemente oscura y dura, realizada ante las miradas hostiles o indiferentes, no tiene otro testigo que Dios. Para la mayoría de nuestros temperamentos modernos, debilitados y fatigados no es el momento de las grandes mortificaciones de los santos de antaño. ¿Hay que desesperar y restringir a una selección la llamada a la santidad que Cristo en sus enseñanzas considera como la vocación de todos los hijos de Dios a imitación de su Padre Celestial? Dios, que ha creado estrellas de diverso tamaño, halla su gloria en la infinita variedad de sus santos.

Es el momento de que volvamos con Teresa a la simplicidad del Evangelio. No aspirar a maravillarse por una virtud sobrehumana; sino ponernos sencillamente en el lugar en que Dios nos ha colocado; ser fiel hasta el último detalle a la voluntad del Padre, por amor; «hacerlo todo bien» a la manera de su Hijo.

El beneficio supremo de la espiritualidad teresiana es haber vuelto la santidad a su invariable esencia: el *triumfo del amor*. Quizá no exista en la Iglesia, espiritualidad alguna que haya insistido con tal fuerza en este elemento primordial. Textos y documentos teresianos, escritos de la Santa, actos de su vida, testimonios del proceso de canonización, conducen a esta evidencia: el mensaje teresiano continúa siendo ante todo un mensaje de amor.

Todo se explica por esto. La misma Teresa nos advierte de ello:

“He encontrado en el amor la base de mi vocación. He comprendido que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diversos miembros, no podía faltarle el más noble de todos los órganos; he comprendido que tenía un corazón y que este corazón ardía de amor. He comprendido que sólo el amor hacía obrar a sus miembros; que si el amor llegara a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio, los mártires se negarían a derramar su sangre. He comprendido que el amor lo era todo; que abrazaba todos los tiempos y todos los lugares, ¡porque es eterno!

Entonces, en el exceso de mi delirante alegría, he exclamado: ¡Oh Jesús, amor mío, por fin he encontrado mi vocación; mi vocación *es el amor!* Sí, he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia, y este lugar, Dios mío, Vos me lo habéis dado: en el corazón de mi madre la Iglesia, yo *seré el amor!*... Así lo seré todo”³⁰⁰.

Al cabo de veinte siglos de cristianismo, el gran precepto de Cristo al mundo: «*Díliges!* Vivirás de amor», encuentra un eco permanentemente vivo en el hermoso cántico en que Teresa de Lisieux ha expresado el sueño de su alma: «Vivir de amor». Para «Teresita» como para todos los santos a partir de Cristo, el deber fundamental del hombre consiste en amar a Dios. Todo el resto es accidental. El apóstol San Pablo había formulado esta enseñanza extendiéndola al amor al prójimo: «Aunque hablare las

³⁰⁰ *Historia de un alma*, XI. 168.

lenguas de los ángeles y de los hombres, mas no tuviere caridad, no soy sino un bronce resonante o un címbalo estruendoso. Y si poseyere la profecía y conociere todos los misterios y toda la ciencia y si tuviese toda la fe hasta trasladar montañas, mas no tuviere caridad nada soy. Y si repartiere todos mis haberes y si entregase mi cuerpo para ser abrasado, mas no tuviere caridad, ningún provecho saco. Ahora subsisten la Fe, la Esperanza, la Caridad, estas tres; mas la mayor de ellas es la Caridad»³⁰¹. Leyendo este célebre pasaje, Sor Teresa encontró la llave de su vocación. A sus ojos, como en el pensamiento de Pablo, el amor lo es todo: esencia de toda santidad, principio del mérito, manantial que impulsa todas las abnegaciones, único camino que conduce al heroísmo de las vírgenes, de los doctores y de los mártires; criterio supremo atendiendo al cual seremos juzgados en el crepúsculo de nuestra vida y en el crepúsculo del mundo. ¿No se reducía a esto todo el mensaje de Jesús? «Fuego he venido a traer a la tierra y, ¿qué quiero sino que arda?»³⁰². En esta línea evangélica se sitúa la misión providencial de la gran Santa de Lisieux. «*Siento que mi misión va a empezar: mi misión de hacer amar a Dios como le amo... y de dar mi «caminito» a las almas*». «Amar, ser amada y volver a la tierra para hacer amar al amor»³⁰³,

El camino de la infancia espiritual es una escuela de puro amor que enseña a las almas a multiplicar los actos de amor de Dios y a «transformar las acciones más indiferentes en actos de puro amor». No todo el mundo puede ayunar, disciplinarse ni llevar a cabo acciones brillantes; pero todo el mundo puede amar, y Dios no pide más: Para llegar a ser santo no es necesario realizar cosas extraordinarias, sino hacerlo todo por amor. El amor teresiano es humilde, activo, confiado hasta la audacia, fiel en las pequeñas cosas hasta el heroísmo; sencillo y sublime como la vida de los hijos de Dios que pasan por la tierra con la mirada fija en su Padre celestial.

La Iglesia ha proclamado por su magisterio infalible el poder santificador de esta doctrina y ha ratificado las intuiciones de una Santa genial suscitada por Dios para establecer en el mundo el triunfo del amor.

La infancia espiritual señala en la Iglesia una nueva época en la espiritualidad. El mensaje teresiano subsistirá. La infancia espiritual como la doctrina de los más grandes santos está llamada a iluminar las almas hasta la última noche de la Iglesia militante. Esta Iglesia de Cristo asistida por el espíritu de Dios, ha comprendido la profundidad innovadora y el alcance universal del mensaje de Lisieux y ha hecho suya la suprema súplica de Teresa: «*¡Oh Jesús... te suplico que tu mirada divina descienda sobre un gran número de almas pequeñas! Te suplico que te elijas en este mundo una legión de pequeñas víctimas dignas de tu amor*»³⁰⁴.

³⁰¹ 1 Cor 13, 1-13.

³⁰² Lc 12, 49.

³⁰³ *Novissima verba*, 18 julio 1897.

³⁰⁴ Súplica final de la homilía de Pío XI, durante la Misa de Canonización, 17 mayo 1925.

ACTO DE OFRENDA

De mí misma como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios³⁰⁵

“¡Oh, Dios mío!, Trinidad Beatísima, deseo amaros y hacer que os amen, y trabajar en la glorificación de la santa Iglesia, salvando las almas que viven en la tierra, y libertando a las que sufren en el Purgatorio. Deseo cumplir con toda perfección vuestra voluntad y conseguir el grado de gloria que me habéis preparado en vuestro reino; en una palabra, deseo ser santa, pero reconozco mi debilidad, por lo que os pido. Dios mío, que seáis Vos mismo mi Santidad.

Puesto que vuestro amor ha llegado al extremo de darme a vuestro único Hijo para que sea mi Salvador y Esposo, los tesoros infinitos de sus méritos me pertenecen; me complazco, pues, en ofrecéroslos, suplicándoos que no me miréis sino a través de la Faz de Jesús y dentro de su corazón abrasado de amor.

Os ofrezco también todos los méritos de los Santos que están en el cielo y en la tierra, sus actos de amor y los de los Santos Ángeles. En fin, os ofrezco, ¡oh Trinidad Beatísima!, el amor y los méritos de la Virgen Santísima, mi querida Madre; a ella entrego mi ofrenda suplicándole que os la presente.

Su divino Hijo, mi amadísimo Esposo, en los días de su vida mortal, nos dijo: «Cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo concederá»³⁰⁶. Estoy, pues, segura de que escucharéis mis deseos... Lo sé, Dios mío: cuanto más queréis dar, más hacéis desear. Mi corazón siente deseos inmensos; por esto, con toda confianza, os pido que vengáis a tomar posesión de mi alma. ¡Ah!, no puedo recibir la sagrada Comunión con la frecuencia que deseo; pero, Señor, ¿no sois omnipotente? Permaneced en mí como en el Sagrario; no os alejéis jamás de vuestra pequeñita hostia...

Quisiera consolaros de la ingratitud de los malos, y os ruego que me quitéis la libertad de ofenderos. Si caigo a veces por debilidad, vuestra divina mirada purifique al momento mi alma, consumiendo todas mis imperfecciones, como el fuego que todo lo transforma en sí mismo...

Gracias, Dios mío, por todas las gracias que me habéis otorgado, y especialmente por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento. Con alegría os contemplaré en el día del Juicio llevando en las manos el cetro de la Cruz; y puesto que me habéis hecho participar de esta Cruz tan preciosa, espero asemejarme a Vos en el cielo y ver brillar impresas en mi cuerpo glorificado las llagas sagradas de vuestra Pasión...

Después de este destierro, espero ir a gozar de Vos en la Patria celestial; pero no quiero atesorar méritos para el Cielo, sino trabajar sólo por vuestro amor, con el único

³⁰⁵ Este escrito se encontró después de la muerte de la Santa en el libro de los Evangelios que llevaba consigo noche y día sobre su corazón.

³⁰⁶ Io 16, 23.

fin de agradaros, de consolar vuestro Sagrado Corazón y salvar almas que os amen eternamente.

En el ocaso de la vida me presentaré ante Vos con las manos vacías, pues no os pido contéis mis obras... Todas nuestras justicias están manchadas a vuestros ojos. Quiero, pues, revestirme de vuestra propia justicia y recibir de vuestro Amor la posesión eterna de Vos mismo. ¡Oh, amado mío, no deseo más trono ni más corona que Vos mismo!...

Ante vuestros ojos el tiempo nada es: “un solo día es tanto como mil años”³⁰⁷. Podéis, pues, prepararme en un instante a presentarme ante Vos...

Para vivir en un acto de perfecto amor, me OFREZCO COMO VÍCTIMA DE HOLOCAUSTO A VUESTRO AMOR MISERICORDIOSO, suplicándoos que me consumáis continuamente, dejando desbordar en mi alma los raudales de infinita ternura que en Vos se encierran. Sea yo de este modo, ¡oh Dios mío! Mártir de vuestro amor...

Este martirio, después de haberme preparado a comparecer ante vuestra presencia, hágame por fin morir y arrójese mi alma sin demora en el abrazo eterno de vuestro misericordioso amor!

Quiero, ¡oh amado mío! en cada latido de mi corazón, renovaros esta ofrenda infinitas veces, hasta que desvanecidas las sombras³⁰⁸, pueda expresaros de nuevo mi amor cara a cara eternamente!...

MARIA FRANCISCA TERESA
DEL NIÑO JESÚS Y DE LA SANTA FAZ
Rel. carm. ind.

Fiesta de la Santísima Trinidad,
9 de junio del año de gracia 1895.

³⁰⁷ Ps 89, 4.

³⁰⁸ Cant 4, 6

PRINCIPALES PECHAS
DE
SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS

Nacimiento.....	2 enero 1873
Bautismo.....	4 enero 1873
Sonrisa de la Virgen.....	13 mayo 1883
Primera Comunión.....	8 mayo 1884
Confirmación.....	14 junio 1884
Gracia de Navidad.....	25 diciembre 1886
Audiencia de León XIII.....	20 noviembre 1887
Entrada al Carmelo.....	9 abril 1888
Toma de hábito.....	10 enero 1889
Profesión.....	8 septiembre 1890
Toma de velo.....	24 septiembre 1890
Ofrenda al Amor misericordioso.....	9 junio 1895
Día de su santa muerte.....	30 septiembre 1897
Heroicidad de las virtudes.....	14 agosto 1921
Beatificación.....	29 abril 1923
Canonización.....	17 mayo 1925
Patrona de las Misiones.....	14 diciembre 1927
Patrona de Francia.....	3 mayo 1944
Su festividad en la Iglesia Universal.....	3 octubre ³⁰⁹

³⁰⁹ Nota del Editor: Actualmente como lo ha expresado el Motu Proprio «Summorum Pontificum» del Papa Benedicto XVI se puede celebrar el 1 de octubre en la forma ordinaria del rito latino y el 3 de octubre en la forma extraordinaria.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El Mensaje de santidad

Huracán de gloria.....	4
El nuevo mensaje.....	5
Fuentes y método.....	7

PRIMERA PARTE

Itinerario espiritual

Obra maestra de la naturaleza y de la gracia.....	9
Lo elijo todo.....	10
La gracia de Navidad.....	11
El Carmelo.....	14
La ofrenda al amor.....	17
Morir de amor.....	18

SEGUNDA PARTE

Doctrina espiritual

CAPÍTULO I

Un Camino completamente nuevo.....	23
------------------------------------	----

CAPÍTULO II

Caracteres negativos de la espiritualidad teresiana.....	25
Ausencia de mortificaciones extraordinarias.....	25
Ausencia de carismas.....	28
Ausencia de métodos de oración.....	30
Ausencia de acciones extraordinarias.....	34

CAPÍTULO III

Caracteres positivos de la espiritualidad teresiana.....	36
El dogma de la paternidad divina.....	36
El Amor misericordioso.....	37
Las virtudes de la infancia espiritual.....	38

Pequeñez

Permanecer pequeña.....	41
Reconocer la propia nada.....	42
La humildad es la verdad.....	43
Me alegro de ser imperfecta.....	44
Me he apasionado por el olvido.....	45
Pequeñez y grandeza.....	46
Nunca he podido hacer nada sola.....	47

Primacía del amor

Me pides un medio de llegar a la perfección: sólo conozco uno: el amor.....	48
Vivir de amor.....	49
El «Puro amor».....	49
Todo lo he hecho por amor.....	50
No me arrepiento de haberme entregado al amor.....	51
Mi vocación es el amor.....	52

Abandono

La confianza y sólo la confianza ha de conducir al amor.....	54
Me gusta lo que Él hace.....	56
Sólo por hoy.....	57
Mi camino es todo confianza y amor.....	58

Fidelidad

Como si toda la perfección de la Orden dependiese de mi conducta personal.....	60
La caridad fraterna lo es todo en la tierra.....	61
No dejaré pasar ningún pequeño sacrificio.....	63

Sencillez

Las almas sencillas no necesitan medios complicados.....	64
En mi «caminito» no hay más que cosas muy ordinarias.....	66
Sencillez y sublimidad.....	67

Vida mariana	
La he visto avanzar hacia mí y sonreírme.....	67
He comprendido que era su hija.....	69
En Nazaret nada de arrobos.....	71
Más Madre que Reina.....	72

CONCLUSIÓN

La santidad accesible a todos.....	73
Acto de ofrenda al Amor misericordioso.....	77
Principales fechas.....	79



www.traditio-op.org

LAUS CHRISTO REGI GLORIAE